



S. G. - 4

7742

B.P. de Soria



61114407
D-2 22182

D-2
22182
4407

Est. 67
Feb 14
No 15

DOCTRINAS COLECTIVISTAS

Y

BREVE HISTORIA

DE LAS

TEORÍAS COMUNISTAS, SOCIALISTAS Y COLECTIVISTAS



Signi.^a Top.^a

Est. 6^o

Tab.

Núm.

R. S. V.
ALVARO CALZADO

R.º 1196

DOCTRINAS COLECTIVISTAS

Y

BREVE HISTORIA

DE LAS

TEORÍAS COMUNISTAS, SOCIALISTAS Y COLECTIVISTAS



MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NUM. 29

1909



PRÓLOGO

Muchos conceptos falsos se propagan é infinidad de irrealizables esperanzas se conciben á la sombra de la palabra socialismo. Es más, en España, la mayoría de los políticos de oficio desconocen la esencia y el alcance de esas modernas doctrinas, porque no sienten la necesidad de estudiarlas.

Mientras tanto el socialismo progresa continuamente en otros países, y sus representantes logran puestos, cada día más numerosos, en los Parlamentos de las naciones más adelantadas del mundo. En Austria hay 87 diputados socialistas, en Finlandia 80, en Francia 50, en Alemania 42, en Inglaterra 31, en Bélgica 30, en Dinamarca 28, en Italia 45, en Suecia 15, en Noruega 10, en el Luxemburgo 7, en Holanda 6 y en Suiza 2.

¡Y todos esos representantes de pueblos tan diversos se inspiran en las ideas defendi-



das por Karl Marx, con las ligeras modificaciones que en ellas han introducido el tiempo y la experiencia!

El primer diputado colectivista elegido en Francia fué Paul Lafargue, y he aquí lo que de esa elección, que tuvo lugar en Lille el 8 de Noviembre de 1891, decía en aquella época Leroy-Beaulieu en el *Economiste français*:

«Para los espíritus superficiales que invaden la prensa y el Parlamento, la elección de Lille es un hecho secundario. Para nosotros es un hecho capital, quizá el más importante que se haya producido en Francia desde 1871. Con Lafargue, yerno de Karl Marx, lo que penetra en el Parlamento es el colectivismo, es una doctrina fija, sistemática.

»Que Jules Guesde sea elegido también, y Francia tendrá el equivalente de Liebknecht y de Bebel. Esos hombres de estudio y de propaganda son muy distintos de los muñecos de la extrema izquierda, faltos de cerebro, sin opiniones é incapaces de sacrificarse por una idea.

»La entrada en el Parlamento del colectivismo, representado por esos luchadores rudos y sin pretensiones, es un nuevo factor de incalculable alcance.»

Pues bien, los progresos realizados en Francia desde 1891 por el colectivismo han sido considerables, y todos los síntomas indican que el movimiento no ha cesado ni allí ni en el resto de Europa.

Me propongo exponer en este libro las doctrinas socialistas, sujetándome estrictamente á lo que Karl Marx y sus discípulos han escrito y sin sacar ninguna consecuencia de esas doctrinas, y me propongo también hacer una breve historia de las ideas comunistas, socialistas y colectivistas.

Hubiese deseado realizar un trabajo más completo; pero la falta de tiempo y las dificultades de una tarea, demasiado ardua para mí, me lo impiden. De manera que me limito á enviar á la imprenta, después de ordenarlas, algunas notas que he reunido sobre tan interesantes cuestiones.

Tengo la esperanza de que este modesto ensayo resultará útil y de que contribuirá á que desaparezcan muchos errores, aunque temo que la misión que me he impuesto sea superior á mis fuerzas.

ALVARO CALZADO

DOCTRINAS COLECTIVISTAS

I

El Misoneísmo.

Lombroso, el gran psicólogo italiano, el pontífice de la moderna escuela criminalista, ha empleado la palabra *misonetismo* para expresar la hostilidad que la mayoría de las gentes siente contra todo lo que entraña una novedad, y ha demostrado que ese instinto que nos impulsa, en el terreno científico, en el terreno filosófico y en el terreno político, á seguir los caminos trillados, existe ya en embrión en los niños y hasta en los animales.

Ese vocablo, empleado por Lombroso, ha sido universalmente aceptado.

Hablando del *misonetismo* dice Max Nordau, en su *Psico-fisiología del genio y del talento*, que las muchedumbres se asimilan con dificultad las ideas nuevas, no porque se nieguen á fijar en ellas el pensamiento, sino porque no son capaces de realizar el esfuerzo necesario. Los esfuerzos son dolorosos y el hombre huye del dolor.

Todo lo que implica una variación, todo lo que se diferencia de lo que habitualmente vemos ó

pensamos, produce una sensación desagradable que pronto se convierte en instintiva repulsión, y por eso la masa humana, que procede en virtud de instintos genéricos hereditarios y no en virtud del esfuerzo individual, es siempre conservadora. No se encuentra á gusto fuera de las condiciones heredadas.

No abandonaría nunca la humanidad el camino trazado por las generaciones anteriores, si no surgiera, de cuando en cuando, una voluntad individual poderosa, capaz de arrancarla de su letargo. Galileo, Servet y Karl Marx han cumplido esa misión en distintos órdenes de ideas, demostrando el uno que la tierra gira sobre su eje, descubriendo el otro que la sangre circula por las venas y las arterias, y dando el tercero á las ideas comunistas, que han existido en embrión en todas las épocas, un carácter científico.

El *misonetismo* es una rémora en todas partes, y lo es más que en ninguna en España, donde las tendencias conservadoras de las altas clases, aun tratándose de individuos que se precian de ser amantes del progreso, y el espíritu de sumisión, atávicamente conservado por las clases más bajas, se oponen á las ideas progresivas. Por eso España va á remolque de las demás agrupaciones humanas, donde germinan los principios que han de imperar en lo porvenir.

La burguesía no cree en el triunfo del socialismo,

y, sin embargo, el socialismo la asusta, porque se trata de un fenómeno para ella imprevisto.

Tampoco la nobleza y el clero podían concebir, antes de 1789, que se verían despojados un día de sus privilegios y de su supremacía, y que esa burguesía, tan incrédula ahora, cuando se trata de su propia existencia, estaba llamada á predominar.

Y es que muchos creen que la última revolución es la revolución definitiva. La burguesía representó su papel histórico realizando la revolución política, consiguiendo la igualdad política, y está convencida de que su obra es perfecta y definitiva. Pero la humanidad no descansa; se desenvuelve transformándose incesantemente y después de caminar hacia la igualdad política, caminará hacia la igualdad económica.

No se debe juzgar á un individuo por la opinión que de sí mismo tiene, ni mucho menos á un momento histórico por el concepto que de él han formado los que en él viven.

Recuerdo en este momento un delicioso diálogo de Voltaire. Marco Aurelio, el emperador pagano, abandona un momento la tumba y viene á Roma, donde todo lo que ve le parece inexplicable. Un religioso recoleto, con quien tropieza, le da explicaciones que no entiende, y Marco Aurelio exclama asombrado:

—«¡Un catecismo! ¡La Inquisición! ¡Unos dominicanos! ¡El Capitolio sirviendo de morada á unos

recoletos! ¡Un Papa en Roma y el Imperio romano en una ciudad atravesada por el Danubio!»

¡Qué extrañeza la de un hombre del siglo III que naciera ahora, y qué extrañeza la nuestra si volviéramos á nacer dentro de unos cuantos siglos!

Si en la antigua Grecia, en la Roma imperial, ó durante la Edad Media, se hubiese elevado una voz para anunciar lo que había de ser la sociedad futura y para explicar el mecanismo de una organización política basada en el parlamentarismo, y si además esa voz hubiese expuesto los fundamentos de una sociedad capitalista y burguesa, semejante á la que se encuentra hoy en su apogeo, el propagador de tales doctrinas hubiese pasado por loco y el espíritu conservador, instintivo en todo organismo social y preponderante en todos los momentos históricos, hubiese perseguido con saña á los propagadores de esas nuevas teorías. Ese espíritu conservador ha sido durante muchos siglos un monopolio de la aristocracia, y es ahora el monopolio de la burguesía.

Y es que todo lo que tiende á destruir lo existente es combatido por cuantos están íntimamente ligados con lo que existe. Sin embargo, todo se transforma; las instituciones humanas no son una excepción de la regla general y la idea nueva alcanza, temprano ó tarde, el triunfo.

A toda transformación radical precede un período de incubación; los espíritus que instintivamente

comprenden que el sistema político, económico ó social imperante, no responde á las necesidades del medio ambiente, buscan fórmulas nuevas y tratan de construir un nuevo edificio. Eso hizo del Cristianismo con sus primeras predicaciones, antes de formular con claridad su doctrina; eso hicieron los enciclopedistas antes de la Revolución francesa; eso hacen hoy los socialistas.

Pero con la actividad febril de la época actual y con el progreso de las ciencias, que en el espacio de un siglo han adelantado más que durante mil años, la evolución es más rápida, surgen más de prisa las doctrinas, se formulan más pronto y con mayor claridad nuevos principios y llega más rápidamente el momento en que esos principios pueden aplicarse.

De manera que el progreso puede luchar ahora con mayores ventajas que antes contra el *miso-neísmo*.

II

Darwinismo, spencerismo y socialismo.

Desigualdades orgánicas.—La lucha por la existencia y el instinto de solidaridad.—La selección natural.—La individualidad biológica.—La lucha de clases.—La regresión aparente.

Tres hombres han influido en las orientaciones modernas del pensamiento humano: Darwin, en el orden fisiológico, con su teoría de la evolución biológica; Spencer, en el orden sociológico, con su análisis de las evoluciones del destino humano, y Karl Marx, de cuya doctrina, en contradicción absoluta con los principios de la antigua Economía política y basada también en la evolución, ha nacido el socialismo científico.

El socialismo científico se ha impuesto la misión de estudiar en la historia de los pueblos la evolución y sus leyes, como Darwin las ha estudiado en la materia y, según los socialistas, se aproxima el momento en que las teorías, deducidas de la evolución económica, podrán convertirse en realidades.

En el modo de pensar de los hombres más inde-

pendientes y aun en los espíritus más reformistas influye el medio ambiente.

Ese es el motivo de que Aristóteles y Platón admitieran la esclavitud, que constituía una necesidad de la vida económica, en la época en que vivían. Sin embargo, Aristóteles previó la emancipación del esclavo y su sustitución por la máquina.

Pero la esclavitud no podía desaparecer mientras no lo permitieran las condiciones económicas, mientras no variasen las condiciones materiales del trabajo.

La esclavitud no es lo único que ha desaparecido en el transcurso de los tiempos. También han desaparecido los gremios de la Edad Media, los portazgos y las antiguas gabelas, porque la vida económica sufre continuas transformaciones y tiene cada día nuevas exigencias. Por eso resulta absurdo que algunos economistas, por no decir la mayoría de ellos, sienten principios fijos, como si esos principios, creados por un ambiente especial y de suyo variable, fuesen verdades inmutables. Podrán ser ciertos los principios mientras no varíe el ambiente, pero el ambiente varía continuamente.

En resumen, el socialismo científico es una doctrina basada en la teoría de la evolución aplicada á los problemas económicos y busca soluciones en los antecedentes históricos y en el desarrollo actual de las fuerzas económicas.

Enrico Ferri ha tratado de demostrar que existe

una íntima relación entre el darwinismo, el spencerismo y el socialismo marxista. Según él, la doctrina de Marx es el complemento práctico, en la vida social, de la revolución científica inaugurada con la aplicación del método experimental en todos los ramos del saber humano.

Desigualdades orgánicas.—Los que no creen en esa íntima relación, entre el darwinismo y el socialismo, alegan que éste considera posible la igualdad absoluta entre todos los seres humanos, mientras aquél demuestra que, por motivos orgánicos, existen desigualdades en las aptitudes y hasta en las necesidades de los individuos.

El socialismo no ha negado nunca esa desigualdad; de manera que no hay tal contradicción entre las dos doctrinas. Siempre habrá individuos cuya inteligencia se adapte fácilmente á un trabajo científico ó artístico, mientras otros tendrán aptitudes para trabajos manuales. Lo que no puede admitirse es que algunos hombres no trabajen, mientras otros trabajan demasiado, ó á cambio de una remuneración insignificante. Y el colmo de lo absurdo es que sean cabalmente los que no trabajan los que gozan de mayores ventajas y del monopolio de una riqueza acumulada por la transmisión hereditaria, tanto más que esa riqueza nace pocas veces del ahorro ó de las privaciones que se ha impuesto el que la posee.

Todos los hombres deben trabajar, y el aldeano que cultiva la tierra no realiza un trabajo menos útil que el obrero que construye un máquina, que el ingeniero que la perfecciona ó que el hombre de ciencia que estudia en su laboratorio.

En el organismo biológico no existe ninguna célula inactiva y todas ellas se alimentan en proporción del esfuerzo que realizan. ¿Por qué no sucede lo mismo en el organismo social?

Eso, según los adversarios del socialismo, no es posible, porque tal doctrina tiende á destruir la personalidad humana, convirtiéndola en una rueda del mecanismo colectivo.

Sucedería lo contrario, pues en la organización burguesa actual es precisamente donde la individualidad no logra desarrollarse libremente. Muchos aldeanos que vivieron y murieron analfabetos hubiesen representado un papel brillante en el mundo, contribuyendo con su esfuerzo al progreso de la humanidad, á no haber nacido en humilde choza. Y es que quien nace pobre, aunque posea condiciones excepcionales para el arte ó para la ciencia, no realizará obra alguna, porque carece de recursos para desarrollar sus facultades. Con la propiedad colectiva, las aptitudes especiales de cada uno podrán desenvolverse, mientras ahora, en la mayoría de los casos, permanecen dormidas.

De manera que el socialismo, lo mismo que el darwinismo, no niega la desigualdad; lo que quie-

re es que todas las desigualdades, bien dirigidas, contribuyan al desarrollo libre y fecundo de la vida humana.

La lucha por la existencia y el instinto de solidaridad.—Otra objeción hacen los adversarios de las doctrinas socialistas, y es que Darwin enseña que la inmensa mayoría de lo que nace, trátase de plantas ó de animales, sucumbe indefectiblemente, porque en la lucha por la existencia triunfa siempre una pequeña minoría.

También ha contestado Ferri á esta objeción. Trataré de reflejar fielmente su pensamiento.

Ante todo conviene observar que, en el terreno biológico de la lucha por la existencia, la desproporción, entre el número de los individuos que nacen y el número de individuos que logran desarrollarse, disminuye progresivamente á medida que se trata de vegetales, de animales ó del hombre; es decir, á medida que se trata de seres más perfectos.

En el reino vegetal, cada unidad produce un número infinito de simientes y muy pocas se desarrollan; en el reino animal, el número de crías es menor y mayor el de las que logran vivir; por fin, en la especie humana, el número de los seres engendrados es pequeño y grande en proporción el de los que no mueren.

Además, trátase de vegetales, de animales ó del

hombre, las especies y las razas inferiores son las más prolíficas y las de vida más corta. El helecho produce millones de esporos y vive poco, mientras la palmera sólo da unos diez granos y vive un siglo; hay peces que producen millares de huevos, mientras un elefante tiene una descendencia poco numerosa y vive largos años. Lo mismo sucede en la especie humana con las razas salvajes, que son prolíficas y tienen poca longevidad, mientras las razas civilizadas viven más y procrean menos.

De manera que la lucha por la existencia produce una disminución en el número de los vencidos, á medida que la vida se hace más compleja, y á medida que se perfecciona el individuo y no se puede invocar contra el socialismo la ley darwiniana de la selección natural, tal como se manifiesta en las formas primitivas de la vida, si no se tiene en cuenta también la atenuación gradual de los efectos de esa ley á medida que se trata de organismos superiores.

Es innegable la lucha por la existencia. En la humanidad primitiva esa lucha es semejante á la que sostienen los demás animales, es brutal, puramente muscular, y tiene por objeto principal la conquista del alimento. Andando el tiempo varía el objeto de esa lucha, aumentan las aspiraciones del hombre y éste desea alcanzar la celebridad, la riqueza, el predominio político. Si nos fijamos, no ya en el individuo, sino en la colectividad, vemos

que la sociedad lucha primero en favor de la igualdad civil, luego en favor de la igualdad religiosa, después en favor de la igualdad política, y, por fin, en favor de la igualdad económica. Y esas luchas, que al principio eran violentas y sangrientas, se emprenden cada día más en el terreno intelectual, á pesar de algunos retrocesos atávicos que se manifiestan, de cuando en cuando, bajo el aspecto de violencias de los individuos contra la sociedad, ó de la sociedad contra los individuos.

Pero además de la ley de la lucha por la vida, Darwin ha formulado otra ley, la de la solidaridad, que une á todos los seres de la misma especie.

La mutua ayuda contra el enemigo común, sea éste una fuerza de la Naturaleza ó un ser vivo, existe instintivamente en las tribus más salvajes, y va perfeccionándose en las sociedades más civilizadas. Y si al principio de la evolución social la ley de la lucha por la existencia es más poderosa que la ley de solidaridad, más tarde, con la división del trabajo y con la conexión entre las diversas partes del organismo social, la primera se atenúa y se transforma, mientras la segunda adquiere mayor fuerza.

El instinto de solidaridad existe en todas las clases sociales, y quizá sea más intenso en las bajas que en las altas.

El archimillonario Rockefeller dice en sus memorias:

«Ved lo que sucede en casa de los pobres. La madre cae enferma en una de esas enormes casas donde vegetan juntas innumerables familias; el vecino de al lado se encarga de los pequeñuelos y carga con las responsabilidades, que nadie puede asumir en la vecina guardilla. Si el padre se queda sin trabajo, interviene también algún vecino y parte con los hijos del compañero que huelga á la fuerza su mezquina pitanza. ¡Cuántas veces habremos oído referir la eterna historia de unos huérfanos recogidos por el pobre de enfrente, que no ha vacilado en añadir una miseria más á todas sus miserias!

»Hay que confesarlo: ese género de caridad es muy superior al donativo más cuantioso de los ricos.»

Esa caridad no es más que el instinto de solidaridad que se manifiesta con mayor fuerza entre los desgraciados, porque éstos necesitan más que los seres felices de la ayuda de sus semejantes.

Pero no se limita la ley de solidaridad al terreno de las necesidades más esenciales de la vida. Cuando la alimentación deja de ser un problema, esa ley se sobrepone á la de la lucha por la existencia, lo mismo en la vida de los individuos que en la de las sociedades, y abarca otros fines más complejos.

El instinto de solidaridad es una señal de relativo bienestar y de progreso, mientras la lucha por

la existencia demuestra que los individuos y la sociedad se hallan en un momento difícil y buscan todavía su camino.

En algunos pueblos salvajes el infanticidio y el parricidio son actos permitidos, hasta por la religión, cuando la tribu vive en una isla donde no abundan las subsistencias.

Ferri cita el caso de algunas islas de la Polinesia, donde esto sucede, y emplea otro razonamiento, que es el siguiente:

«Cuando en una familia marchan bien los negocios; cuando no falta el pan nuestro de cada día, la paz y la recíproca indulgencia reinan en la casa; pero, cuando aparece la miseria, la acompañan el desacuerdo y la lucha.»

Y añade Ferri que á la sociedad le sucede en grande lo mismo. Cuando una organización social más perfecta asegure el bienestar de todas, la paz reinará en el mundo, porque la ley de solidaridad será preponderante.

La selección natural.—Los adversarios del socialismo también dicen, oponiendo á las teorías marxistas las doctrinas de Darwin, que si de la lucha por la existencia salen victoriosos los que mejor se adaptan al medio ambiente, resultará siempre una selección de individuos, una aristocracia, y de ningún modo la organización democrática soñada por el socialismo.

Es evidente que surgen individuos, familias y razas que se elevan sobre el nivel común, pero esa selección no es indefinida, y las familias que poseen un monopolio cualquiera, trátase del poder, de la riqueza ó del talento, acaban por perderlo y degeneran. Entonces vienen á ocupar otros individuos, otras familias y otras razas el puesto abandonado.

Ya lo dice la filosofía popular: Padre trabajador, hijo gastador, nieto pordiosero.

Es innegable que las actuales condiciones económicas influyen en la vida social, y que el monopolio de la riqueza asegura la victoria á sus poseedores en la lucha por la existencia. Y también es indudable que los ricos, aunque sean menos robustos que los pobres, viven más tiempo que éstos, porque se alimentan mejor; y que el trabajo impuesto á los adultos, día y noche, en condiciones inhumanas, y el que impone el capitalismo moderno á las mujeres y á los niños, impiden el desarrollo biológico de la masa proletaria.

Los socialistas, lejos de negar todo esto, sacan partido de ello. Reconocen la existencia de la selección natural, y estudian sus causas. Esas causas pueden modificarse y hasta desaparecer, y para conseguirlo es necesario destruir las corrupciones de un individualismo económico desenfrenado que contribuye á viciar el medio ambiente, no permitiendo más desarrollo que el de los individuos que mejor se adaptan á ese medio ambiente viciado.

El socialismo tiende á modificar los efectos de la selección social y las condiciones en que ésta ejerce su acción, asegurando á todos los hombres medios de existencia y fomentando la mejora física y moral de la raza humana.

La individualidad biológica.—Veamos ahora qué otros puntos de contacto tienen entre sí el socialismo científico y el darwinismo, fijándonos primero en el concepto del individuo, y relacionando luego ese concepto con el de la especie.

Los pensadores del final del siglo XVIII han glorificado al individuo, protestando de ese modo contra la tiranía política y sacerdotal de la Edad Media, pero exageraron la nota. La biología moderna está en contradicción con esas doctrinas del siglo XVIII, y hoy día, en el terreno fisiológico y en el terreno sociológico, el individuo no es más que un conglomerado de elementos vivos que no existe por sí solo, sino como miembro de la sociedad.

La célula, que es la expresión de la individualidad biológica, también está formada por diversos elementos, llámense núcleo ó protoplasma, y estos elementos están compuestos de átomos. El átomo es impalpable é invisible; no existe si no está unido á otros átomos.

Asímismo el organismo de un mamífero es una federación de tejidos, y el de una sociedad una federación de Municipios y de regiones.

El darwinismo y el spencerismo tienden á demostrar, en distintos órdenes de ideas, que la especie es la verdad eterna de la vida.

Si el individuo se encontrara aislado, sólo se ocuparía de su alimentación, de conservar su propio organismo; pero ha de vivir en sociedad, porque tiene que cumplir otro fin, el de la conservación de la especie.

Y es que si al final del siglo XVIII se creía que la sociedad había sido creada para el individuo, y que millares de seres debían trabajar y penar en beneficio de algunos privilegiados, en nuestra época las ciencias positivas han demostrado lo contrario, ó sea que el individuo es el que vive para la especie, siendo ésta la única realidad de la vida.

La lucha de clases.—Pasemos á otro de los puntos de contacto que el socialismo tiene con el darwinismo. Este ha demostrado que el mecanismo de la evolución animal se reduce á las necesidades de la lucha por la existencia entre individuos de la misma especie y que esa lucha se extiende al conjunto de los seres vivos que combaten entre sí, aunque pertenezcan á especies diversas.

Asímismo el socialismo marxista, al ocuparse del mecanismo de la evolución, habla de la lucha de clases. Y al analizar los hechos históricos, busca su fundamento en esa lucha de clases.

Con la aplicación de este método á la investiga-

ción histórica, los acontecimientos que se han desarrollado en los tiempos primitivos, en los tiempos bárbaros y en los tiempos civilizados cesan, según Ferri, de reflejarse en su Kaleidoscopo caprichoso, compuesto por hechos individuales y constituyen un grandioso drama, fatal, necesario, producido consciente ó inconscientemente por las condiciones económicas que forman la base física de la vida y por la lucha de clases, que tiende á la conquista primero y á la conservación después de las fuerzas económicas.

Ferri, al opinar de ese modo, no ha hecho más que seguir el ejemplo de Marx y de Engels.

Las palabras *lucha de clases* tienen algo de odioso, algo de antipático, pero expresan exactamente un hecho real. ¿Existen las clases? Hay quien lo niega, como si una burguesía triunfante y un proletariado condenado á un trabajo continuo no se desarrollaran en condiciones distintas, como si no fueran antagónicos sus intereses.

Además, la tradición, la herencia, la educación, el medio ambiente, las ocupaciones diarias, el grado de miseria ó de fortuna, son otros tantos factores que influyen en el temperamento intelectual de los individuos. El obrero de una mina no puede pensar como el director de una Compañía ferroviaria; las ideas de un peón de albañil no pueden ser las de un fabricante de tejidos. Y así como los individuos forman conceptos propios y tienen su ma-

nera peculiar de juzgar las cosas, así también las clases se caracterizan por su mentalidad.

Si no existieran otros argumentos para demostrar la existencia, en la sociedad contemporánea, de clases antagónicas, bastaría fijarse en esas diferencias del modo de pensar y de sentir de los hombres que luchan por la existencia en esferas distintas de la actividad humana.

Y no se diga que todos los hombres deben cumplir las mismas obligaciones porque gozan de los mismos derechos. Los derechos de que gozan son políticos y no económicos. Lo que las revoluciones han abolido no han sido las clases, sino esas divisiones de nobleza, clero y tercer estado, que reunían en un solo grupo á los individuos que tenían la misma capacidad política. Las clases existen en otro orden de ideas, en el orden económico y social.

Pero hay más, los tribunales arbitrales que funcionan en el extranjero y nuestras juntas de reformas sociales, son la mejor demostración de que dos elementos se hallan frente á frente: la burguesía y el proletariado.

Existe la lucha de clases, es decir, que la sociedad humana, lo mismo que los demás organismos vivos, no constituye un todo homogéneo; es un compuesto de elementos diversos, cuyos antagonismos se acentúan á medida que va evolucionando la humanidad.

La regresión aparente.—Veamos ahora qué puntos de contacto tiene el spencerismo con el socialismo.

Según los socialistas, la organización económica actual no es inmutable, es una fase transitoria de la evolución social, y añaden que en lo porvenir esa organización será colectivista y no individualista.

A esto contestan los adversarios del socialismo que si, al reclamar una transformación social, los socialistas están de acuerdo aparentemente con la teoría de la evolución, tal como Spencer la ha expuesto, no lo están, en cambio, cuando piden la sustitución de la propiedad individual por la propiedad social, porque la propiedad colectiva sería un retroceso á los tiempos primitivos, produciéndose entonces una transformación contraria á la corriente de la evolución social.

Replican á esto los socialistas que las instituciones sociales suelen adoptar formas que habían desaparecido, obedeciendo al hacerlo á una ley de aparente regresión, y añaden que en lo futuro pueden reaparecer, en la evolución económica, formas primitivas que han servido de punto de partida á esa evolución, sin que esto sea una negación del progreso.

Esto mismo sucede en otros órdenes de ideas. La producción literaria es á veces una regresión á las formas y hasta al fondo de la literatura greco-

oriental; la teoría de la evolución universal es una regresión á las ideas de los filósofos griegos y á las de Lucrecio, el gran poeta naturalista.

Sucedo lo mismo en el terreno político. En los tiempos primitivos se imponía la voluntad de todos, luego se impuso la de uno solo, después la de algunos, la de aristocracias de diversas índoles y, por fin, en los tiempos modernos, con la democracia y el sufragio universal, vuelve á imponerse la voluntad de la mayoría.

En el terreno judicial también se nota una regresión á las tendencias primitivas. En las sociedades más antiguas el castigo era exclusivamente un derecho de defensa, y actualmente las teorías más modernas adoptan ese mismo criterio al considerar al delincuente como á un enfermo.

Otro ejemplo: en las sociedades primitivas el matrimonio podía disolverse, y en las naciones modernas, más adelantadas, existe el divorcio.

Pero es más, el mismo Spencer, que siempre se ha proclamado á sí mismo individualista convencido, reconoce que la propiedad tiene una marcada tendencia á la apropiación colectiva.

He aquí lo que Spencer ha escrito, en sus *Principios de sociología*, sobre este asunto:

«A primera vista se puede afirmar que la propiedad individual de la tierra es la fórmula definitiva que el industrialismo está llamado á implantar. Sin embargo, aunque el individualismo haya,

hasta ahora, individualizado todas las demás apropiaciones, no es posible afirmar que hemos adoptado una fórmula definitiva.

»También en cierta época existían derechos de propiedad sobre seres humanos y hoy son inadmisibles esos derechos.

»Era posible creer, hace algunos siglos, que la propiedad del hombre sobre el hombre se establecía de modo definitivo y, sin embargo, la civilización ha destruído más tarde la propiedad del hombre sobre el hombre. De un modo análogo puede suceder que en lo futuro desaparezca la propiedad privada de la tierra.»

Y Loria, en su *Teoría económica de la constitución política*, explica del siguiente modo el fenómeno de la regresión aparente:

«La humanidad primitiva saca de la naturaleza que la rodea las bases fundamentales de su pensamiento y de su vida; luego el progreso intelectual y la complejidad creciente de la evolución nos dan un desarrollo analítico de los principales elementos contenidos en los primeros gérmenes de cada institución. Ese desarrollo analítico se encuentra á menudo en contradicción con cada uno de sus elementos, y la humanidad misma, cuando llega á cierto grado la evolución, reconstituye con una síntesis final esos distintos elementos, y al proceder de ese modo vuelve inconscientemente al primitivo punto de partida.»

Pero esa regresión no es una repetición servil, sino un perfeccionamiento de las formas naturales, al que la humanidad llega después de muchas vacilaciones y después de haber caminado á ciegas largo tiempo.

En resumen, el socialismo científico busca la justificación de sus doctrinas en la evolución biológica de Darwin y en la evolución sociológica de Spencer. Saca de esas doctrinas consecuencias que sus autores no han sacado, porque se han parado á mitad de camino; Darwin, porque ha limitado sus investigaciones á la materia, y Spencer, porque sus convicciones individualistas le han impedido caminar más lejos.

Pero quedan las doctrinas, y esas doctrinas entrañan consecuencias que los socialistas se han apresurado á recoger y que, fiel á mi propósito de no exponer ideas propias, reflejo sin comentarlas.

III

La evolución económica.

La maquinaria.—Propiedad individual y propiedad colectiva.—Influencia de la producción en la organización social.—Crisis periódicas de la producción.—Desarrollo de la evolución económica.—El interés del dinero.

La maquinaria.—En épocas ya remotas, algunos pueblos adoptaron principios comunistas. En Oriente existió el comunismo, porque el clima y la feracidad de la tierra á ello se prestaban, y también existió en Esparta, pero unido á la esclavitud, y gracias á ella, pues los vencidos, los ilotas, trabajaban mientras los vencedores no tenían más profesión que la de las armas.

Desapareció la esclavitud, complicáronse las relaciones económicas, y el comunismo, hermoso en teoría, no pudo aplicarse ya en la práctica. Pero, según los socialistas, ese comunismo, convertido ahora en colectivismo, es decir, abarcando, no ya la tierra únicamente, sino todos los medios de producción, puede implantarse en la época presente,

porque ha ido modificándose el mecanismo de la producción y porque las máquinas han ido aumentando cada vez más el número de los productos, siendo cada día menor el número de brazos necesario para satisfacer todas las necesidades sociales.

Jules Guesde, uno de los jefes del partido colectivista francés, ha dicho, fundándose en lo que precede, que, así como el genio de Aristóteles previó la posibilidad de la emancipación del esclavo con el progreso de la maquinaria, podemos nosotros prever la emancipación del proletariado con ese mismo progreso llevado á un límite que los antiguos no podían concebir ni remotamente. En nuestra época, la máquina contribuye á que los salarios bajen, pero llegará el momento en que la maquinaria pueda satisfacer las necesidades de todos. Para conseguirlo, bastará establecer una justa distribución del esfuerzo y un reparto equitativo del producto.

Con la producción colectiva, tal como resulta de la división del trabajo y de los progresos de la mecánica, el producto ya no es el resultado del esfuerzo individual, y el individuo no crea un objeto, sino una fracción de objeto. En cambio la apropiación del producto es individual, corresponde al capitalista. De esta contradicción resulta una anomalía.

Es indudable que la máquina puede ser la base de la solución del conflicto, pues los resultados al-

canzados ya con ella pueden multiplicarse, porque ni la ciencia, ni el progreso retroceden.

Con el telar inventado por Jacquart, la producción del tejedor ha aumentado en un 350 por 100; con los Altos Hornos, la producción siderúrgica es hoy 25 veces mayor que antes; con las hiladoras mecánicas de Arkwright, la producción de la industria algodonera es 320 mayor de lo que era con el trabajo individual. Pero hay más; con los inventos modernos se alcanzan resultados aún mayores: las devanaderas, que hacían 4.000 revoluciones en 1874, hacen hoy 10.000; para separar una libra de algodón de su funda, un hombre necesitaba antiguamente un día de trabajo, en 1793; Witbuey, con su *cottongin*, consigue separar 100 libras por día, hacia 1860; Forbes perfecciona ese aparato y un hombre y una mujer pueden separar diariamente 750 libras de algodón, y actualmente, un obrero, sin ayuda de nadie, puede separar 1.000 libras; un telar rotativo fabrica 480.000 mallas por minuto, y antes, una obrera sólo producía 80 en el mismo espacio de tiempo; un obrero fabrica al día 120.000 alfileres en vez de 6.000.

Actualmente la gran industria utiliza las máquinas, mientras la pequeña industria, que carece de medios para ello, no puede utilizarlas, y esto representa una masa considerable de fuerzas perdidas. Además, como existen numerosas fábricas, cada una de ellas produce una cantidad determinada,

porque, si produjera más, sería difícil colocar la mercancía. Por eso muchos productores prescinden de los adelantos de la maquinaria.

Basándose en estas consideraciones, los colectivistas sostienen que, una vez unificada la producción, no existiendo ya la concurrencia, no habrá energías desperdiciadas, y la máquina producirá lo que debe y puede producir.

Y es que la producción colectivista no se verá limitada, como hoy lo está la producción capitalista, por la imposibilidad de vender con beneficio, porque la economía colectivista no está basada, como la economía capitalista, en el valor del producto, sino en la cantidad.

Propiedad individual y propiedad colectiva.—Los socialistas sostienen además que la propiedad individual va convirtiéndose, cada día más, en propiedad colectiva. ¿Qué participación tiene un accionista en la propiedad del material (vía férrea, vagones, locomotoras, edificios, etc.) de una compañía ferroviaria? Es imposible determinarlo. Con el desarrollo gigantesco de las fuerzas productoras, no es posible poseer individualmente ferrocarriles, altos hornos ó minas.

Como la industria moderna exige cada vez capitales más considerables, el débil muere, y sólo subsiste el fuerte; sucede más: los fuertes se asocian, fundan *truts*, y las industrias pequeñas desapare-

cen. De modo que el número de los patronos es cada día menor, y cuando llegemos al término de la evolución sólo habrá un patrono: el Estado.

Se desarrollan de tal modo las empresas, que un capitalista aislado no posee los elementos necesarios para implantarlas. La propiedad de los medios de producción y al mismo tiempo el beneficio, no corresponden ya al capitalista individual, sino á una asociación de capitalistas, á una colectividad de accionistas.

La propiedad de una empresa dependía antes y todavía ahora, si se trata de la pequeña industria, de las condiciones del que la dirigía, de su talento y de su actividad; pero en las sociedades por acciones no ejercen influencia sobre los resultados las condiciones ó cualidades del propietario. Los asalariados, sean estos ingenieros ó directores de la explotación, son los que ejercen las funciones que antes ejercía el propietario.

Por eso Stuart Mill, que nunca fué socialista, ha dicho en su *Autobiografía* que el capital es necesario para la producción, mientras el capitalista no es indispensable.

El socialismo afirma que el carácter social, colectivo, de las condiciones materiales del trabajo indica desde ahora cuál será la organización futura de la producción, y que la solución del problema social está en que el capital aplicado á la producción deje de pertenecer á algunas, á una clase pri-

vilegiada, y pertenezca á la nación, á la sociedad entera.

En apoyo de su tesis, citan los colectivistas el ejemplo de la cooperación. La cooperación, según ellos, es un rudimento de colectivismo, y entre ambos conceptos sólo existe una diferencia debida á la extensión. Aquélla es una combinación particular, local, fraccionaria, y éste una combinación general, pero ambos sistemas descansan en las mismas bases.

Con la cooperación desaparece, en efecto, si se trata de una cooperativa de producción, el antagonismo entre el patrono y el asalariado. Si se trata de una cooperativa de consumo, desaparece el antagonismo entre el vendedor y el comprador. Pues bien, el colectivismo, que suprimirá todos los antagonismos entre los hombres, cumplirá esos mismos fines y creará una inmensa cooperativa.

Influencia de la producción en la organización social.—No se han limitado los socialistas á analizar los fenómenos de la producción en la época actual, han tratado de estudiar en la historia la evolución económica y de deducir leyes de ese estudio.

Karl Marx y Engels han sido los que primero se han fijado en ese aspecto de la historia, y he aquí un resumen de la teoría por ellos expuesta:

La producción primero, y luego el cambio de

productos, constituyen la base de la vida social. Esos dos factores influyen en la distribución de la riqueza y, por consiguiente, en la formación de las clases sociales. De manera que conviene buscar las causas de las revoluciones sociales en las variaciones sufridas por la producción y el cambio; en los fenómenos económicos y no en razones filosóficas.

En ciertos momentos históricos, la convicción de que las instituciones sociales existentes son injustas é irracionales, se apodera de los espíritus; lo que era antes un bien, se considera inadmisibile. ¿Qué significa esto? Pues significa que los métodos de la producción y las formas del cambio de productos han ido modificándose lentamente, que no se adaptan ya al medio ambiente y que esas nuevas condiciones económicas contienen el germen de una revolución.

La burguesía, que es la clase que hoy domina, ha creado el orden social actual. El modo de producción, desarrollado por ella, era incompatible con el feudalismo, con los privilegios, con los gremios de la Edad Media, con la servidumbre. Por eso ha combatido al feudalismo y ha establecido sobre sus ruinas la dominación burguesa con la libre concurrencia, la libertad de contratación, la igualdad ante la ley y otras reformas, sin las cuales no podía desenvolverse. Pero, desde el instante en que la máquina ha transformado la industria, las fuerzas productoras se han desarrollado con una

vertiginosa rapidez; y así como la manufactura, cuando llegó á cierto grado de su desarrollo, se encontró en conflicto con el feudalismo, ahora la industria, al llegar á cierto grado de su desenvolvimiento, se halla en conflicto con el sistema capitalista de la producción. Y es que las nuevas fuerzas productoras no encajan ya en los límites del sistema burgués.

Ese conflicto entre las fuerzas productoras y la forma en que se realiza la producción, no tiene por origen un principio ético, sino los hechos, y es independiente de la voluntad de los hombres.

¿En qué consiste ese conflicto? Antes de que se desarrollara la industria y con ella el capitalismo, el productor era dueño de los medios de producción, pertenecían éstos al individuo, eran sencillos, limitados, y su uso era puramente individual. La misión histórica y providencial de la producción capitalista ha consistido en concentrar y en desarrollar esos medios diseminados y mezquinos, transformándolos en poderosas palancas. La burguesía ha cumplido esa misión, como lo indica Marx en su libro *El Capital*, recorriendo tres etapas: la cooperación simple, la manufactura y la industria; y al arrancar los medios de producción de su aislamiento, al someter á una sola dirección fuerzas productoras diversas é individuales, ha variado la naturaleza de esas fuerzas, que ya no tienen un carácter individual, sino un carácter marcadamente social.

De las necesidades de la producción y del cambio moderno, tal como resultan de la maquinaria y de la libre concurrencia, ha nacido una forma nueva de la propiedad, ó sea la propiedad capitalista, que se ha edificado sobre las ruinas de la propiedad individual. Esta se caracterizaba por el trabajo del propietario, mientras con aquélla los poseedores no trabajan.

No son responsables los capitalistas de esta situación, pues se trata de hechos inevitables é independientes de su voluntad. Así lo entiende el socialismo científico, y por eso no odia á la burguesía á pesar de la situación angustiosa en que el proletariado se encuentra. Se limita á analizar los hechos y á sacar de ellos consecuencias para lo porvenir.

Es evidente que se han centralizado los medios de producción en manos de los capitalistas, y que los asalariados, que constitufan una excepción en épocas anteriores, son hoy la base de la producción. De ahí un antagonismo inevitable que va acentuándose, á medida que la evolución avanza, entre los capitalistas, en cuyas manos se acumulan los medios de producción, y los proletarios que no poseen más que su trabajo, entre el burgués y el proletario.

Crisis periódicas de la producción. — Nos encontramos ante dos hechos. Por una parte, el capitalista lo absorbe todo y el obrero no puede ni emanciparse, ni dejar de ser un asalariado; por

otra parte, con el desarrollo de la maquinaria, aumenta el número de obreros sin trabajo.

El asalariado encuentra empleo en los períodos de gran intensidad de la producción; pero esos períodos no son eternos, llega siempre la crisis fatal é inevitable y entonces los almacenes se llenan de mercancías, las fábricas tienen que interrumpir ó reducir el trabajo y quedan sin ocupación infinidad de obreros. De manera que la máquina, como ha dicho Marx, es un poderoso auxiliar del capital contra el proletariado, pues contribuye á que sea eterna la servidumbre del obrero.

Como el mercado no se extiende á medida que aumenta la producción, el conflicto es inevitable. No hay solución posible, á no ser que desaparezca la forma capitalista. En 1825 estalló la primera crisis general, y desde entonces las crisis se reproducen cada diez años. Cuando éstas estallan, la producción y el cambio de productos sufren rudos golpes, el numerario se oculta, el crédito desaparece, las fábricas cierran sus puertas, se arruinan infinidad de fabricantes é innumerables banqueros; el que era rico la víspera, se ve despojado de sus millones, y quiebran, no sólo los más débiles, sino también los fuertes que, confiados en su fuerza, se habían lanzado con mayores bríos en la vertiginosa corriente de una producción exagerada ó de una especulación desenfrenada. Las masas obreras se quedan sin trabajo y sin pan. Dura todavía algu-

nos años la superabundancia de mercancías, el valor de éstas disminuye y el mercado absorbe poco á poco las existencias. Pero el capital olvida pronto las rudas lecciones recibidas y vuelven á reaparecer nuevos gérmenes de nuevas crisis, porque esos gérmenes no pueden desaparecer mientras subsista el régimen capitalista.

A esas crisis las ha llamado Fourier crisis pletóricas. Al final del año 1907 estalló en los Estados Unidos una de ellas, que ha durado cerca de un año, y no ha sido suficiente la ayuda prestada por Europa, principalmente por Inglaterra y Francia, para evitar que las ruinas se acumularan en aquel país clásico de la burguesía adinerada, donde florece el multimillonario, ese producto del régimen capitalista, desconocido en épocas anteriores.

Que la reciente crisis americana tiene por causa un exceso de producción, lo demuestra la siguiente estadística publicada por el economista They en el *Economiste européen*. They compara la producción de los Estados Unidos durante el año 1907 con la de 1900:

	<u>Año 1900</u>	<u>Año 1907</u>	
Carbón.....	241	375	millones de toneladas.
Cobre.....	270	417	— —
Petróleo.....	2.681	5.356	— de galones.
Fundición....	13.789	25.307	millares de toneladas.
Acero.....	10 188	23.739	— —
Cemento.....	8 482	45.611	— de barriles.
Trigo.....	522	741	millones de bushels.
Algodón.....	10	14	— de fardos.

Y es de advertir que la población sólo ha aumentado en 8 millones de habitantes durante el período á que aluden estas cifras; era de 76 millones de habitantes en 1900 y es ahora de 84 millones.

Pero lo más grave es que, como los mercados son solidarios los unos de los otros, como los fenómenos económicos se extienden, como son epidémicos, Europa ha sufrido de rechazo las consecuencias de la crisis americana.

Año y medio después de que estallara esa crisis, Mr. Edward Harriman, el multimillonario yanqui que posee en el Norte de los Estados Unidos la línea del *Union Pacific* y en el Sur la del *Southern Pacific*, interrogado por un periodista francés acerca de la duración probable del malestar económico, manifestó lo siguiente:

«No podremos vivir tranquilos mientras los habitantes de este país no comprendan que es necesario establecer entre los diversos factores de la industria una cohesión perfecta, una coordinación absoluta.»

Los socialistas consideran que esa cohesión es imposible mientras subsista el antagonismo que resulta entre una producción que se socializa cada día más y una apropiación que continúa siendo individual, y sostienen que la burguesía es incapaz de dirigir las fuerzas productoras que ha creado ella misma, y que el Estado es el que debe asumir la dirección de esas fuerzas.

Desarrolló de la evolución económica.— Engels hace el siguiente resumen de la marcha de la evolución económica:

I. *Edad Media.*—Pequeña producción muy dividida. Medios de producción que se adaptan al uso individual, cuya fuerza productora es escasa y que se hallan poseídos, en general, por el productor mismo. Producción para el consumo inmediato, sea del productor, sea de su señor feudal. Allí donde existe un exceso de productos, ese exceso va al mercado. La producción de mercancías se encuentra en un estado embrionario, pero ese embrión tiene ya el germen de la futura anarquía de la producción.

II. *Revolución capitalista.*— Transformación debida, primero, á la cooperación simple y, luego, á la manufactura. Concentración de los medios de producción, hasta entonces diseminados, en grandes talleres, es decir, su transformación de sociales en individuales. Aparece el capitalista, que posee los medios de producción y que convierte los productos en mercancías. La producción viene á ser un acto social, mientras la apropiación continúa siendo un acto individual. Esto produce un antagonismo, que es la fuente de todos los antagonismos que se desarrollan en la vida social.

A) Desaparece la relación directa entre el productor y los medios de producción. Esta hállase en manos de asalariados. Antagonismo entre el proletariado y la burguesía.



B) Desarrollo, desde fines del siglo xviii, de la producción. Concurrencia desenfrenada. Antagonismo entre la organización de la producción en cada fábrica y la anarquía de la producción en general.

C) Por una parte, perfeccionamiento de la maquinaria, fomentada por la concurrencia, y aumento del número de obreros sin trabajo. Por otra parte, extensión ilimitada de la producción. Desarrollo inaudito de las fuerzas productoras, desnivel entre la oferta y la demanda, superabundancia de mercancías, crisis económicas que resultan periódicamente de esa superabundancia. Exceso de medios de producción y de productos, y, al mismo tiempo, exceso de obreros sin trabajo y sin medios de existencia. Anomalía debida á la forma capitalista de la producción, y que consiste en que las fuerzas productoras suspenden su obra y en que las mercancías, aunque abundantes, no circulan. El antagonismo llega hasta lo absurdo. La burguesía es incapaz de dirigir las fuerzas productoras.

D) El carácter social de las fuerzas productoras se impone, aunque parcialmente, á los capitalistas mismos; las sociedades por acciones, primero, y el Estado después, se apoderan de los organismos productores. La burguesía demuestra su inutilidad desde el instante en que todas las funciones activas están á cargo de asalariados.

III. *Revolución proletaria.* — Solución de los

antagonismos. El proletariado se apodera del poder político y de los medios de producción, que se escapan de las manos de la burguesía, y que se convierten en propiedad pública. Desaparece el carácter capitalista de la producción y se afirma el carácter social de la misma. Con su desarrollo desaparecen las clases sociales. Desaparece la anarquía de la producción.

Y después de enumerar las fases pasadas y futuras de la evolución económica, añade Engels:

«La misión histórica del proletariado moderno consiste en realizar esa revolución, que libertará al mundo. La misión del socialismo científico, que es la expresión teórica del movimiento del proletariado, consiste en estudiar las condiciones históricas, el carácter específico y las consecuencias inevitables de esa revolución, y en educar á la clase llamada á realizarla, para que se dé cuenta exacta de la naturaleza de la acción que ha de ejercer.»

El interés del dinero.—El abaratamiento del dinero es otro hecho que se relaciona también con la evolución económica, y del que nada pudieron decir, ni Marx, ni Engels, porque en la época en que vivían no se había producido todavía en las proporciones alcanzadas en la época actual.

El dinero vale cada día menos. Si no le acompaña el trabajo productivo, su valor es escaso y llegará el momento en que el hombre, por rico que

sea, necesite recurrir al trabajo para satisfacer sus necesidades.

El tenedor de valores del Estado es el prototipo del capitalista, del rentista, que sin trabajar vive del producto de su capital. Pues bien, ese capitalista inactivo está llamado á desaparecer, porque el dinero colocado en fondos públicos produce, cuando menos, la mitad de lo que producía en otras épocas no muy lejanas, y porque la vida es cada día más cara.

Fijémonos en España. Cuando en 1883 hizo Camacho la conversión de nuestras Deudas, las rentas españolas producían el 6 $\frac{1}{2}$ por 100; el español que tenía colocadas en ella 20.000 duros cobraba anualmente 6.500 pesetas. Hoy día, 20.000 duros empleados en Deuda interior, sólo producen 3.600 pesetas.

Esto que sucede en España no es un fenómeno aislado. En 1816 y 1817, Francia creó Deudas al 5 por 100, emitiéndolas á 56, á 57 y á 58; producía el dinero muy cerca del 10 por 100. En 1821 hizo una emisión a 87, que ya sólo producía 5 $\frac{3}{4}$. En 1831 alcanzó la Renta francesa cambios superiores á la par, y del dinero sacaba el rentista menos del 5.

En 1872, cuando, después de la guerra franco-prusiana, emitió Francia un empréstito, lo hizo al 5 por 100 y al tipo de 82,50, sacando el capitalista un interés algo superior al 6 por 100. Pero con la abundancia del dinero ha venido pronto el período

de las conversiones, el 5 por 100 se ha convertido en 4, luego en 3 $\frac{1}{2}$, por fin en 3, y hoy día la Renta francesa, produce poco más del 3 por 100.

El dinero, desde 1818 hasta 1872, ha perdido casi la mitad de su producto, y desde 1818 hasta el actual momento de la evolución, más de los dos tercios.

En Inglaterra, en Italia, en Austria, en Rusia, en Turquía, ha sucedido lo mismo. El capital vale cada día menos. ¿No puede llegar el momento, dicen los socialistas, en que no valga absolutamente nada?

IV

El colectivismo y la doctrina de Marx.

Lo que es el colectivismo según Schaffle.—Colectivismo, socialismo y comunismo.—Fundamento del colectivismo.—La teoría del *más valor* y del *trabajo gratuito*.—El manifiesto comunista.—Las teorías de Jules Guesde.

Lo que es el colectivismo según Schaffle.—Karl Marx es el fundador del socialismo moderno. La crítica que hizo en su libro *el Capital* de la propiedad capitalista y el manifiesto comunista que firmó, en unión de Fredrich Engels, en 1848, son todavía hoy las bases de las doctrinas colectivistas.

Schaffle, que fué ministro de Comercio de Austria en 1871, ha dado, en su libro *La quinta esencia del socialismo*, deduciéndola de los escritos de Marx, una definición del colectivismo que ha sido alabada y reproducida por muchos escritores socialistas. Su autor ha manifestado repetidas veces que no es colectivista, pero los colectivistas han hecho suya esa definición, que es la siguiente:

«El colectivismo es la sustitución del capital privado, esto es, del modo de producción privado, cuya base es la libre concurrencia, por el capital colectivo, ó sea por un modo de producción que tendrá por base la posesión colectiva de todos los medios de producción y una organización unificada, social y colectiva del trabajo nacional.»

Para explicar esa definición, Schaffle añade:

«Ese modo de producción colectivista suprimirá la actual concurrencia, colocando la parte de la producción que puede realizarse colectivamente, socialmente, cooperativamente, bajo la dirección de los organismos profesionales y procediendo, bajo esa misma dirección, á la distribución de los productos que tendrán carácter social. Esa distribución se hará proporcionalmente al trabajo de cada cual.

»En la sociedad capitalista actual, el que posee un capital y realiza una empresa, lo hace con una parte de la producción nacional y movido únicamente por el interés privado. No sufre más influencia social que la de la reacción *hidrostática*, por decirlo así, de los demás concurrentes, que buscan, como él, un beneficio. En el Estado socialista, al contrario, los medios para organizar toda producción y toda circulación, esto es, el capital, serán propiedad común de la sociedad; cuyos órganos colectivos, al mismo tiempo que coordinarán todas las fuerzas separadas y dispersas del trabajo, para

fundirlas en la organización del trabajo colectivo, distribuirán todos los productos de tal coordinación social á prorrata del trabajo de cada cual. No habrá negocios, ni empresas particulares, sino trabajo colectivo, organizado en establecimientos dedicados á la producción y al cambio, socialmente organizados con el capital colectivo. Quedarán abolidas las ganancias de los capitalistas y los salarios de los obreros.

» Los trabajadores recibirán emolumentos en razón de su trabajo.

» Los administradores de los productos y los comités directores de la producción fijarán los medios necesarios para cada género de producción.

» Se hará frente al déficit, que pudiera producirse, con un fondo de reserva acumulado en los almacenes, que serán verdaderos depósitos públicos.

» Tal es, indudablemente, tomado en su sentido más general, el colectivismo; tal es la quinta esencia de la organización social del trabajo, opuesta á la concurrencia anárquica actual que, según los socialistas, en lugar de realizar una función social, unificada y consciente, de la producción y la circulación de las riquezas, no es más que una lucha por alcanzar mayores bienes.»

He reproducido la definición y los comentarios de Schaffle porque, como ya lo he dicho, los socialistas los han hecho suyos.

Colectivismo, socialismo y comunismo.—
Conviene penetrarse bien de lo que es y significa el colectivismo, porque, en general, lo confunden, los que han estudiado superficialmente estas cuestiones, con el socialismo y con el comunismo. Estos tres vocablos significan, sin embargo, cosas muy distintas.

Cuando los estudios sociales no se habían desarrollado aún, se entendía por socialismo un conjunto de medidas, un sistema de gobierno, que tenía por base ciertas reformas sociales, y todavía hoy sería posible definirlo de ese modo. En cuanto al comunismo, que cada día cuenta con menor número de adeptos, es la teoría social que se propone asegurar la felicidad de todos con una igual repartición de los bienes y de los males. Lo que el colectivismo quiere es muy distinto, pues lo que desea poner en común es el esfuerzo humano.

Quien empleó por primera vez la palabra colectivismo fué Bakounine, cuando, en el Congreso de Berna de 1868, declarándose colectivista y no comunista, se separó de los socialistas liberales y fundó, enfrente de la Internacional, la Alianza de la democracia socialista.

La nueva asociación se declaró atea, y aspiraba, ante todo, á la igualdad política, económica y social de las clases y de los individuos de ambos sexos, siendo una de sus primeras aspiraciones la abolición de la herencia. La tierra y los instrumen-

tos del trabajo habían de convertirse en propiedad colectiva de la sociedad y solo podrían utilizarlos los trabajadores, es decir, asociaciones industriales y agrícolas de trabajadores. La nueva Alianza internacional combatía además toda política fundada en el patriotismo y en la rivalidad entre las naciones.

Tal era el programa de Bakounine; un colectivismo en el que influían todavía ciertas tendencias comunistas.

Cuando me ocupe del *Manifiesto Comunista*, los lectores verán que Marx empleó la palabra comunismo para designar lo que, andando el tiempo, sus discípulos habían de llamar colectivismo.

Hoy día esta última palabra ha prevalecido, porque precisaba distinguir entre las nuevas teorías y los diversos sistemas comunistas de carácter utópico.

Fundamento del colectivismo. — Las ideas colectivistas, adoptadas por una parte del proletariado moderno, no descansan, *à priori*, sobre ningún concepto de justicia, de libertad, de igualdad, ó de fraternidad humanas; tampoco tienen por base sentimientos generosos ó aspiraciones al bienestar general. Se apoyan exclusivamente en la evolución económica y se consideran á sí mismas como una consecuencia inevitable y fatal de esa evolución.

Hay que insistir sobre este aspecto del colectivismo, aun á riesgo de incurrir en repeticiones.

Colectividades obreras son las que, desde que existen arados de vapor, segadoras y trilladoras mecánicas, etc., están llamados á cultivar la tierra, mientras en otras épocas el propietario del suelo era quien lo cultivaba; lo mismo sucede, desde que existen tejedoras mecánicas, con la fabricación de telas; lo mismo con el azúcar y con infinidad de industrias. Pero, mientras el trabajo tiene cada día más ese carácter colectivo, la propiedad de los instrumentos del trabajo continúa siendo individual, y de ahí resulta una contradicción, una situación anormal, de la que nacen todos los males que padece la sociedad actual.

La posibilidad de la apropiación colectiva resulta de que, así como la propiedad privada de antaño, unida al propietario, no tenía valor sin el trabajo personal de éste, la propiedad capitalista, en el período en que vivimos, está separada del que la posee y solo tiene valor por la intervención de los que no son propietarios.

Del empleo de las máquinas resulta periódicamente un exceso de producción. De ahí las crisis pletóricas á que he aludido en el capítulo anterior. Toda actividad se paraliza cuando estallan esas crisis; el obrero sin trabajo muere de hambre, porque ha producido demasiado. Todo le falta, porque todo abunda. Ese es el espectáculo absurdo que nos da la producción capitalista.

De lo dicho se deduce que el colectivismo no es un dogma; el dogma afirma sin motivar y el socialismo deduce consecuencias de la evolución social, buscando en ella la base de sus doctrinas.

Las ideas comunistas tuvieron su origen en la honda impresión causada en las almas sensibles por el continuo espectáculo de la miseria humana, mientras el colectivismo, es decir, la forma que en los tiempos modernos reviste el socialismo, tiene el suyo en el estudio de la evolución económica.

La teoría del «más valor» y del «trabajo gratuito».—Analicemos ahora la doctrina de Marx.

Marx parte del principio siguiente: la propiedad, en general, procede de la conquista, de los privilegios, del abuso de la fuerza, del proteccionismo y de la desamortización. Esos son los medios de que se ha valido el capital para formarse, desarrollarse y acumularse. Pero el apóstol del colectivismo se fija, más que en esos antecedentes, en los elementos con que cuenta actualmente el capital para su desarrollo; y según él, las ganancias del capital nacen de que el asalariado percibe una retribución inferior al valor de su trabajo. Con ese *trabajo gratuito* aumentan los beneficios del capital.

El obrero no percibe el valor integral, ó sea el producto integral de su trabajo, sino una cantidad estrictamente necesaria para su subsistencia. Lo

que produce además de lo que exige su mantenimiento es lo que Marx llama *más valor*, y añade que es injusto que ese *más valor*, creado por el obrero, vaya á enriquecer al capitalista.

Esa teoría del *más valor* y del *trabajo gratuito* es una de las principales bases de la doctrina colectivista, la esencia del evangelio del proletariado contemporáneo.

La competencia de los trabajadores entre sí; la inestabilidad de los medios de producción; la maquinaria, que reemplaza cada vez más al obrero, ponen, según Marx, al obrero asalariado en el trance de ceder su trabajo al capitalista mediante una retribución insuficiente, que no está en relación con la tarea realizada.

Y si el obrero se ve obligado á vender su trabajo en tales condiciones, es porque no posee los medios de producción, porque los elementos materiales del trabajo no pertenecen al que trabaja.

En esto ven los socialistas una anomalía; pues resulta que el obrero cobra en apariencia el valor de su trabajo y el capital parece que produce beneficios por generación espontánea.

Marx sostiene que ese reparto desigual no está de acuerdo con la naturaleza de las cosas, y que el *trabajo gratuito* es un fenómeno histórico transitorio. Corresponde ese fenómeno á un estado de cosas determinado, y desaparecerá cuando varíen las condiciones económicas que lo han producido.

El *trabajo gratuito* no ha existido siempre, de manera que se puede suponer que no existirá eternamente. Cuando el hombre producía estrictamente lo equivalente á sus necesidades, no era posible que una parte de la sociedad pudiese vivir del trabajo ajeno. Cuando, con el progreso, aumentó la fuerza productora del hombre, cuando éste pudo producir más de lo que exigían sus necesidades, nació la esclavitud. Y la esclavitud ha desaparecido cuando las condiciones del trabajo se han modificado. Los siervos reemplazaron á los esclavos, y en la época actual los asalariados ocupan el lugar de los siervos de la gleba.

Pero, si examinamos la cantidad de trabajo que resulta retribuída en esos tres períodos, vemos que el esclavo no recibe ninguna retribución, que el siervo se apropia una parte, mayor ó menor, del resultado de su esfuerzo y que, en apariencia, el asalariado percibe la totalidad del valor del suyo.

En efecto, el esclavo, se limitaba, durante una parte del día, á producir un valor igual al valor de lo que consumía, y sin embargo todo su trabajo era, en apariencia, para el amo. El siervo trabajaba gratuitamente para el señor, y lo que producía, al hacerlo, se distinguía claramente de lo que producía para su uso personal. Con la organización actual, el salario aparenta ser el pago directo del trabajo, y no hay demarcación visible entre el trabajo pagado y el *trabajo gratuito*; al cobrar ese sa-

lario el obrero cobra, en apariencia, la totalidad de lo que su trabajo vale.

Con el régimen capitalista, el capital se apropia, sin embargo, el valor del *trabajo gratuito* ejecutado por el asalariado; pero oculta la relación que existe realmente entre él y el trabajo y fructifica, en apariencia, por virtud de su propia naturaleza.

El manifiesto comunista.—El manifiesto comunista habla del *trabajo gratuito*. Todas las deducciones contenidas en dicho manifiesto arrancan de una base común, que puede reducirse á los siguientes términos:

La producción económica y la estructura social que nace fatalmente de esa producción, constituyen la base de la historia política é intelectual de cada período histórico. Desde el instante en que desapareció la primitiva propiedad común del suelo, toda la historia de la humanidad se reduce á la historia de las luchas de clases, de las luchas entre las clases explotadoras y las clases explotadas. Pero nos hallamos en un período histórico en el que la clase explotada, ó sea el proletariado, no puede sacudir el yugo que la oprime sin eximir al mismo tiempo á la sociedad entera de la explotación y de la lucha de clases.

El manifiesto dice en substancia lo siguiente:

«La historia de la sociedad humana, desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, se puede

reducir á la historia de las luchas de clases: guerra abierta ó disimulada entre hombres libres y esclavos, entre patricios y plebeyos, entre nobles y siervos, entre opresores y oprimidos. Al final de esas luchas, nos encontramos siempre con una transformación revolucionaria. Con la sociedad burguesa moderna, elevada sobre las ruinas de la sociedad feudal, no han desaparecido los antagonismos de clases; la lucha es la misma, y lo que ha variado es la forma de esa lucha. Sin embargo, el advenimiento de la burguesía ofrece la ventaja de que, con ella, los campos están mejor deslindados. Dos son los adversarios: la burguesía y el proletariado.

»La burguesía es el resultado de un largo desenvolvimiento, de una serie de revoluciones en los modos de la producción. El burgués ha destruído todos los vínculos anteriores y ha conseguido que el único lazo entre los hombres sea el interés despiadado, el dinero contante y sonante. Se han ahogado el sentimentalismo, el éxtasis religioso, el entusiasmo caballeresco, en las heladas aguas del cálculo egoísta.

»Y la burguesía vive con la condición de producir nuevas y continuas revoluciones en los instrumentos del trabajo, en los modos de la producción, es decir, en todas las relaciones sociales. Por ese cambio constante, por esas continuas sacudidas, por esa perpetua inseguridad se caracteriza la burguesía.

»Ha llegado el momento en que los hombres sienten la necesidad de examinar las condiciones de su existencia y de analizar sus recíprocas relaciones.

»Con el régimen burgués ha aumentado el número de habitantes de los grandes centros en perjuicio de los campos; con él se van reconcentrando cada día más la propiedad, la población y los medios de producción. La propiedad ha ido á parar á manos de unos cuantos, y ha surgido al mismo tiempo la centralización política.

»Los medios de producción y de cambio, que han servido de base á la evolución burguesa, nacieron en el seno de la sociedad feudal. Llegó un momento en que esa sociedad feudal, no respondiendo á las necesidades de las nuevas fuerzas productoras, era un obstáculo para la producción. Era necesario romper los antiguos moldes, y se rompieron. Vino entonces el reinado de la libre concurrencia con una constitución social y política de acuerdo con el nuevo ambiente, y la burguesía fué preponderante, así en el orden económico como en el terreno político.

»Actualmente estamos presenciando un fenómeno idéntico: la sociedad moderna no puede ya dirigir sus medios de producción, porque el sistema burgués no tiene la amplitud que sería precisa para dominar las riquezas que ha creado. De ahí las crisis que estallan periódicamente y, para evi-

tarlas, el afán de la burguesía por conquistar nuevos mercados y por crear colonias que extiendan su acción por todos los mares. Pero lo que logra, al proceder de ese modo, es preparar para lo porvenir crisis más generales y más formidables.

»La industria moderna ha transformado el pequeño taller en gran fábrica, y exige ahora de los obreros menos habilidad y menos fuerza que antes, porque la máquina simplifica el trabajo y lo hace tan fácil que la mujer y el niño pueden reemplazar, en muchos casos, al hombre.

»El pequeño burgués, sea éste comerciante ó rentista modesto, el artesano y el aldeano, que vive del cultivo de su tierra, acaban por engrosar las filas del proletariado, porque no es posible crear ya mercancías con capitales pequeños y porque, con la maquinaria, resultan inútiles las aptitudes y la vocación.

»De manera que el proletariado se recluta en todas las clases sociales.

»Con el desarrollo de la industria se reconcentran en los grandes centros enormes masas de obreros, y éstos, al verse tan numerosos, tienen conciencia de su fuerza. Además, nace en ellos la idea de fraternidad y de igualdad, porque las condiciones de su existencia se igualan á medida que la máquina hace desaparecer toda variedad en el trabajo, y á medida que los salarios van nivelándose.

»Las luchas sostenidas por los burgueses entre sí y las crisis comerciales que de ellas resultan, hacen que el salario sea incierto, y las máquinas, que cada día se perfeccionan más, aumentan la inestabilidad de ese salario, ya exiguo. Por eso las colisiones individuales entre obreros y burgueses son el resultado de una lucha de clases, y de esa lucha nace el instinto de solidaridad.

»Todos los movimientos históricos han sido, hasta la época presente, movimientos de minorías en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento espontáneo de una mayoría en favor de la inmensa mayoría de los seres humanos. El proletariado, última capa de la sociedad actual, no podrá emanciparse si no derriba todas las capas sociales superpuestas que constituyen la sociedad actual. El desarrollo de la gran industria va zapando, bajo las plantas de la burguesía, el terreno mismo sobre el cual esa burguesía ha establecido su sistema de producción y de apropiación. La burguesía fomenta, sin quererlo, los elementos de su caída y de la victoria del proletariado. Esa caída y esa victoria son inevitables.

»Los comunistas no constituyen un partido opuesto á los demás partidos obreros; sus intereses no se diferencian de los intereses del proletariado en general; no proclaman principios sectarios. En sólo dos puntos se distinguen de los demás partidos obreros: 1.º Tratándose de luchas entre proletarios

se fijan, ante todo, en los intereses del proletariado en general. 2.º En las diversas fases evolutivas de la lucha entre proletarios y burgueses, defienden siempre los intereses del movimiento general.

»Poseen los comunistas, sobre el resto del proletariado, la ventaja de tener un concepto claro de las condiciones, de la marcha y de los fines del movimiento obrero. Su objeto, como el de los demás partidos obreros, consiste en organizar el proletariado como partido, en destruir la supremacía burguesa y en conquistar el poder político. Sus doctrinas no descansan sobre principios expuestos por tal ó cual reformador, y son la expresión, en términos generales, de las condiciones materiales de la lucha de clases.

»La primera etapa de la revolución obrera será la organización del proletariado como clase dominante; la conquista del poder público por la democracia.

»El proletariado se servirá de su supremacía política para arrancar poco á poco el capital á la burguesía, para centralizar todos los instrumentos de la producción en manos del Estado, es decir, en manos del proletariado organizado, y para aumentar rápidamente la masa de las fuerzas productoras disponibles.

»Esto, claro está, sólo podrá realizarse al principio, violando despóticamente los derechos de la propiedad burguesa, es decir, adoptando medidas

radicales, con el objeto de producir una gran revolución en la organización de la producción.

«Esas medidas serán distintas, según los países.

»En los países más adelantados podrán aplicarse las siguientes:

1.º Expropiación de la propiedad inmobiliaria y confiscación de la renta de esa propiedad á beneficio del Estado.

2.º Impuesto progresivo muy fuerte.

3.º Abolición de la herencia.

4.º Confiscación de la propiedad de los que emigren y de los que se rebelen.

5.º Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y con monopolio exclusivo.

6.º Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.

7.º Aumento del número de las manufacturas nacionales y de los instrumentos de la producción, cultivo de los terrenos incultos y organización de la producción agrícola, basada en un sistema que se extenderá á todo el territorio.

8.º Trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, principalmente para la agricultura.

9.º Combinación del trabajo agrícola con el trabajo industrial. Medidas encaminadas á que desaparezca la distinción entre la ciudad y el campo.

10. Educación pública y gratuita para todos los niños; abolición del trabajo de los niños en las fábricas, tal como hoy existe. Combinación de la educación con la producción material, etc., etc.

»Cuando, en el curso del desarrollo de estas medidas, desaparezcan los antagonismos de clases, y cuando toda la producción se halle reconcentrada en manos de los individuos asociados, el Poder público perderá su carácter político. El Poder público es, en resumidas cuentas, el poder de una clase organizada para oprimir á otra clase. Si el proletariado, en su lucha contra la burguesía, destruye la antigua organización de la producción, desaparecerá el antagonismo de las clases, desaparecerán las clases, no habrá ya proletariado.

»En vez de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clases, surgirá una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada individuo será la condición necesaria del libre desenvolvimiento de todos.»

En este manifiesto, escrito para los obreros de todas las naciones, y que termina con las palabras siguientes, *¡Proletarios de todos los paises, uníos!*, no emplea Marx argumentos científicos que las masas no hubiesen comprendido. Lo redactó para los proletarios, así como escribió *El Capital* y la *Crítica de la economía política* para los intelectuales. Y si he hecho un resumen de las doctrinas contenidas en el manifiesto, es por que esas doctri-

nas son las que influyen en las masas que no se encuentran en condiciones de comprender el alcance de las demás obras de Marx.

Las teorías de Jules Guesde.—Desde 1848, como ya lo he dicho, no ha variado, sino en detalles insignificantes, la doctrina colectivista. Para convencerse de ello, basta fijarse en las actuales campañas del francés Jules Guesde.

Si hablo aquí de uno de los jefes del colectivismo francés, es porque Francia es la nación que más ha influido en la evolución de nuestras ideas. Además, la doctrina de Guesde es idéntica, en el fondo, á la doctrina de los socialistas alemanes, y exponerla es, al mismo tiempo, exponer la de éstos.

Guesde, discípulo de Marx, es en Francia el representante del socialismo científico. En los discursos que pronunció en la Cámara francesa el 15 y el 24 de Junio de 1896, contestando á De Mun y á Deschanel, están condensadas sus doctrinas. Un breve análisis de lo que contienen esos discursos explicará, mejor que nada, las tendencias del colectivismo francés:

«Si en Francia—dice Guesde—se presentan y se aprueban leyes protectoras del obrero, débese al partido socialista, á la agitación creada por los colectivistas en todos los rincones del país. Somos un partido de transformación y de revolución social, y contamos, para alcanzar el triunfo, con

que aumente el bienestar de los obreros, que tienen hoy día más independencia de la que tenían cuando eran más desgraciados, y con nuestra continua propaganda, que tiende á convertirlos, cada día más, en instrumentos conscientes de su propia emancipación integral y definitiva. La miseria sólo puede producir mendigos y anarquistas; el mejoramiento de las condiciones de la existencia, las jornadas de trabajo cortas, crean socialistas, y diré más, crean revolucionarios.

»Nuestro colectivismo es un producto de la sociedad actual, que cada día se va haciendo más colectivista. Para convencerse de ello basta observar cómo se transforma esa sociedad y cómo va desapareciendo poco á poco la propiedad individual, cuya resurrección sería un milagro en el que es imposible creer, porque la técnica industrial no permite ya que la herramienta sea poseída individualmente.

»Al pronunciar la palabra cooperación, no os dáis cuenta de que la cooperación es el rudimento del colectivismo, pues entre ambos conceptos sólo existen diferencias de intensidad y de extensión. No somos nosotros los que hemos conseguido que desaparezca el carácter individual de la propiedad, lo han logrado las fuerzas productoras gigantescas creadas por la ciencia.

»Donde el instrumento del trabajo es todavía rudimentario y puede ser usado por el propietario,

nos inclinamos ante la propiedad individual; pero donde la propiedad reviste una forma colectiva, se impone la apropiación social. De las necesidades de la producción y del cambio, tal como se manifiestan bajo la influencia de la maquinaria y del vapor, ha nacido la propiedad capitalista, que vive de la muerte de la propiedad individual, de esa propiedad cuyo carácter distintivo era que el trabajador poseía los instrumentos de su trabajo. Con el régimen actual el propietario no trabaja.

»Al capital se le considera como trabajo acumulado, y se reclama para él una remuneración. El capital es un trabajo muerto que ya ha sido retribuido. El trabajo pasado no puede tener los mismos derechos que el trabajo presente; no es admisible que ese trabajo muerto se imponga al trabajo vivo, que lo explote y que pretenda vivir á su costa eternamente.

»Para evitar el reparto de los beneficios entre el trabajo y el capital, es necesario que ambas cosas se encuentren en las mismas manos. Si queremos acabar con ese reparto, es porque produce graves y permanentes crisis sociales, porque con él reina un desorden orgánico en la sociedad. Somos partidarios del orden, y el único medio de evitar los males actuales consiste en que todos los trabajadores, sin excepción, sean copropietarios de los instrumentos y de la materia del trabajo.

»Pero no somos partidarios de la intervención del Estado; lo somos de la intervención social.

»Con la gran industria, con el comercio en grande, con la alta banca, los capitales van concentrándose y se forma un nuevo feudalismo, cuyos miembros son cada día menos numerosos. En cambio, enfrente de ese feudalismo, aumenta cada vez más el número de los trabajadores, tanto manuales como intelectuales. A la masa proletaria van sumándose los vencidos del pequeño comercio, de la pequeña industria, de las carreras liberales, que no pueden desenvolverse libremente en el actual ambiente.

»Todos esos despojados comprenden que la única salvación para ellos es llegar á ser copropietarios de los instrumentos del trabajo, y que para conseguirlo es necesario que la nación se apodere de ellos.

»Esos desposeídos constituyen nuestro ejército, el régimen capitalista fomenta su reclutamiento, y como nos habéis dado el sufragio universal, que ya no podéis arrebatarnos, llegará pronto la hora en que ese ejército, que aumenta continuamente, se encuentre en condiciones de apoderarse legalmente del mando. Entonces obrará, no en favor de algunos agiotistas, sino en beneficio del conjunto de los trabajadores.

»Con la transformación colectivista sucederá que los progresos científicos, aplicados á la industria, en vez de expulsar del trabajo y de la vida á innumerables trabajadores, expulsará horas de trabajo.

Entonces el obrero, en vez de maldecir al progreso, lo bendecirá, porque con él disminuirá el esfuerzo y aumentarán los productos.

»Además el colectivismo, repartiendo los gastos generales sobre cantidades enormes de mercancías, los reducirá considerablemente. Hará, en mayor escala, lo que hacen los grandes productores.»



Táctica socialista.

Propaganda pacífica.—Evolución y revolución.—Carácter internacional de las reivindicaciones obreras.—Las huelgas.—El Congreso de Toulouse (1908).—Los socialistas y los demás partidos.

Propaganda pacífica.—Los socialistas tienen una fe ciega en el triunfo de sus ideas. Lo hemos visto en los anteriores capítulos; piensan que en la sociedad, tal como se halla constituida, se desarrollan los gérmenes de la sociedad futura, y que llegará un momento en que las condiciones de la producción no encajarán dentro de los límites del régimen capitalista.

Pero los socialistas no se cruzan de brazos; no aguardan impasibles que llegue ese momento histórico, para ellos inevitable. La lucha que han emprendido tiende á que se adelante la fecha del triunfo; y para conseguirlo, convencidos de que no basta apoderarse del poder público, y de que es indispensable, además, que la masa proletaria tenga

un concepto claro de sus obligaciones y de sus derechos, tratan de educar al proletariado por medio de incesantes predicaciones.

Son enemigos de la violencia, de los golpes de mano, que con gran sentido práctico consideran contraproducentes. Marx, y más tarde Ferri en Italia, y Guesde y Jaurés en Francia, los demócratas socialistas de Alemania y las *trades unions* inglesas no son partidarios del uso de la fuerza.

Karl Marx no era fatalista; al hablar de la evolución económica que, según él, terminará indefectiblemente con la victoria del colectivismo, no aconseja al proletariado que se cruce de brazos y que aguarde pacientemente el término de esa evolución. Toda su vida, dedicada á organizar agrupaciones obreras y á predicar sus doctrinas, demuestra que confiaba en el esfuerzo de las masas organizadas.

Sus discípulos piensan como pensaba el maestro, y son partidarios de la lucha pacífica, porque saben que si un acto de fuerza puede proporcionar el poder, otro acto de fuerza puede arrebatarlo.

Sus esfuerzos tienden á educar y á disciplinar al obrero para cuando llegue la hora de la acción, y, para conseguirlo, tratan de acostumbrarle á que acuda á las urnas electorales.

La idea de apoderarse del poder por un golpe de mano, antes de reunir la adhesión de la mayoría de los sufragios, no fué nunca admitida por los

jefes del movimiento socialista. Marx subordina la toma de posesión del poder al deseo unánime de los ciudadanos; Guesde declara que una minoría que se apoderase del poder, sería pronto arrojada de él por la mayoría.

El Congreso de Erfurt declaró, en 1891, que la conquista del poder político, principal objeto á que debe aspirar el proletariado consciente, no puede ser obra de un momento ó de una sorpresa que proporcione una victoria inmediata; ésta sólo se podrá conseguir con una labor continua: con la propaganda de las ideas y con el esfuerzo de toda la clase obrera.

En el Congreso socialista que se celebró en Toulouse en Octubre de 1908, Jaurés hizo la declaración siguiente:

«El proletariado estaría loco si creyera que bastará una insurrección para fundar un nuevo orden de cosas, sin preparar el terreno antes con reformas progresivas. Hay que educar á los obreros, no solamente exponiéndoles teorías, sino también en el terreno de los hechos.»

El socialismo, cuando marchaba aún á tientas, cuando formulaba utopías, no era revolucionario; Fourier, Owen, los sansimonianos, eran gentes pacíficas que pedían una transformación social para evitar una revolución. El soñador Fourier se pasó la vida aguardando al millonario, capaz de salvar pacíficamente á la humanidad.

Es más, los socialistas de antaño conciliaban sus ideas con toda clase de formas políticas: el comunismo de Platón es aristocrático, el de Campanella es teocrático, Roberto Owen acudía á los representantes de las potencias, reunidos en Aquisgram, para que regeneraran la sociedad; San Simón confiaba en Bonaparte, Fourier predicaba la indiferencia política. De modo que el socialismo utópico no tuvo carácter revolucionario.

Los discípulos de Marx son revolucionarios, pero no debe tomarse la palabra revolución en el sentido de lucha sangrienta, sino en el sentido de transformación radical de la organización social. Los marxistas opinan que el capital ha puesto de manifiesto lo que son y lo que pueden ser con el tiempo las fuerzas productoras, que esas fuerzas exigen un nuevo régimen político, un cambio radical y que la función gubernativa debe ir á parar á manos de la colectividad. En ese sentido, en el de una honda transformación, son revolucionarios los socialistas.

Por un lado vemos á los que monopolizan los medios de producción y que pueden imponer su voluntad á los demás, y por otra parte á los que sólo poseen su trabajo (la fuerza trabajo) y que se hallan sometidas al capital, porque no pueden utilizar más medios de producción que los que posee el capitalista. Las disensiones entre ambos son incesantes, porque el asalariado pide aumentos de

salario y el capitalista tiende á que el salario disminuya. Y de esas disensiones nace la lucha de clases, la división de la sociedad en dos categorías: la de los poseedores y la de los que nada poseen. Estos últimos, conscientes ya de lo que puede ser la sociedad futura, desean emanciparse, y saben que no lo lograrán mientras no se apoderen del poder.

No hay que olvidar que la teoría colectivista es una teoría evolucionista. Un partido político ó una teoría científica son fenómenos naturales que pasan por diversas fases vitales, por la infancia y por la juventud, antes de alcanzar el completo desarrollo de la edad madura. Era inevitable que, antes de llegar al período científico, el socialismo se desenvolviera en un ambiente romántico y nebuloso, y que consideraran entonces sus adeptos que era posible, con cuatro tiros, cambiar en veinticuatro horas la organización social.

Evolución y revolución.—Ferri entiende por evolución la transformación diaria, casi invisible, pero continua é inevitable; por revolución, el período crítico y decisivo, más ó menos prolongado, de una evolución que ha llegado á su término; por rebelión, la violencia colectiva que estalla con motivos de alguna circunstancia especial, y por violencia individual, el acto realizado por un individuo contra uno ó varios individuos, y que

nace, ó del fanatismo, ó de instintos criminales, ó de un desequilibrio mental, y que se relaciona con las ideas políticas ó religiosas más generalizadas en un momento determinado.

Mientras la revolución y la evolución pertenecen á la esfera de la psicología social, la rebeldía y la violencia individual pertenecen á la esfera de la patología social.

Es evidente que la evolución y la revolución son los elementos normales más fecundos y más eficaces de toda transformación social, si se da á la palabra revolución su sentido exacto y positivo, el de la última fase de una evolución y no el de revuelta tumultuaria y violenta.

La sociedad humana no puede sufrir transformaciones repentinas, así como el niño ó el adolescente no pueden realizar, en el espacio de un día, una evolución biológica.

Es una locura pensar que arrojando una bomba, que construyendo un barricada ó que tomando parte en un motín, puede adelantar un solo paso la realización de un ideal.

El socialismo, principalmente en Alemania, bajo la influencia directa del marxismo, ha renunciado por completo á esos procedimientos anticuados del romanticismo revolucionario.

El socialismo marxista es revolucionario en el sentido científico de la palabra; y si habla de revolución, es considerando á ésta como el término de

una evolución; tiene la franqueza de manifestar á la masa proletaria que no posee un secreto mágico para transformar el mundo instantáneamente, y que la revolución social no podrá realizarse mientras los obreros no tengan un concepto claro de los intereses de la clase á que pertenecen y de la fuerza que adquirirían marchando todos de acuerdo.

Decir á los obreros que, sin preparar antes los elementos materiales de la nueva organización social, y sobre todo, sin que exista entre todos ellos una solidaridad absoluta, deben sublevarse contra las clases que gobiernan, es hacer el juego de esas clases, porque éstas serán victoriosas si la evolución no está madura y si la revolución es prematura.

Las energías populares se agotan con esos movimientos febriles y convulsivos, y por eso el socialismo apela á otros medios: á la lucha electoral, con el objeto de adquirir puestos en todos los organismos electivos y de ir zapando de ese modo las bases del edificio social, y á la organización del proletariado como partido político que pretende anular, más tarde ó más temprano, á los demás partidos.

Con esa organización y con las concesiones parciales que el proletariado va conquistando, se precipita la marcha de la evolución, cuyo término es la revolución social.

Pero, ¿en qué país se producirá primero esa re-

volución? Es indudable que los pueblos del Norte, los alemanes y los anglo-sajones, pueden amoldarse mejor que los demás á la disciplina fría é inexorable de una revolución de esa índole. Ferri opina que Alemania é Inglaterra, donde el desarrollo del industrialismo burgués facilita la solución del problema, iniciarán quizá esa metamorfosis social, y que desde allí se propagará la revolución social y económica por toda Europa, así como al final del siglo XVIII partió de Francia la señal de la revolución política y burguesa.

Si las revoluciones políticas han repercutido fuera de los países donde estallaron, con más motivo repercutirá en el mundo entero la revolución socialista, porque el socialismo tiene un carácter marcadamente internacional. Por eso debemos estudiar en España lo que es y representa el colectivismo, aunque este haya realizado escasos progresos entre nosotros.

Carácter internacional de las reivindicaciones obreras.—Los partidos obreros formulan en cada país pretensiones diversas que están en relación con sus particulares necesidades, pero la doctrina fundamental es la misma en todas partes, y el proletariado mundial marcha de acuerdo, cambiando impresiones en sus Congresos internacionales y tratando de unificar su acción.

Los socialistas alemanes, reunidos el año 1875

en Gotha, declararon que el partido socialista alemán, á pesar de fijarse ante todo en la acción nacional, tiene conciencia del carácter internacional del movimiento obrero y está resuelto á contribuir, con todas sus fuerzas, á que la fraternidad entre todos los hombres, sin distinción de nacionalidades, sea un hecho.

Y desde entonces, los socialistas del mundo entero están en continuo contacto y discuten, en frecuentes Congresos, las cuestiones que les interesan, fijándose principalmente en las que á la táctica, á los procedimientos políticos y á la propaganda de sus ideas se refiere.

Por ejemplo, en Dresde primero, y luego en Amsterdam, los socialistas acordaron que los partidos obreros no deben prestar su apoyo á los Gobiernos burgueses, por radicales que éstos sean.

Las huelgas.—El Congreso de Amsterdam ha condenado la huelga general, considerándola ineficaz como medio revolucionario y manifestando además que de una derrota, siempre inevitable, sale debilitado el proletariado.

En esa cuestión de las huelgas, el criterio de los socialistas es muy distinto de lo que las gentes creen en general. El Congreso de Nantes votó, en 1894, la resolución siguiente:

«El socialismo no incita á la huelga, no la provoca, porque, aun allí donde algo se consigue con

ella, los trabajadores no pierden su condición de asalariados; pero no puede permanecer indiferente ante el hecho consumado, y éste le impone ciertas obligaciones. Tiene el deber de tomar la defensa de los huelguistas.»

Es decir, que los socialistas no son partidarios de la huelga, pero el concepto que tienen de la solidaridad les obliga á no abandonar á los que recurren á ella.

Merece la pena que examinemos con mayor detenimiento este asunto.

La huelga estalla cuando los obreros se niegan á trabajar, sea porque los patronos se resisten á conceder lo que piden, sea porque los asalariados no quieren aceptar las condiciones que los capitalistas quieren imponerles.

Los socialistas piensan que la mayoría de las huelgas son contraproducentes, pero se encuentran ante un fenómeno social, en muchos casos inevitable, y tratan de encauzarle en el sentido de sus doctrinas.

Por eso Guesde presentó en 1894, á la Cámara francesa, un proyecto de ley reglamentando el derecho á la huelga.

«Proponemos, decía en nombre del grupo parlamentario que acaudillaba, que al surgir un conflicto entre un patrono y los obreros ó las obreras de una fábrica ó una mina, se celebre una reunión general de los que sufren y trabajan en común, para

que discutan en ella lo que más conviene á la colectividad. Proponemos, además, que si la mayoría vota la huelga, ésta sea obligatoria para todos.»

Esta proposición, que no fué aceptada por la Cámara francesa, demuestra que los socialistas se fijan, ante todo, en la idea de solidaridad, aunque se trate de algo que condenan. Al proceder de ese modo, quieren acostumbrar á las masas á que respeten la voluntad de las mayorías, convencidos de que el esfuerzo ha de ser colectivo, ya que la sociedad futura tendrá por base el desarrollo de la acción colectiva.

Pero eso no demuestra que los socialistas sean partidarios de las huelgas. Deville, en sus *Principios socialistas*, dice lo siguiente:

«Con las huelgas ha sido á veces posible, en circunstancias favorables, conseguir que algunos patronos capitulen, pero con ninguna de ellas ha sufrido en lo más mínimo el capitalismo. Muchas huelgas han estallado, se han constituido poderosas cajas de resistencia cuyos recursos se han agotado, ¿y qué se ha conseguido con ello? Algunas mejoras, en general momentáneas, pero compatibles con la creciente prosperidad del capital.»

Ya no es posible ilusionarse sobre la eficacia de la huelga desde que hemos visto, principalmente en los Estados Unidos y en Inglaterra, el resultado de algunas que estaban preparadas y dirigidas

con gran habilidad y que contaban con grandes recursos pecuniarios. En Inglaterra, después de considerar la huelga como una panacea, los obreros han comprendido que ésta ofrece graves peligros y que es preferible realizar esfuerzos en el terreno político.

La prueba está hecha: en el terreno económico la lucha es desigual y, á pesar de sus sacrificios, de su abnegación y de su energía, la clase obrera pierde casi siempre la batalla. Cuando por excepción la gana, las ventajas que consigue no impiden que la victoria, además de costosa, sea precaria.

En el terreno político es donde conviene entablar la lucha, y la gran mayoría de los socialistas opina que si los esfuerzos y el dinero empleados en sostener una huelga se hubiesen destinado á la lucha política y á la propaganda, los progresos realizados hubiesen sido mucho mayores de lo que han sido.

Además, la huelga tiene otro inconveniente, el de distraer al obrero del fin que debe proponerse, apartándole del verdadero terreno de la lucha.

Por eso Deville dice que los espíritus conscientes deben rechazar la idea de la huelga general, pues no basta ilusionarse con la idea de que, al cruzarse de brazos, el proletariado puede obligar á la burguesía á que capitule, hay que comprender que el obrero necesita vivir durante el paro. Y añade Deville que en cuestiones de táctica no conviene dis-

cutir si una idea es ó no halagüeña, pues hay que ver, ante todo, si es práctica.

Hemos visto que los socialistas no son partidarios de la fuerza y que tampoco lo son de las huelgas. Y es que el socialismo es un partido de orden, hostil á los procedimientos extremos, distinguiéndose en ese terreno de los anarquistas, que apelan á la violencia, porque obedecen más á impulsos inconscientes que á una táctica razonada, y porque no comprenden que todo acto violento atrae una reacción muy perjudicial para el progreso de las ideas que defienden.

El Congreso de Toulouse (1908).—Reproduciré, para que el lector se dé cuenta exacta de cuál es la táctica de los partidos socialistas en la actualidad, la siguiente declaración aprobada en el Congreso de Toulouse (Octubre de 1908):

«El partido socialista, ó sea el partido de la clase obrera y de la revolución social, persigue la conquista del Poder público con el objeto de conseguir la emancipación de los proletarios, la destrucción del régimen capitalista y la desaparición de las clases. Recuerda al proletariado, por medio de una incesante propaganda, que el régimen colectivista es el único que puede darle la libertad. Lleva esa propaganda á todos los Centros con el objeto de suscitar en todas partes el espíritu de combate. Exige de la clase obrera un esfuerzo dia-

rio, una acción continua, encaminada á conseguir garantías nuevas y nuevos medios de acción.

»Cuando habla á los obreros de la conveniencia de una reforma y de los límites que el régimen capitalista impone á las reivindicaciones del proletariado, lo hace para excitarle á conseguir mejoras y para hacerle comprender que es necesaria una reforma total, una transformación decisiva de la propiedad.

»La humanidad dispone hoy de fuerzas suficientes para que sea posible la emancipación de los asalariados mediante la posesión de todos los medios de producción y de cambio. Pero al mismo tiempo que se desarrollan esas fuerzas, conviene que el proletariado se eduque y organice. Por eso el partido socialista concede gran importancia á la creación y al desarrollo de los organismos obreros que, como los Sindicatos y las Cooperativas, tienen carácter colectivo y que son necesarios para preparar la transformación social.

»El proletariado debe ejercer una acción colectiva directa sobre los patronos y sobre los Poderes públicos, no perdiendo nunca de vista, en sus reivindicaciones, el objeto final de su esfuerzo, que es la expropiación capitalista.

»Siguiendo el ejemplo que han dado en todas las épocas las clases explotadas, el proletariado sostiene, como supremo recurso, su derecho de apelar á la insurrección, pero hace una distinción

entre los grandes movimientos colectivos y las inútiles escaramuzas contra el Estado burgués, en las que los obreros marchan á ciegas. Encamina su esfuerzo hacia la conquista del Poder político, opone á los programas de los diversos partidos burgueses la doctrina colectivista, y considera como un deber de todo socialista militante el de acudir á las urnas electorales para aumentar la influencia parlamentaria y legislativa del socialismo.»

Los socialistas y los demás partidos.—Veamos ahora qué actitud adoptan los socialistas frente de los demás partidos.

En general, se niegan á aliarse, aunque sea circunstancialmente, con los partidos afines. Según ellos, el terreno de la lucha es puramente económico, se trata de una lucha de clases; de manera, que entre los partidos burgueses, que son partidos políticos, y el partido socialista, cuyas reivindicaciones tienen carácter económico, existe un verdadero abismo.

Así se explica que en España el partido obrero no haya querido unirse, hasta ahora, á los republicanos, ni para fines electorales.

En otros países no son tan intransigentes los socialistas. En el Congreso de Toulouse, sostuvo Bracke que los socialistas pueden aliarse con los partidos afines en las elecciones, y muchos congre-

sistas mostráronse de acuerdo, en este punto, con Bracke, que es uno de los lugartenientes de Jules Guesde.

Es más; algunos socialistas franceses opinan que un socialista puede aceptar una cartera en un ministerio burgués, con el objeto de trabajar en favor del proletariado desde las esferas del Poder.

Jaurés y Guesde expusieron en Lille, en 1900, distintos criterios acerca de esta cuestión. El primero opinó que todas las revoluciones victoriosas han triunfado porque el nuevo régimen, antes de establecerse con sólidas bases, había penetrado en el antiguo por todas sus grietas, hasta llegar á la raíz; Guesde, fijándose ante todo en la lucha de clases, como único terreno en el que deben colocarse los socialistas, sostuvo que un socialista que forma parte de un Gobierno burgués es un prisionero, algo así como un rehén, una especie de escudo que sirve para desarmar á la oposición socialista.

Los Congresos internacionales que se celebraron más tarde dieron la razón á Guesde. Y como la palabras pronunciadas por él en Lille reflejan el pensamiento de la mayoría de los colectivistas, creo conveniente reproducirlas. Jules Guesde decía lo siguiente:

«La lucha de clases no es compatible con la colaboración de las clases; no pueden vivir unidos los burgueses, cuya misión es conservar las conquistas realizadas por la sociedad burguesa, y los hom-

bres cuya misión consiste en destruir esa sociedad. Yo creo que cuando se vislumbra en el horizonte una organización superior, cuando del esfuerzo del proletariado depende exclusivamente el triunfo, sólo hay que pensar en una cosa: en derribar el orden presente, para dar lugar á que se funde el orden futuro.

»Existe una Bastilla que debemos arrasar. Pobres de nosotros si nos paramos en el camino, halagados por la limosna de pretendidas reformas, concedidas por la burguesía para aplacar momentáneamente nuestro apetito. Somos y sólo podemos ser un partido de revolución, porque nuestra emancipación y la de la humanidad sólo se pueden conseguir con una revolución.

»Hoy día lo que constituye la fuerza irresistible del socialismo es la comunidad de ideas de los trabajadores organizados, que persiguen, contra formas de gobierno diversas, en el mundo entero, el mismo fin, por los mismos medios.»

En resumen, al socialista le es indiferente la forma de gobierno, porque, como lo hemos visto en los capítulos anteriores, está convencido de que las luchas futuras se desarrollarán en el terreno económico. Y si sus esfuerzos se encaminan á apoderarse del poder político, es porque sin él, resultará imposible la recta aplicación del *desiderátum* colectivista, que es la socialización de los medios de producción.

VI

Reivindicaciones inmediatas

En el terreno político.—En el terreno económico.—El impuesto sobre la renta.—La jornada de ocho horas y el descanso semanal.—Otras reivindicaciones. Programa agrario.

Hemos visto cuál es el *desiderátum* de los colectivistas, resultando de lo dicho que consideran inaplicables las teorías, por ellos predicadas, mientras el proletariado no se haga dueño de los poderes públicos. El obrero, mientras no llegue la hora de la victoria final, continuará sufriendo las consecuencias de las desigualdades económicas, porque es imposible que, por ahora, desaparezcan esas desigualdades; pero debe reclamar, mientras tanto, medidas que tiendan á mejorar su condición y otras que fomenten su influencia política y que faciliten la propaganda de sus ideas. Por eso los partidos obreros, además de un programa *máximo*, tienen un programa *mínimo*, relativo á reivindicaciones inmediatas.

Esas reivindicaciones, que tienen carácter político ó carácter económico, varían según las circunstancias especiales que rodean á los proletarios de los diversos países donde se formulan, y según sean los progresos alcanzados ya en la lucha sostenida contra la burguesía.

De manera que las aspiraciones del momento deben responder al estado social y al adelanto industrial de cada país. Pero existen reivindicaciones comunes, formuladas en todas partes por los partidos obreros, y esas son las que voy á enumerar, comenzando por las de carácter político.

En el terreno político.—Como los socialistas no confían en los movimientos revolucionarios para obtener el triunfo, y como encaminan sus esfuerzos á conseguir nutridas representaciones en los cuerpos electivos, luchan en favor de la implantación del sufragio universal en los países donde no existe, y se oponen, allí donde funciona, á cuanto tienda á arrancar al pueblo derechos adquiridos.

Además, los partidos obreros hacen una propaganda constante de sus ideas y necesitan que la prensa sea libre y que las leyes que regulan los derechos de reunión y de asociación se inspiren en un criterio muy liberal.

De manera que los socialistas incluyen en su programa el sufragio universal, la libertad de la

prensa, los derechos de asociación, de reunión, de petición y de manifestación. Piden también la supresión del presupuesto de cultos y que se apodere además el Estado de los muebles é inmuebles pertenecientes á las Asociaciones y Congregaciones religiosas, la abolición de los ejércitos permanentes, siendo reemplazados éstos por milicias, y la independencia absoluta de los municipios en lo que á la administración y á la policía se refiere.

En el terreno económico.—El impuesto sobre la renta.—Examinemos ahora las reivindicaciones de carácter económico. Entre ellas se encuentra una muy radical que adoptó el partido obrero francés en el Congreso de Rouane en 1882, y que también figura en el programa del partido obrero español. Me refiero á la supresión de la Deuda pública.

Esa supresión no debiera figurar entre las reivindicaciones inmediatas, porque se trata de una medida irrealizable, mientras no varíe en absoluto la organización social. La socialización de los medios de producción y la supresión de la Deuda pública no son compatibles con el concepto que hoy día tenemos del Estado, de manera que solo podrán ponerse en práctica con un Estado socialista, es decir, cuando el partido colectivista se apodere del poder. Lo que sí piden los socialistas, con carácter urgente, en todos los países, es el impuesto sobre

la renta. Bracke manifestó en el Congreso de Toulouse, que dicho impuesto es un episodio de la lucha de clases, dando á entender de ese modo que el socialismo transige con el medio ambiente, al formular esa pretensión, pero sin renunciar á la supresión de la Deuda pública.

El Parlamento francés discute hace tiempo, y continuará discutiendo, un proyecto de impuesto sobre la renta. Ofrece ese proyecto grandes dificultades, porque la fiscalización será difícil y muy fácil la ocultación, mientras no varíe la organización social. Así se explica que, siendo partidaria la Cámara francesa del impuesto sobre la renta, no logre, sin embargo, adoptar una fórmula definitiva.

Según Karl Marx, la Deuda pública da al dinero improductivo un valor reproductivo, sin que ese dinero corra los riesgos que correría al buscar una colocación en la industria. Los socialistas contemporáneos, y entre ellos Guesde y Lafargue, añaden que los fondos públicos son verdaderos billetes del Banco, que se pueden convertir fácilmente en numerario y que cobran además un interés, y protestan de que ese dinero improductivo produzca algo.

No debe extrañarnos ese concepto, que para muchos resultará extraño, de la Deuda pública, si recordamos la teoría colectivista que considera al capital como á un trabajo muerto, y sí nos fijamos

en que los socialistas no dan valor al dinero, sino al producto.

La Deuda pública es, según ellos, la lista civil de la burguesía, y no quieren, ni convertirla, ni amortizarla, sino suprimirla. Sostienen, además, que esta medida es conveniente para la inmensa mayoría de la nación que no posee títulos del Estado y también para los tenedores modestos que reciben, en calidad de intereses, cantidades muy inferiores á las que pagan como contribuyentes. Suprimida la Deuda, quedarían suprimidas muchas contribuciones, porque el producto de estas se aplica, en gran parte, al pago del cupón.

La jornada de ocho horas y el descanso semanal.—Las demás reivindicaciones inmediatas son de más fácil realización, y en algunas de ellas han impuesto ya los socialistas su criterio. Piden el descanso de un día por semana y la jornada legal de ocho horas de trabajo para los adultos.

El primer Congreso de la Internacional, que se celebró en Ginebra el año 1866, votó la jornada de ocho horas, fundándose en que sin ella toda tentativa de mejora y de emancipación ha de resultar inútil, porque el obrero necesita tiempo, no solamente para cuidar de su salud, sino también para desarrollar su cerebro y para ponerse en contacto con sus compañeros con el objeto de emprender una acción política.

Pero existe otra causa para que los socialistas pidan la reducción de las horas de trabajo y el descanso semanal, que es un medio indirecto de reducir el número de esas horas. El mayor enemigo del obrero que trabaja es el obrero sin trabajo, porque, si aquél pide un aumento de salario, el patrono puede negárselo y recurrir á los que se hallan desocupados.

El ejército de obreros sin trabajo es el mejor auxiliar del capital, y la clase obrera tiene un interés grandísimo en que ese ejército se debilite.

El patrono sabe que puede reemplazar al obrero que emplea por otro obrero, porque, en la mayoría de los casos la demanda de trabajo es continua y mayor que la oferta, y el obrero se somete á las exigencias de quien utiliza sus servicios, porque, si obrara de otro modo, se expondría á quedarse sin pan. Supongamos lo contrario, ó sea que disminuye el número de obreros sin trabajo. Entonces el patrono, que necesita un número de brazos determinado, ante la dificultad de encontrarlo, consiente en aumentar los salarios, si los obreros empleados en su fábrica amenazan con la huelga.

Y como con la jornada general de ocho horas se necesitarían más obreros para producir la misma cantidad de trabajo, disminuiría con ella el número de los desocupados, la concurrencia no abarataría los precios del salario y los capitalistas no podrían mantener los jornales bajos.

Los patronos contestan casi siempre, cuando de aumentos del salario se trata, que estos aumentos implican la muerte de la industria, porque para poder vender hay que producir barato. A esta objeción los socialistas replican: 1.º Que los beneficios escandalosos, obtenidos por muchos capitalistas, demuestran que existe un gran margen entre el precio de coste y el de venta, y que los aumentos en los salarios, conseguidos por el proletariado desde hace algunos años, no han perjudicado á la industria, cuyo desarrollo es incesante. 2.º Que los obreros son los mejores clientes del productor y que los patronos se lucrarían indirectamente con el alza de los salarios, porque con ella aumentaría el consumo general.

Los socialistas suelen citar el ejemplo de Inglaterra, donde el obrero trabaja cincuenta horas por semana; (nueve horas durante cinco días, cinco los sábados y descanso absoluto los domingos), y añaden, que, á pesar de ser en Inglaterra bastante más corta que en otros países la jornada de trabajo, los obreros cobran allí jornales más elevados que en ninguna otra nación. Y, sin embargo, los beneficios del patrono son allí mayores que en otros países.

Los hechos lo demuestran: ni los salarios, ni los beneficios de los industriales, ni el desarrollo de la industria, sufren con la reducción de las horas de trabajo.

Los socialistas citan también el siguiente caso:

El Estado de Massachusetts (Estados Unidos) votó en 1874 la jornada de diez horas. El Massachusetts se encontraba entonces en condiciones especiales. Los Estados que lo rodean, es decir, el Maine, el New-Hampshire, el Connecticut y el Rhode-Island, donde la jornada de trabajo no estaba limitada por una disposición legal, producían, como el Massachusetts, tejidos de algodón.

¿Podría éste último competir con sus vecinos?

Al cabo de ocho años, Mr. Carroll D. Wright, tuvo el encargo oficial de estudiar ese asunto, y de su informe resultó lo siguiente: En 1831 el Massachusetts producía tejidos de algodón por valor de 12 millones de dollars, ó sea la mitad de la producción total de los Estados Unidos; en 1880 continuaba produciendo la mitad de la producción total y los 12 millones se habían convertido en 72.

Pero hay más, mientras en el Maine, el New-Hampshire, el Connecticut, el Rhode-Island y el Estado de Nueva York los obreros trabajaban sesenta y seis horas por semana para ganar, en término medio, 38,45 francos semanales, en el Massachusetts cobraban 41,60 por sesenta horas de trabajo.

Son adversarios los socialistas del sistema adoptado por algunos patronos, que consiste en pagar aparte á los obreros horas suplementarias, y también lo son del trabajo á destajo, por considerar

que ambos procedimientos tienden indirectamente al aumento de las horas de trabajo.

Con el trabajo á destajo, el interés personal excita al obrero á abusar de su fuerza productora, á mantenerla en un estado de permanente tensión. Con la aplicación de ese sistema, los obreros más hábiles, en su deseo de aumentar sus ganancias, producen más y mejor que sus compañeros y con estos podrá mostrarse más exigente el patrono, sin necesidad de aumentar el salario. De manera que resultará un aumento de salario para unos cuantos; pero la masa obrera sufrirá las consecuencias de esas ventajas alcanzadas por una exigua minoría.

Otras reivindicaciones.—Además de la jornada de ocho horas, los socialistas piden otras medidas legislativas referentes al trabajo. Citaré las que enumera el programa del partido obrero francés que son muy semejantes á las del programa del partido obrero español:

Prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años. Reducción de la jornada de trabajo á seis horas para los adultos que tengan de catorce á dieciocho años. Que se conceda á las Corporaciones obreras el derecho de ejercer una acción tutelar sobre los aprendices. Minimum de salario fijado, según el precio de los alimentos, por una Comisión obrera de estadística. Prohibir á los pa-

tronos que utilicen los servicios de obreros extranjeros, mediante salarios inferiores á los que cobran los obreros nacionales. Igualdad de salario en el caso de igual trabajo, para ambos sexos. Instrucción científica y profesional á cargo del Estado y del Municipio. El Estado se encarga de los ancianos y de los inválidos del trabajo. Los patronos no podrán intervenir en la administración de las Cajas obreras de Socorros Mutuos, previsión, etc. Responsabilidad de los patronos en los accidentes del trabajo, garantizada por fianzas que se entregarán á las Cajas obreras. Intervención de los obreros en los reglamentos de los talleres.

Además de estas reivindicaciones, el partido obrero español incluye en su programa la reforma de la ley de inquilinato y de todas aquellas que tienden á lesionar los intereses de las clases trabajadoras.

El Comité nacional del partido socialista español, de acuerdo con el de la Unión general de Trabajadores, publicó, en Enero de 1909, un manifiesto con el objeto de que el último día de dicho mes se celebraran reuniones para aprobar las siguientes resoluciones referentes á los mineros:

Jornada de ocho horas; salario mínimo de 3,50 pesetas; supresión de agentes armados; cumplimiento de las leyes sobre economatos ó cantinas obligatorias; pago de jornales y creación de hospitales; inspección de las minas por los inspectores

del Instituto de Reformas Sociales y por los vocales de las Juntas locales; supresión del trabajo de las mujeres y de los niños; supresión de las retenciones; adopción de medidas que eviten en lo posible los accidentes del trabajo; mejoramiento de las condiciones en que trabajan los mineros de Almadén; pensiones vitalicias satisfechas por las Compañías explotadoras á los mineros accidentados que queden inútiles; inspección por una Comisión del Instituto de Reformas Sociales, en la que figure un vocal obrero, de todas las minas de España, para conocer su actual situación.

También piden los socialistas españoles y franceses la anulación de los contratos que enajenan la propiedad pública, la abolición de los impuestos directos, reemplazándolos por un impuesto progresivo sobre sueldos ó beneficios mayores de 3.000 pesetas anuales y la supresión de las herencias en las líneas colaterales y en la línea recta de las que se eleven á más de 20.000 pesetas.

Estas tres reivindicaciones tienen un carácter socialista muy marcado. La primera se refiere á los monopolios, incluyendo entre ellos á los que disfrutaban los Bancos de emisión, á los ferrocarriles y á las minas, cuya concesión otorga temporalmente el Estado. Si este se incautara de la propiedad minera y de los ferrocarriles, se daría un gran paso hacia la total socialización de los medios de producción, que es la principal aspiración del colectivismo.

Además de este programa, adoptado por los partidos socialistas de todas las naciones, con las ligeras modificaciones que exigen las circunstancias especiales de cada país, el partido obrero español tiene un programa municipal, cuyos principales extremos son: Reglamentación de los salarios de los obreros empleados por los municipios; creación de asilos para ancianos é inválidos; cantinas para los hijos de los obreros, donde se les dé una merienda sana y gratuita todas las tardes; exigir el estricto cumplimiento de las Ordenanzas municipales, especialmente en lo relativo á higiene y trabajos de laboratorio.

Programa agrario.—Fija la vista en los grandes centros industriales, los socialistas se ocuparon muy poco al principio de los obreros del campo; pero empiezan ya á extender su propaganda á las regiones agrícolas.

El partido obrero español, fuera de algún manifiesto, donde ha expresado ideas generales, no tiene programa agrícola propiamente dicho. No hay urgencia de que lo haya, porque en España, al contrario de lo que sucede en otras naciones, donde la propiedad está muy repartida, los obreros del campo son en general asalariados, de manera que pueden hacer suyas las reivindicaciones de los obreros de las ciudades.

En Francia existe, desde 1892, un programa

agrario bastante completo. El Congreso de Marsella, en esa fecha y el de Nantes, en 1894, formularon las siguientes reivindicaciones:

Interdicción á los pueblos de vender los terrenos comunales; cesión á los Municipios por el Estado de sus propiedades, hoy incultas; aplicación de los excedentes de los presupuestos municipales á la adquisición de tierras; adjudicación de las tierras del Municipio á familias necesitadas, que no podrán emplear asalariados, y que pagarán un canon con destino al presupuesto de asistencia municipal; organización, en cada cantón, de un servicio médico y farmacéutico á precios de coste; creación de Asociaciones de trabajadores agrícolas para la compra de abonos y de semillas y la venta de los productos; las municipalidades, ayudadas por el Estado, comprarán ó alquilarán máquinas agrícolas que pondrán gratuitamente á la disposición de los pequeños propietarios.

Jaurés ha presentado además á la Cámara francesa un proyecto de ley pidiendo la reducción del tipo del interés legal del dinero; el abaratamiento de las tarifas de transportes para los abonos, las máquinas y los productos agrícolas; la creación de Comisiones arbitrales encargadas, como en Irlanda, de revisar los contratos de arriendo; la supresión de los embargos de las cosechas en beneficio del propietario; la constitución, en favor de los arrendatarios, de una reserva no embargable, com-

puesta por los instrumentos aratorios, las semillas y los abonos; la libertad de la caza y de la pesca, sin más limitación que las medidas encaminadas á la conservación de las mismas y á la protección de las cosechas; la supresión de los cotos privados; la creación de cursos gratuitos de Agricultura y de campos de experimentación agrícola.

En el Congreso de Nantes, Paul Lafargue presentó un informe sobre la propiedad agrícola, en el que decía:

«La Revolución francesa de 1789 fué puramente burguesa. Destruyó ó redujo considerablemente los bienes comunales, que, como en Inglaterra, fuerõn acaparados por los grandes propietarios, y abolió, sin compensación alguna, el derecho consuetudinario, que constituía para los aldeanos una garantía.

»Antes de la Revolución, las tierras volvían á ser comunes después de las cosechas, y en ellas se apacentaban todos los ganados pertenecientes á los vecinos del pueblo, hasta que llegaba la época de la siembra. Esos vecinos podían también coger leña para calentarse y hasta para construir viviendas en los bosques que pertenecían al Estado. Han desaparecido los bienes comunales y los derechos consuetudinarios, último vestigio del comunismo primitivo, y la Revolución ha transformado ó suprimido también las antiguas formas del arriendo y los contratos de cultura que tanto favorecían al aldeano.

»Hoy día, con el cultivo intensivo, la maquinaria, los abonos químicos, en una palabra, con los progresos de la ciencia aplicados á la Agricultura, ésta se convierte en una industria capitalista que exige grandes capitales. El aldeano no puede luchar en esas condiciones, y la pequeña propiedad desaparecerá pronto.»

VII

Aplicación del sistema colectivista.

Imposibilidad de establecer principios fijos.—Ideas generales.—Objeciones de los individualistas.—La expropiación.—La producción, el reparto de los productos y la remuneración del trabajo.

Imposibilidad de establecer principios fijos. La vida social es en la actualidad demasiado compleja, y la organización colectivista de mañana abarcará demasiados puntos de vista, para que sea posible determinar minuciosamente lo que será la sociedad futura en sus comienzos. Por ahora no se pueden fijar más que leyes generales, porque los detalles de la nueva organización dependerán del grado á que haya llegado la evolución capitalista, en el momento preciso en que estalle la revolución. De manera que las condiciones económicas y técnicas de la producción influirán en el nuevo régimen.

Cuando estalló en Francia la revolución de 1789, los hombres que intervinieron en ella estaban de

acuerdo en lo fundamental, perseguían entre otros fines la igualdad política, pero no tenían un concepto claro del nuevo sistema que surgiría de las ruinas del antiguo edificio social. Mirabeau, Vergniaud, Danton y Robespierre sabían que no respondían ya los organismos antiguos á las necesidades de aquella época; pero vacilaban cuando de los detalles del nuevo régimen se trataba.

Eso mismo les sucede á los colectivistas; comprenden que la sociedad capitalista ha cumplido su misión histórica, que no responde ya á las necesidades modernas; persiguen la igualdad económica, como los revolucionarios de 1789 perseguían la igualdad política; creen que el remedio está en la socialización de los medios de producción, en una reglamentación de la producción y del consumo, que acabe con la anarquía económica actual; pero no pueden fijar, desde luego, los detalles de la nueva organización social.

Sería absurdo, dicen los socialistas, trazar un cuadro definitivo de la sociedad colectivista, porque las condiciones materiales y morales del hombre varían incesantemente y porque es imposible vislumbrar lo que serán esas condiciones en lo porvenir. La sociedad capitalista, antes de llegar al desarrollo que hoy tiene, ha revestido diversas formas, y asimismo la sociedad colectivista pasará por diversas etapas antes de alcanzar la forma definitiva.

Sin embargo, tomando por base la organización del trabajo en la sociedad actual, se puede, aunque de modo incompleto, adelantar algo acerca de lo que será la sociedad futura.

Más dificultades ha de ofrecer el conseguir el poder que el aplicar la teoría en la práctica; y como una victoria prematura puede ser el preludio de una catástrofe, que retrase la marcha de la evolución, los colectivistas no se muestran impacientes y tratan, ante todo, de organizar y de aleccionar al proletariado, con el objeto de que éste tenga conciencia de lo que será su misión cuando llegue la hora del triunfo.

De manera que, en la época presente, la tarea del socialismo se reduce á demostrar que es posible la emancipación de la clase obrera y á trabajar en favor de esa emancipación, sin perder el tiempo fijando detalles y reglas relativas á la sociedad futura.

Ideas generales.—Cada época tiene su misión. Los socialistas no pretenden reglamentar lo porvenir y se limitan á ocuparse del presente; combaten al capital, pero conservarán todo lo que éste ha creado de útil, porque no atacan el fondo de las cosas, sino la forma que éstas revisten.

Todo ser humano tiene derecho á la vida, y la sociedad tiene el deber de asegurarle sus medios de existencia. Pero no puede la sociedad cumplir

esa misión si no dispone de las mercancías producidas por el trabajo del hombre. Con el régimen colectivista, todo ser humano tendrá la obligación ineludible de trabajar para la colectividad en la medida de sus fuerzas; y si á ello se negara, perderá su derecho sobre la parte que le corresponda en los productos del trabajo social. Los ancianos, inválidos y enfermos, que no puedan trabajar, conservarán su derecho sobre la cantidad de productos que como miembros de la colectividad les corresponda.

Sentadas estas bases, los colectivistas se proponen fijar en una ley la producción total y el mínimo de productos que necesita cada individuo. Independientemente de esa cantidad mínima de productos, recibirán los ciudadanos un suplemento de mercancías proporcionado á los servicios excepcionales que presten á la sociedad. De manera que el colectivismo no destruye la iniciativa individual. No la destruye, además, porque el hombre, sin las trabas impuestas por el régimen capitalista, se desenvolverá con mayor libertad.

Los obreros serán libres, porque ya no dependerá su existencia de los medios de producción que están ahora acaparados por una exigua minoría, y porque de ellos mismos, de su esfuerzo exclusivamente, dependerá su suerte. En efecto, escogerán libremente el género de trabajo que más les convenga y recibirán en cambio, en productos, el valor real de ese esfuerzo, después de deducir la parte

que exigirá la conservación y el aumento de las herramientas y de las máquinas, los seguros eventuales contra accidentes, el sostenimiento de los que no puedan trabajar, los gastos de administración, los que originen la instrucción y la higiene, etc. Los trabajadores de ambos sexos se repartirán el saldo, en proporción al trabajo realizado por cada cual.

Objeciones de los individualistas.—Tres objeciones suelen hacerse á este sistema. La primera es que ciertos trabajos serán muy solicitados, mientras otros no encontrarán quien quiera realizarlos. A esto contestan los colectivistas que esos trabajos poco solicitados, porque son peligrosos ó repugnantes, ó porque exigen mayor esfuerzo, tendrán mayor retribución, de manera que, en esto como en todo, dominará un espíritu de justicia y de equidad. Y al proceder de ese modo no se especulará, como hoy, sobre la miseria, sino sobre el deseo, muy natural en el hombre, de aumentar sus ganancias.

Otra objeción han hecho algunos economistas, y entre ellos Paul Leroy-Beaulieu, y es que no se podrá impedir nunca que un individuo utilice instrumentos de trabajo que le pertenecen, que se sirva de unas tijeras ó de una aguja, por ejemplo, y que confeccione un traje. Nadie se lo impedirá, contestan los colectivistas; pero se guardará muy bien de trabajar individualmente, porque le será

imposible competir con el trabajo colectivo. En efecto, para adquirir el paño tendrá que acudir á los almacenes del Estado, y éstos se lo venderán añadiendo al precio los gastos generales sociales correspondientes á ese paño. Y es natural que el Estado colectivista proceda de ese modo, porque, en cambio, el individuo tendrá derecho, desde su nacimiento hasta su muerte, á las ventajas que le ofrecerá la solidaridad social.

Imposible será también la creación de talleres particulares, independientes de los de la colectividad, porque el particular no podrá ofrecer á sus obreros las ventajas que les ofrecerá el Estado, y porque la industria privada no podrá competir con talleres nacionales que, además de estar muy bien organizados, no trabajarán con la idea de lucrarse.

La última objeción que hacen los adversarios del colectivismo es que, no estando estimulado por el interés personal, el obrero no realizará grandes esfuerzos cuando tenga que producir en beneficio de la colectividad.

Jules Guesde ha contestado á esta objeción que hoy día que cobra por días ó por horas de trabajo, convirtiéndose los días sin trabajo en días sin pan, es cuando el obrero tiene interés en producir lo menos posible, durante un espacio de tiempo lo más largo posible. Por eso las Trades Unions inglesas han adoptado medidas contra los obreros que producen demasiado y quitan, indirectamente,

el pan á sus compañeros. Es indudable que el obrero, con el objeto de asegurarse trabajo, y en previsión de los días de forzosa holganza, tiene la tendencia de no realizar en un día la tarea que puede ejecutar en dos días.

La expropiación.—¿Pero de qué medio se valdrán los colectivistas para arrancar los medios de producción de las manos de la burguesía capitalista? Jaurés lo ha dicho en la Cámara francesa: mediante un principio jurídico que no entraña una novedad, mediante la ley de expropiación por causa de utilidad pública. Y ha añadido Jaurés:

«En cuanto á la indemnización que se concederá al capitalista, expropiado en provecho de la colectividad, su índole está determinada por la naturaleza misma de la nueva sociedad que se elevará sobre las ruinas de la antigua. Hoy día esas indemnizaciones pueden convertirse en nuevos elementos de lucro, en fábricas, en inmuebles, en títulos de la Deuda pública; pero con el nuevo régimen, cuando la colectividad ponga en manos de los trabajadores agrupados los medios de producción, esas indemnizaciones no servirán para comprar valores reproductivos, sino para adquirir únicamente productos para el consumo.»

En lo que á la expropiación se refiere, están de acuerdo todos los socialistas, y también en lo relativo á la situación en que se hallarán los desposeí-

dos. Estos, si trabajan, recibirán la parte de productos correspondiente á su trabajo.

«Si tienen hábitos de trabajo, dice Gabriel Deville en sus *Principes socialistes*, no les costará mucho esfuerzo cumplir con esa obligación á todos impuesta; si no los tienen, los adquirirán. Cuando lleguen á viejos ó estén enfermos, vivirán como rentistas, encargándose la colectividad de subvenir á sus necesidades.

»Como no habrá clases, ni predominio de una clase sobre otra, y como todos los ciudadanos gozarán de las mismas ventajas, no habrá despojo, y todo se reducirá á que desaparezca un privilegio odioso. Desaparecerá el privilegio del capital, y los capitalistas tendrán sobre los medios de producción los mismos derechos que los demás ciudadanos. Y la igualdad reinará en el orden económico, como ahora reina en el orden político.»

Al final del programa del partido obrero francés van unos comentarios de Jules Guesde y de Paul Lafargue que son un verdadero compendio de las doctrinas colectivistas. Al hablar de la expropiación, dicen lo siguiente esos comentarios:

«Al desenvolverse la producción, el humilde ha resultado expropiado por el poderoso, ya que el instrumento del trabajo individual, los conocimientos técnicos y la habilidad adquirida van resultando inútiles; el fruto del trabajo, convertido en diviendo, va á parar á manos extrañas á la produc-

ción. La expropiación que los socialistas reclaman es la de los poderosos por los humildes, la de los que expropiaron y serán á su vez expropiados.

»No tiene la burguesía el derecho de asustarse de una expropiación de los instrumentos del trabajo. ¿No ha expropiado al clero y á la nobleza? Su poder y el desarrollo de la industria moderna arrancan de una revolución hecha por ella y exclusivamente para ella. Además, esa sociedad burguesa, que mantiene el principio de la inviolabilidad de la propiedad, subordina, sin embargo, ese principio al interés general, y cuando ese interés exige la realización de obras de utilidad pública, no vacila en desposeer á los propietarios mediante una indemnización.

«Al intentar esa expropiación no será necesaria una revolución sangrienta: primero, porque nacerá de una necesidad del desarrollo industrial; segundo, porque la pedirá una inmensa mayoría, ya que aumenta continuamente la masa proletaria, viniendo sin cesar á engrosar sus filas los vencidos en la lucha por la existencia, los pequeños industriales que no pueden competir con las grandes industrias que todo lo monopolizan».

La producción, el reparto de los productos y la remuneración del trabajo.—Seguiré estudiando cuanto han escrito los colectivistas acerca de la aplicación de sus doctrinas.

Al frente de la colectividad habrá, según ellos, una entidad más administrativa que política. Libres é iguales, los productores fijarán las condiciones de la producción y del reparto, y en vez de vivir subordinados á fuerzas económicas que no pueden hoy día fiscalizar, dirigirán y encauzarán esas fuerzas. El hombre será entonces el dueño de sus destinos, y la humanidad no caminará ya inconscientemente; el progreso no será ya el origen de los sufrimientos del proletariado, porque contribuirá al bienestar de todos en vez de ser una ínfima minoría la que de él saque partido. La generalización del bienestar material y un concepto claro de lo que debe ser la solaridad social serán el punto de partida de un intenso desarrollo intelectual y moral.

¿Qué remuneración obtendrá el trabajo y cómo se efectuará la distribución de los productos? Para contestar á estas preguntas hay que prescindir de ciertos prejuicios, que son una de las consecuencias de la organización social actual, y que nacen de la forma que reviste hoy día la propiedad y de cómo se efectúa ahora el reparto de la riqueza. Con una producción influida por la concurrencia no hay estabilidad en el trabajo, la lucha es continua, hay vencidos y vencedores, y es difícil prescindir del interés personal al examinar los problemas económicos; pero cuando los medios de producción pertenecan en común á la sociedad, el interés indivi-

dual estará íntimamente ligado al interés de todos.

Cuando el colectivismo aplique en la práctica sus teorías, el obrero trabajará con más energía, porque trabajará en beneficio propio y no en beneficio del capital. La herramienta que empleará, la máquina que moverá, serán suyas al pertenecer á la colectividad.

Recibirá en pago de sus esfuerzos unos vales que representarán una cantidad de productos proporcionada al trabajo realizado. Pero además de la remuneración de su esfuerzo, gozará de otras ventajas personales en forma de garantías sociales, de servicios públicos de índole diversa (instrucción pública, higiene, transportes, alumbrado, etc.)

No habrá trabajo sin ventajas directas é inmediatas, equivalentes al esfuerzo, y esa remuneración, cuya importancia aumentará á medida que la ciencia progresa, no será un salario, porque el obrero recibirá el valor exacto de su trabajo después de deducir los gastos generales de la colectividad. Entonces nadie se lucrará explotándole.

La diversidad y la multiplicidad de los organismos que componen hoy día el cuerpo social, inmovilizan gran parte de las fuerzas productoras. La mayoría de éstas hállanse dispersas. Por eso los colectivistas tienen gran fe en los resultados que daría una dirección única de la producción y del consumo, una concentración perfecta de todas las fuerzas desparramadas. Esa concentración dará lu-

gar, según ellos, á una mayor abundancia de cuanto puede ser útil al hombre, y á la desaparición de la miseria y de los odios que esta entraña.

Para cumplir los fines que el colectivismo se propone, es indispensable que aumente la producción, porque la sociedad más perfecta será la que produzca mayor cantidad de mercancías con el menor esfuerzo.

Los adversarios del colectivismo, y entre otros Leroy-Beaulieu y Meline, en Francia, niegan que, con la aplicación de esas teorías, se produzca un aumento de producción, y opinan que ésta disminuiría con la socialización de los medios de producción.

Y los colectivistas afirman que el sentido común y las cifras indican lo contrario, que solamente con una dirección única es posible aplicar á la producción agrícola, los progresos de la química, de la mecánica de la física y de la biología; que si todo el mundo contribuyera con su trabajo al bienestar de todos, y si se generalizara el uso de la maquinaria en los campos, en los talleres y en las fábricas, disminuiría el esfuerzo de cada uno y aumentarían la producción y el consumo.

HISTORIA DE LAS TEORÍAS

COMUNISTAS, SOCIALISTAS Y COLECTIVISTAS

I

Tiempos antiguos.

Grecia: Licurgo y Platón.—Roma: Patricios y plebeyos.
Las leyes agrarias.

Dedicaré muy corto espacio á la historia del socialismo y de las distintas escuelas comunistas y socialistas, porque me propongo trazar un ligero boceto y no un cuadro completo, con el objeto de demostrar que las doctrinas comunistas no son un fruto de la época moderna, y que ese fruto se ha desarrollado á través de los siglos, llegando á sazón en el actual período histórico.

En efecto, el comunismo aparece en embrión en las leyes de Minos y en las doctrinas de Platón, busca una fórmula, sin llegar á encontrarla, con las utopías sentimentales de Tomás Moro, Campanella, Morelli y Mably, logra expresar algunas verdades en medio de densas obscuridades con Saint Simón, Fourier y Proudhon, y alcanza su período de madurez con la obra de carácter científico realizada por Marx y Engels.

Grecia: Licurgo y Platón. — En la antigua Grecia existió un comunismo especial, compatible con la esclavitud. Las leyes dictadas para la isla de Creta por el rey Minos, y que tanta influencia ejercieron sobre las legislaciones de Atenas y de Esparta, se inspiraron en teorías comunistas. Existían en Creta diversas asociaciones de hombres libres, sometidas al Gobierno, iguales entre sí y servidas por esclavos. No existía la propiedad privada de la tierra; los ciudadanos se reunían para comer y utilizaban provisiones que pertenecían á la colectividad. Igualdad absoluta; los honores y las distinciones se concedían al mérito y á la edad.

Licurgo, el legislador de Esparta, que vivió nueve siglos antes de la Era cristiana, recorrió los distintos Estados de Grecia y del Asia Menor, con el objeto de estudiar sus diversas legislaciones antes de dictar leyes á su patria, y mucho se inspiró, al realizar su obra, en las leyes que regían en la isla de Creta.

Es de notar que Licurgo es el único legislador que haya conseguido aplicar, en la práctica y de modo duradero, una teoría comunista. Enemigo de las riquezas y de los goces, exigió de los espartanos que fuesen sobrios y sencillos en sus gustos. Y lo maravilloso es que los ciudadanos de Esparta tuvieron un verdadero fanatismo por esas leyes, que respetaron durante siglos.

Licurgo repartió las tierras, creando 9.000 lotes

para otros tantos espartanos, y 30.000 para los demás habitantes de la Laconia; adoptó monedas de hierro, en vez de monedas de oro y de plata, para dificultar las transacciones, y fundó escuelas gratuitas, donde concurrían todos los hijos de los ciudadanos, sin distinción de clases.

Las medidas que adoptó tendieron á igualar las fortunas y á combatir el lujo y la opulencia, por considerar que éstos son el origen de toda corrupción.

Pero sus leyes no se aplicaron por igual á todos los habitantes de Lacedemonia. Los esclavos ó ilotas, primitivos habitantes de aquel territorio, vendidos y reducidos luego á una dura esclavitud, cultivaban las tierras, ó se dedicaban á oficios manuales.

Claro está que ése sistema, que tenía por base la esclavitud, no podría aplicarse hoy. Sin embargo, los socialistas citan continuamente el ejemplo de Esparta. Jules Guesde, en un discurso que pronunció en Bruselas en 1894 sobre el colectivismo, afirmaba que la humanidad no fué nunca tan feliz como en la antigua Grecia, donde los esclavos cumplían la misión que las máquinas están destinadas á desempeñar en la sociedad moderna. Así como la esclavitud emancipó al ciudadano griego, añadía Guesde, la maquinaria emancipará á los pueblos modernos.

Lo cierto es que esa legislación, única en la

historia de la humanidad, fomentaba el desinterés de los ciudadanos, porque al desaparecer el lujo, con él desaparecía también, de las relaciones entre los hombres, toda idea de lucro.

Los ciudadanos estaban exentos de todo impuesto, y no existía el Tesoro público, pero los bienes y las vidas de los espartanos pertenecían al Estado. Nada era de nadie y todo pertenecía á todos.

Esa legislación hizo de los espartanos un pueblo viril y apto para la guerra. Algunas de esas leyes, como la que condenaba á muerte al niño que naciera diforme y las que á la esclavitud se refieren, nos causan horror, pero no es posible, al estudiar un momento histórico, prescindir del medio ambiente, y, en el caso de Esparta, todas las consideraciones sentimentales desaparecen ante la impresión que deja el resultado alcanzado por aquellos principios jurídicos que hoy día nos parecen bárbaros.

De manera que, en algunas legislaciones de la antigua Grecia, es fácil descubrir vestigios de comunismo. También en la filosofía griega hallamos doctrinas comunistas.

Los socialistas citan continuamente á Platón. Diré algo de este filósofo.

Platón nació en Atenas, ó en la isla de Egina (sobre este punto no están de acuerdo los historiadores), 430 años antes de la Era cristiana. Su verdadero nombre era Aristocles; Platón era un pseu-

dónimo. De su filosofía nació el adjetivo platónico, que quiere decir puramente ideal, exento de toda realidad física, y esa filosofía es, en efecto, puramente espiritualista.

La *República* de Platón tiene tendencias marcadamente comunistas; es un largo diálogo, dividido en doce libros, en el que Sócrates representa el papel principal. En ella se formula el plan de una República ideal, donde están condensadas las ideas de la antigua Grecia sobre el comunismo.

Ese comunismo tiene por base los principios siguientes: la perfección del Estado depende de la perfección de los individuos, y el valer de los individuos, de la educación que han recibido; el hombre no debe obrar á impulsos de miras personales, y esto se obtendrá suprimiendo la propiedad y la familia; es preciso reemplazar el hogar por el Estado, y esto se conseguirá dando mayor extensión al primero.

Platón, en su libro *Las leyes*, dice textualmente que es necesario que las riquezas sean comunes entre todos los ciudadanos, y que se cuide mucho de suprimir, hasta de las conversaciones, la palabra propiedad. De modo que el filósofo griego era más radical, en lo relativo á la propiedad y á la familia, que los socialistas modernos.

No hace distinciones Platón entre el hombre y la mujer, pues concede á ésta los mismos derechos que á aquél, pero admite la esclavitud.



Su discípulo, Aristóteles, combatió estas doctrinas.

Dos legisladores hubo en la antigüedad griega: Licurgo y Solón, y dos grandes filósofos: Platón y Aristóteles. Licurgo y Platón fueron comunistas, mientras Solón y Aristóteles combatieron el comunismo. Esto prueba que la humanidad ha vacilado siempre entre dos tendencias, la individualista y la comunista, conservando, hasta ahora, entre ambas, igual distancia.

Roma: Patricios y plebeyos.—La historia de los antiguos reyes de Roma y de la República romana, es una serie interminable de luchas entre patricios y plebeyos, ó sea entre los ricos y los desheredados de la fortuna, y esa lucha tuvo desde el principio un carácter económico.

En tiempos de Servio Tulio, rey de Roma y yerno del primer Tarquino (578 años antes de Jesucristo), se emplearon por vez primera dos vocablos: á los ricos se les llamó *assidui* (*asses dare*, contribuyentes) para indicar que contribuían al sostenimiento del Estado, y á los pobres se les designó con el nombre de *proletarios*, dando á entender que solo se les exigía que tuvieran prole.

Desde que se fundó Roma se estableció allí, con sólidas bases, el derecho de propiedad. El ciudadano poseía, por el derecho quiritarario (*jus quiritum*), cuanto existía en su campo y en su casa. Su auto-

ridad sobre su mujer, sus hijos y sus esclavos era omnímoda. Después de consultar al consejo de familia, podía repudiar á su mujer y hasta condenarla á muerte en castigo de ciertas faltas.

Uno de los primeros motivos que tuvo la plebe para rebelarse fué la usura. A pesar de las leyes antiguas, que condenaban al ladrón á devolver el doble de lo robado y al usurero á pagar el cuádruple de lo prestado, las prisiones privadas de los patricios (*esgartulum*), estaban llenas de plebeyos arruinados por la usura.

Esto dió lugar á graves disturbios y á que la plebe se retirara, en son de protesta, al monte Aventino, no regresando á Roma hasta conseguir que se creara una magistratura plebeya, la del tribunado.

En los comienzos de la República se dividían en tres partes las tierras conquistadas: la primera se ponía á la venta; la segunda la arrendaba el Estado, y en las tierras que componían la tercera, consideradas como bienes comunes, pastaban los ganados de los particulares. Estas dos últimas constituían lo que los romanos llamaban el dominio público (*ager publicus*).

Las leyes agrarias.—La lucha entre patricios y plebeyos se acentuó con la proclamación de la República.

El primer intento de ley agraria es del año 486 antes de Jesucristo. El cónsul Cassio, que había

arrebatado á los hérnicos las tres cuartas partes de su territorio, propuso que se repartieran las tierras conquistadas, pero no fué aprobado su proyecto. Asimismo Fabio Coeso, vencedor más tarde de los etruscos, propuso el reparto de las tierras de los vencidos, y también rechazó el Senado su proposición.

El año 377 antes de Jesucristo, el tribuno Licinius propuso que del capital de todas las deudas se rebajaran los intereses pagados anteriormente, y que las propiedades territoriales no pudiesen exceder de 500 fanegas. Dió lugar esta ley á encarnizadas luchas, que duraron diez años. Sancionada por Manlio, fué luego derogada, y los patricios consiguieron que los plebeyos abandonaran sus pretensiones, á cambio de concesiones que les fueron otorgadas en el terreno político.

En 351, el censor Rutilius consiguió que el Estado pagara las deudas de los ciudadanos más necesitados, y concediera á los demás pobres una exención de impuestos. En 347 se redujo el interés del dinero á medio por 100.

Pero el pueblo se quejaba de la ineficacia de estas leyes. Algo se había conseguido, pero subsistían la usura y el cautiverio de los deudores. Los plebeyos se retiraron al Janículo (año 286), como anteriormente se habían retirado al Aventino, hasta que consiguieron que no fuesen encarcelados en adelante los deudores.

De manera que en Roma tuvo que luchar la plebe contra el abuso más odioso de cuantos suele cometer el capital, es decir, contra la usura.

Dos siglos después, el antagonismo de clases revistió nuevo aspecto. Estalló en Sicilia una rebelión de los esclavos, y coincidió esa rebelión con la intervención de los Gracos en las luchas políticas de Roma.

Sicilia estaba dividida en inmensas propiedades que pertenecían á romanos y que cultivaban numerosos esclavos. Estos enriquecían á los dueños de la tierra y eran tratados, en cambio, con gran dureza. El año 135 antes de Jesucristo, 400 esclavos, cuyo dueño se llamaba Damofilo, se sublevaron, mataron á su amo é invadieron la ciudad de Enna, saqueando las casas é incitando á los demás esclavos á la rebelión.

Reunióse pronto un ejército de 60.000 rebeldes que, capitaneados por Euno, vencieron sucesivamente á cuatro pretores enviados desde Roma contra ellos. Hasta 132 no fueron vencidos por completo.

La rebelión se extendió á Italia, donde estallaron varios movimientos semejantes al de Sicilia, que fueron rápidamente sofocados.

El triunfo era imposible, porque las masas estaban indisciplinadas. Para disciplinarlas, para dirigir la lucha, precisaba un jefe de indiscutible autoridad que dedicara su actividad, su inteligencia,

todas sus facultades y todas sus energías, á la defensa de los oprimidos. Tiberio Graco quiso empeñar esa misión.

Cuando desde España, donde se había distinguido en los ejércitos, regresó á Roma, recibió una dolorosa impresión al atravesar los hermosos campos de la Etruria, habitados tan solo por esclavos que cultivaban la tierra y que custodiaban los ganados de los ricos.

Tiberio Graco concibió el proyecto de destruir semejante abuso y, según Plutarco, á ello le excitó el pueblo, cubriendo los muros y los pórticos de la ciudad con carteles manuscritos, en los que se le exhortaba que exigiera de los ricos que restituyeran á los pobres las tierras que poseían y que debían ser de todos.

Continuaba mientras tanto en Sicilia la guerra de los esclavos (133). Tiberio Graco fué elegido tribuno y propuso una ley agraria. Dicha ley era más moderada que las que presentó posteriormente. Según ella, los actuales poseedores de la tierra podían conservar 500 fanegas y 250 por cada hijo que tuvieran. Por las fanegas sobrantes recibirían una indemnización, y ese terreno sobrante debía repartirse entre los pobres.

Para justificar su proposición, Tiberio alegó, según Plutarco, lo siguiente:

«Los animales salvajes tienen sus guaridas y sus cuevas donde pueden descansar, y los que comba-

ten y dan su sangre para la defensa de Italia no poseen más que la luz del cielo y el aire que respiran. Sin domicilio fijo, vagan al azar con sus mujeres y sus hijos, combaten y mueren para sostener el lujo y la opulencia de los demás, se les llama dueños del mundo y no poseen ni un palmo de terreno».

El tribuno Octavio opuso su veto, y entonces Tiberio propuso otra ley más radical, ordenando á los ricos que abandonaran inmediatamente las tierras usurpadas por ellos.

El pueblo expulsó á Octavio del tribunado, y se aprobó la primera ley propuesta por Tiberio. Pero éste fué asesinado al poco tiempo por los patricios en pleno Capitolio.

Con su muerte, creyeron los patricios que habían triunfado definitivamente; la lucha entablada continuó, sin embargo, cada vez más violenta.

Empezó el reparto de las tierras, pero se suspendió apenas iniciado.

Cayo Graco, hermano de Tiberio, quiso seguir las huellas de éste, y solicitó los sufragios de la plebe. A pesar de los esfuerzos de los patricios, fué elegido tribuno, y propuso, entre otras medidas, las siguientes: Ejecución de la ley agraria en todas sus partes, creación de colonias agrícolas, distribuciones de trigo todos los meses á precios bajos.

Para combatir á Cayo Graco, valióse el Senado del tribuno Druso, que proponía leyes más radi-

cales que su colega, con el objeto de arrebatarle la popularidad de que gozaba, y habiéndose creado una colonia romana en Cartago, Cayo fué designado para organizarla, marchando á Africa, donde cumplió rápidamente su misión.

La campaña que sus adversarios emprendieron contra él durante su ausencia le hicieron perder la elección, cuando, por tercera vez, solicitó los sufragios de sus conciudadanos, pero continuó luchando hasta que murió en un motín.

Con la muerte de los Gracos no cesaron los disturbios. En 104 estalló una nueva rebelión de los esclavos. Vettius, al frente de 3.000 rebeldes, devastó los alrededores de Capua, hasta que fué vencido. Prefirió darse la muerte á entregarse.

Ese mismo año se sublevaron también los esclavos de Sicilia. Salvio, con un ejército de 6.000 hombres, venció á los romanos cerca de Murgencio. Luego, en unión de Athenion, que se había sublevado en Segeste, fué vencido en 103, muriendo en la batalla 20.000 esclavos. Pero continuó la lucha, y el cónsul Aquilio no logró, hasta pasado un año, sofocar la rebelión.

El año 73 antes de Jesucristo, reprodujose la rebelión de los esclavos con caracteres alarmantes. Espartaco, con otros 70 esclavos, se escapó de Capua, donde, en unión de sus compañeros, le adiestraban en el oficio de gladiador. Logró reunir numerosos gladiadores y esclavos, y hasta bombres

libres que habían sido víctimas de recientes confiscaciones, con motivo de las prescripciones de Sila, y, al frente de 70.000 hombres, venció á los cónsules Gellio y Léntulo. Aumentó su ejército después de estas victorias y, al frente ya de 120.000 hombres, dirigióse á Roma, pero los dos cónsules, que había derrotado separadamente, unieron sus fuerzas y le vencieron. El año 71 fué sofocada definitivamente la rebelión por Craso.

En Roma, seguían los tribunos proponiendo medidas en favor de la plebe. Bajo el consulado de Cicerón (año 63 antes de Jesucristo), Rullo propuso que los generales entregasen al Erario las cantidades de oro y plata que tuviesen en su poder, para comprar con ellas tierras y distribuirlas al pueblo, y que se repartieran las tierras de la Campania.

Cicerón y el Senado se opusieron al proyecto de Rullo, y la ley no fué aprobada.

Sucumbió la República, vino el Imperio y cesó la lucha de patricios y plebeyos. No se volvió á hablar de repartos de tierras, y los emperadores se limitaron, para contentar al pueblo, á ordenar, de cuando en cuando, distribuciones de víveres y á organizar fiestas populares.

Y á tal extremo de degradación llegó el pueblo romano, durante el Imperio, que solo pedía, para el alivio de sus males, que le dieran trigo y que organizaran espectáculos gratuitos.

¡Panem et circenses!, que dijo Juvenal.

II

La Religión y el Socialismo.

El comunismo en Oriente.—El Cristianismo.

La Reforma.—Los anabaptistas.

El comunismo en Oriente.—En Oriente, ciertas sectas vivieron bajo el régimen comunista. La fertilidad del suelo y la benignidad del clima á ello se prestaban. En Judea, los esenianos crearon una comunidad de carácter religioso, de la que podía formar parte todo individuo que fuese virtuoso, ó que diera muestras de un sincero arrepentimiento por sus pasadas culpas. Existían jerarquías; pero, entre los que ejercían alguna autoridad y los demás miembros de la colectividad, los bienes eran comunes. Los esenianos no poseían nada individualmente, ni las casas que habitaban, ni las tierras que cultivaban, ni los alimentos.

Otra secta judía, la de los terapeutas, se estableció en la Tebaida, siendo muy semejantes sus costumbres á las de los esenianos.

El cristianismo.—Hemos visto que entre las sectas judías, que se fundaron en el período que precede al cristianismo, aparecieron tendencias comunistas muy marcadas. En el cristianismo primitivo influyen también esas tendencias; pero el comunismo cristiano se parece poco al de Platón, pues mientras este es esencialmente político y se propone aumentar el bienestar físico de los miembros de la comunidad, aquel tiende principalmente al progreso moral de la humanidad y se fija más en el alma que en el cuerpo.

Sin embargo, San Lucas dijo textualmente:

«Todos los que creían, vivían juntos en el mismo lugar y poseían en común todas las cosas. Los que eran ricos vendían sus bienes y los distribuían entre todos, según las necesidades de cada cual».

Los socialistas afirman, además, que entre el cristianismo primitivo y el movimiento obrero moderno existen evidentes puntos de contacto:

«El cristianismo, dice Engels, fué en sus comienzos un anhelo de los oprimidos, la religión de los esclavos y de los pobres, de los pueblos subyugados ó dispersos por Roma en los ámbitos del Imperio. El cristianismo y el socialismo obrero hablan ambos de una próxima redención; pero mientras aquél transporta esa redención fuera de la vida, á un período posterior á la muerte, éste la busca en la vida misma, mediante una transformación social. Ambos, apenas surgen, son comba-

tidos con saña, el uno como enemigo del género humano y el otro como enemigo del orden social, y á pesar de las persecuciones, quizá á causa de ellas, uno y otro se abren camino victoriosamente».

Pero existen otras semejanzas. El movimiento cristiano y el movimiento socialista tienen jefes y hasta profetas, pero las masas son las que dan el impulso. Todo movimiento de las masas tiene necesariamente que ser, al principio, confuso, algo incoherente. A ello contribuyen los profetas, que vacilan y se contradicen al buscar fórmulas concretas. De esa confusión nacen sectas numerosas que luchan entre sí con más encarnizamiento que si se tratara de combatir al enemigo común. Esto ha sucedido con el cristianismo primitivo y con el movimiento socialista.

El ejército cristiano se reclutaba entre los oprimidos, en el pueblo, y por eso el cristianismo tuvo, al principio, un carácter marcadamente revolucionario. Los esclavos que habitaban los *Latifundia* de Italia, de Sicilia y de Africa, los aldeanos agobiados por las deudas, fueron los que primero se convirtieron á la nueva religión, así como ahora los que acuden á las filas socialistas son los obreros explotados por el capital, los innumerables vencidos de la lucha por la existencia, que no han hallado, en una sociedad como la nuestra, el mínimum de bienestar á que tiene derecho todo ser humano.

Los intelectuales del cristianismo primitivo in-

citaron y los intelectuales del movimiento obrero incitan á los partidarios de esas doctrinas á que hagan propaganda, á que confiesen su fe, sin temor al castigo, á que luchen sin tregua.

La semejanza entre ambas tendencias no se reduce á lo expuesto. Algunas reuniones socialistas tienen grandes puntos de contacto con ciertas ceremonias religiosas. En ellas, los socialistas celebran aniversarios, honran la memoria de los mártires que murieron defendiendo sus ideales. Los oradores del partido son la voz que arrastra, maldice, bendice, exalta, alaba á los santos y solemniza los recuerdos. Y esos oradores mucho se asemejan al predicador y al profeta. Explican que las aspiraciones del partido pueden convertirse en realidades y hablan de la ley de la evolución, como los cristianos hablan de la voluntad de Dios.

El estado de ánimo de los que asisten á esas reuniones socialistas, no es quizá muy distinto del que dominaba entre los primeros cristianos, cuando confiaban en la próxima fundación en la tierra de una ciudad de Dios, á pesar de que la sociedad romana oponía á la realización de sus deseos tantos obstáculos como la sociedad actual opone á las aspiraciones revolucionarias del colectivismo.

Dados estos antecedentes, no resulta extraño que un Papa de la época moderna haya coincidido con algunas doctrinas socialistas. León XIII, dijo en su Encíclica *De conditione opificum*:

«Suprimidas en el siglo pasado las corporaciones de artes y oficios, sin sustituirlas con otra cosa, al mismo tiempo que las instituciones y las leyes se alejaban del espíritu cristiano, sucedió que poco á poco los obreros quedaron solos é indefensos enfrente de la codicia de los patronos y de una desenfrenada competencia. Aumenta el mal una usura devoradora que, á pesar de haber sido tantas veces condenada por la Iglesia, sin embargo existe del mismo modo, aunque con nueva forma, ejercida por hombres codiciosos y especuladores. Añádase á esto el monopolio de la producción y del comercio, ejercido por un número relativamente pequeño de grandes capitalistas, los que han impuesto á la infinita multitud de los proletarios un yugo poco menos que servil.»

La Reforma.—Otra prueba de que las ideas socialistas se encuentran en embrión en el cristianismo primitivo es que, al estallar en Alemania la Reforma religiosa, cuando las gentes buscaron la verdad en la Biblia y en los textos sagrados primitivos, surgieron movimientos revolucionarios de carácter comunista.

A la Reforma se debe que después de un largo letargo, que duró toda la Edad Media, la humanidad emprendiera su interrumpida marcha por el camino del progreso. Wiclef en Inglaterra, Juan Huss en Bohemia y más tarde Lutero en Alema-

nia, buscaron en la Biblia la norma de su conducta y la dirección de sus ideas; y las masas, á las que se predicaba que para devolver á la Iglesia su primitiva pureza convenía inspirarse en los textos sagrados primitivos, no hallaron únicamente en ellos las bases de una nueva disciplina eclesiástica, sino también las de una nueva organización social.

A ello contribuyó Lutero, que, además de traducir la Biblia, publicó obras de mayor alcance, y entre otras un libro sobre el *Erario común*.

En esa obra proponía la supresión de los monasterios y la aplicación de las rentas y de las propiedades que éstos poseían á la creación de graneros públicos.

Los anabaptistas.—Lutero comprendió más tarde que estas predicaciones eran peligrosas; pero estaba dado el impulso. Una secta que consiguió hacer pronto numerosos prosélitos, la de los anabaptistas, intentó fundar una República cristiana, y los estudiantes de Erfurt quemaron y saquearon las moradas de los canónigos de aquella ciudad.

A Lutero le sucedió lo que á todos los reformadores, lo que á todos los iniciadores de un gran movimiento: el pueblo traspasó los límites fijados por él y dedujo consecuencias extremas de sus predicaciones.

Mientras menudeaban las negociaciones y las conferencias entre los príncipes, mientras conti-

nuaba la controversia entre los religiosos, los campesinos de Suabia pedían enérgicamente la aplicación, en el orden político, de los principios de la Reforma. Querían que los sacerdotes no basaran sus predicaciones en tradiciones humanas y que se limitaran á interpretar los textos sagrados. No nos someteremos, decían, mientras no nos demuestren que la Biblia habla de la servidumbre. Ofrecían respetar los intereses privados, con tal de que se les concediera el libre uso de los bosques y la devolución de las praderas á las comunidades, y con tal de que se acordara una gran rebaja en los impuestos. Los más exaltados saquearon los bienes del clero y de la nobleza, y llamaron á las armas, en nombre de la libertad, á todos los campesinos.

Mientras tanto, el pastor evangélista Tomás Muncer, predicaba la rebelión en Turingia, y Franconia se sublevaba.

Lutero se pronunció contra la rebelión y hasta predicó una cruzada contra los aldeanos sublevados; pero éstos se mantuvieron firmes.

Mulhausen fué el centro del movimiento. Tomás Muncer se apoderó de los bienes de los monasterios, fundió cañones y llamó en su auxilio á los obreros de las minas de Mansfeld.

En Klegaw, en Hegaw y en las comarcas bañadas por el Neckar, había 300.000 rebeldes armados. Dióse la batalla en Franckenhausen el año 1525. Animados por los vehementes discursos de Mun-

cer, confiaban los aldeanos en que el cielo los socorrería. Fueron vencidos, murieron 5.000, y cayó prisionero Muncer, que murió poco después á manos del verdugo.

Pero cuando estalla una revolución no basta una victoria para vencerla. Los anabaptistas, que se habían unido á los aldeanos y que fueron vencidos con ellos, no perdieron la esperanza. Su jefe, Juan de Leyde, se estableció en Munster. El espíritu de Juan de Leyde, como el de todos los demás jefes de la rebelión, hallábase influido por la lectura de la Biblia. ¿Cómo compaginar lo que leían en ella con el estado social de aquella época? Al recorrer los textos sagrados se daban cuenta de cómo vivían los judíos y los cristianos primitivos y veían que aquel libro exaltaba á los pobres y hablaba de la comunidad de bienes.

¡Cuántos sueños contradictorios engendrarían esas lecturas mal digeridas, cuando el lector volvía la vista hacia cuanto le rodeaba!

Los anabaptistas expulsaron de Munster al obispo. Juan de Leyde, además de ser el jefe, era el profeta de la secta. Los ciudadanos le trajeron los bienes y los libros que poseían; los primeros fueron depositados en la casa común y los segundos, menos la Biblia, fueron quemados en público. La Biblia fué el único Código, la ley suprema de la ciudad. Y hasta tal punto lo fué, que Juan de Leyde, imitando á David, escogió tres mujeres.

Mientras tanto, las tropas del obispo expulsado por los anabaptistas, las del elector de Sajonia y las del arzobispo de Colonia cercaron la ciudad. Dióse el asalto, fueron vencidos los rebeldes, el pueblo solicitó de sus señores y obtuvo el perdón de sus culpas; pero los jefes, y entre ellos Juan de Leyde, fueron decapitados.

Con la derrota de los anabaptistas cesó la propaganda comunista, basada en las tendencias del cristianismo primitivo; pero la semilla de ese comunismo no se perdió por completo y existen todavía hoy comunidades baptistas en Alemania y en los Estados Unidos.

III

El Comunismo utópico.

Tomás Moro.—Campanella.—Morelli.—Mably.

Hemos visto que, con la Reforma, coincidió un movimiento iniciado primero por Tomás Muncer y continuado después por Juan de Leyde; asimismo surgieron los niveladores durante la revolución inglesa y Babeuf al final de la revolución francesa de 1789.

Con el despertar de las clases populares coincidieron también algunas manifestaciones teóricas: el inglés Tomás Moro en el siglo xvi, el italiano Campanella en el siglo xvii y los franceses Morelli y Mably en el siglo xviii, expusieron doctrinas genuinamente comunistas.

Esas doctrinas, favorables á los oprimidos, á una clase que no tenía la cohesión que tiene el proletariado moderno, se exteriorizaron en descripciones utópicas de sociedades ideales. Sus autores, guiados por el corazón más que por el cerebro, escribieron obras más sentimentales que prác-

ticas; pero esas obras ejercieron cierta influencia, no solamente en la época en que fueron escritas, sino también en las tendencias de los reformadores que más tarde lucharon por la causa del pueblo. De manera que no es posible prescindir del comunismo utópico, cuando se estudia el desarrollo de las ideas socialistas.

Durante la Edad Media, el progreso detuvo su marcha, y cuando la humanidad salió de su letargo, acudió á la antigüedad griega y romana en demanda de orientaciones, porque no existían entonces otras fuentes. Resucitaron las antiguas controversias y, en el orden filosófico, mientras los más se mostraron partidarios del individualismo de Aristóteles, algunos, como Tomás Moro y Campanella, se inspiraron en las doctrinas comunistas de Platón.

Tomás Moro.—Tomás Moro nació en Londres en 1480. Estudió en Oxford, se dedicó luego á la abogacía, adquirió pronto en ella gran renombre y no tardó en ocupar un puesto en el Parlamento. Wolsey lo presentó á Enrique VIII y éste lo admitió en su intimidad, concediéndole importantes cargos y nombrándole al poco tiempo, gran canciller de Inglaterra.

Después de desempeñar con celo y con gran integridad ese alto puesto durante dos años, se retiró á la vida privada. Enrique VIII, deseoso de con-

tar con el apoyo de un hombre tan recto y tan popular, quiso obligarle á que se declarara partidario del cisma, cuando Inglaterra se separó de Roma; pero no lo consiguió, y Tomás Moro pagó con su vida, en 1535, su resistencia á los deseos de su soberano.

Se trata, por consiguiente, de un hombre que perteneció á las clases más altas de la sociedad, de un hombre de Estado que desempeñó los más altos cargos. Desde ellos pudo observar que la sociedad, mal organizada, tenía por base leyes absurdas é injustas.

En 1518 escribió su famosa *Utopia*, donde expuso el plan de una sociedad ideal. Desde que apareció ese libro, la palabra utopia se emplea en el sentido de algo quimérico, cuya realización es imposible.

Utopia es el nombre de una isla donde imperan la justicia y la virtud. El pueblo elige sus magistrados; la agricultura es la más noble de las ocupaciones y á ella están obligados á dedicarse los ciudadanos. Todas las leyes, todas las instituciones tienden principalmente á satisfacer las necesidades de los habitantes y á asegurar el consumo público. Todo pertenece á todos menos las mujeres. En Utopia existe la esclavitud.

Campanella.—Nació Campanella en Stilo (Calabria) en 1568 y murió en París en 1639. Desde muy niño demostró grandes facultades y aprendió

con prodigiosa rapidez cuanto enseñaban entonces en las aulas. A los catorce años entró en la Orden dominicana, atraído por el afán de instruirse, pues en el claustro es donde mejor se estudiaban entonces las letras y la filosofía. Cuando salió del convento, donde adquirió sólidos conocimientos, empezó á propagar sus ideas y á publicar obras.

Era antiaristotélico y buscaba la verdad en la realidad y no en la abstracción. Publicó, cuando tenía veintidós años, una obra contra las doctrinas de Aristóteles, en aquella época predominantes.

Su afán por exponer teorías nuevas le crearon implacables enemistades. Tuvo que huir de Nápoles, recorrió Roma, Florencia, Venecia y Pádua, retirándose por fin á su país natal. Habiendo fraguado allí una conspiración contra la dominación española, fué condenado á prisión perpetua. Durante veintisiete años permaneció encarcelado, y recobró la libertad gracias á la intervención del Papa Urbano VIII que pidió su indulto á Felipe IV.

Pero siguieron persiguiéndole sus enemigos y no pudiendo vivir tranquilo en su país, se refugió en Francia, donde Luis XIII le concedió una pensión. Murió en París, en un convento de la Orden á que pertenecía.

Durante su largo cautiverio escribió una serie de libros y entre otros uno titulado *La Ciudad del Sol*.

La Ciudad del Sol está gobernada por un jefe supremo de quien todo depende. Tiene ese jefe tres ministros que corresponden á tres elementos, que Campanella juzgaba esenciales: fuerza (organización militar), sabiduría (ciencias, artes liberales y mecánicas) y amor (matrimonio y generación).

Opinaba que el mejoramiento de la raza humana debía ser objeto de tantos ó más cuidados que el mejoramiento de las razas animales.

Existían en aquella ciudad ideal tantos magistrados como existen virtudes, y esos magistrados velaban por el cumplimiento de las obligaciones relacionadas con esas virtudes.

Como el egoísmo es un mal social, y como la sociedad debe defenderse contra ese mal, Campanella suprimía cuanto se relaciona con el interés particular, porque creía que el hombre, al obrar independientemente del interés general, obra muchas veces contra el fin social.

En la Ciudad del Sol no existía la propiedad individual y los bienes eran comunes.

No era fácil que un pensador del siglo xvii lograra librarse de todos los prejuicios de su época. Así se explica que Campanella, cuyas ideas comunistas eran muy radicales, admitiera la existencia de un jefe, cuya autoridad era absoluta. Reyes absolutos eran Felipe IV que lo encarceló y Luis XIII que lo protegió, y absolutos eran también los demás soberanos de Europa.

Comprendía que la filosofía, abandonando sus tradicionales abstracciones, debía descender á un terreno más práctico y ocuparse de la suerte de los hombres y de una nueva organización social más de acuerdo con la justicia; pero influía en su espíritu el régimen político de la época en que vivía. Se ocupó de la organización social y no se ocupó de la organización política, sin comprender que ambas organizaciones están íntimamente ligadas.

Mas tarde, Saint-Simon se inspiró en algunas de las ideas expuestas por Campanella.

Morelli.—Poco se sabe de la vida de Morelli. Fué maestro de escuela en Vitry le François, y murió á mediados del siglo XVIII. Hacia el año 1755 publicó un libro, un Código de la Naturaleza, atribuido durante mucho tiempo á Diderot, donde expuso ideas marcadamente comunistas, en las que más tarde se inspiró Babeuf.

Dos años antes, había publicado otra obra muy parecida, si no en la forma, en el fondo, á la *Utopía* de Moro, y á la *Ciudad del Sol*, de Campanella. Esa obra se titula *La Basiliada* y es algo así como un poema ó novela alegórica, en la que describe una sociedad basada en la comunidad de bienes.

Sostiene Morelli en su *Basiliada* que la moral corriente tiene por base absurdas preocupaciones, que el hombre nace bueno y que sus pasiones son

legítimas. Las leyes y las instituciones sociales exasperan al hombre, imprimiéndole una dirección contraria á la Naturaleza, y son responsables de que las pasiones degeneren y de que de buenas se conviertan en malas.

La nueva sociedad debe tener por base, según Morelli, la unidad indivisible de la producción. Cree que el hombre no es perezoso, y da como prueba de ello que el rico busca, en una actividad ficticia, la satisfacción de la necesidad que siente de no permanecer inactivo. Si es perezoso, lo debe á la educación que ha recibido, á que no han sabido encauzar esa actividad innata.

El sistema de Morelli contiene tres bases fundamentales: 1.º Nada pertenece á nadie fuera de los objetos de uso diario. 2.º Todo ciudadano tendrá derecho á que la sociedad le alimente. 3.º Todo ciudadano contribuirá, según sus fuerzas y sus facultades intelectuales, al bienestar común.

Para evitar la acumulación de riquezas, quedará prohibida la compra y venta de mercancías.

Todos los ciudadanos, desde los veinte hasta los veinticinco años, habrán de dedicarse á la agricultura. Algo así como una recluta para el servicio agrícola, semejante á lo que es hoy la recluta para el servicio militar.

De la educación destierra Morelli todo lo metafísico y opina que el hombre, al pensar en la inmortalidad del alma, debe reducir el problema á

los términos de una posibilidad de la que es inútil preocuparse.

Los socialistas franceses de mediados del siglo pasado se han inspirado mucho en las doctrinas de Morelli relativas al trabajo y al consumo, principalmente Luis Blanc, cuya teoría tiene por base el siguiente aforismo: A cada cual, según sus necesidades, y de cada cual, según sus facultades.

Mably. — Gabriel Bonnot de Mably, nació en Grenoble en 1709 y murió en París en 1785. Le educaron los jesuitas de Lyon y entró luego en el seminario de San Sulpicio de París, bajo los auspicios del cardenal de Tensin, que era pariente suyo. Se ordenó de subdiácono y obtuvo un modesto beneficio.

Fué secretario de su protector el cardenal de Tensin, que era ministro de Estado, y redactó notables informes que éste leía luego en el Consejo como suyos. Le confiaron varias misiones diplomáticas, que cumplió con gran acierto.

Se separó por un motivo fútil del cardenal, y se dedicó desde entonces exclusivamente al estudio, alcanzando tal reputación de sabiduría, que los polacos le pidieron leyes para Polonia y el gobierno de los Estados Unidos le encargó un proyecto de Constitución.

Mucho influyó en él el estudio de la legislación de Esparta. Opina en sus escritos que la sociedad

moderna está en decadencia, porque el desarrollo del comercio es la manzana de la discordia que impide que los hombres vivan fraternalmente; condena el lujo y expresa el deseo de que la humanidad vuelva á la sencillez de las costumbres primitivas.

Es partidario de un reparto casi absoluto de los bienes.

«En un principio—decía Mably—, los hombres tenían la misma inteligencia, la misma sensibilidad, la misma dosis de energía, y la educación es la que ha creado diferencias entre los hombre y las razas.»

Muéstrase también partidario de la abolición de la propiedad individual, de la herencia y del derecho de testar. Para obtener lo primero propone que se aumenten los impuestos en todo lo que es superfluo, y para conseguir lo segundo, que se pongan tales trabas á la transmisión de bienes que llegue á ser imposible esa transmisión. Pensaba que de ese modo llegará un momento en que no habrá ni capitalistas, ni obreros, ni propietarios, ni arrendatarios y en que todos los hombres tendrán que cultivar la tierra. La ley distribuirá entre todos las demás tareas.

Sobre Babeuf y sobre Buonarotti han influido mucho estas doctrinas.

IV

La Revolución francesa.

Cómo juzgan los socialistas la Revolución francesa.
Las teorías de Babeuf.

Cómo juzgan los socialistas la Revolución francesa.—La Revolución francesa de 1789 no tuvo carácter socialista, y se hizo, según los socialistas, exclusivamente en beneficio de la burguesía. Esta, al destruir antagonismos seculares, al luchar contra el feudalismo, lo hizo en provecho propio, fijándose en la igualdad política y no en la igualdad económica, sin la cual no hay verdadera igualdad posible. La burguesía creó nuevas fuerzas y con ellas nuevos antagonismos.

Los burgueses se enriquecieron con la desamortización, comprando por poco dinero propiedades de gran valor, mientras empeoraba la situación del pueblo á quienes arrebataron las dehesas en las que apacentaban desde tiempo inmemorial sus ganados, y los montes donde hacían leña para sus hogares.

También fué un mal para la clase obrera la abolición de los gremios que tasaban la producción y el precio de los productos y que eran organismos capaces de luchar contra los abusos de los poderosos.

Los socialistas opinan que la revolución burguesa de 1789, que ejerció una influencia decisiva en toda Europa, es una etapa de la evolución, pero no una fórmula definitiva. Nació esa revolución del antagonismo entre el tercer estado y la nobleza, así como la futura revolución surgirá á consecuencia del antagonismo entre la burguesía y el proletariado. Nuestro estado social ha contribuído á que la clase obrera se desarrolle; pero no se trata en los actuales momentos de una lucha entre el tercer estado, representado por la burguesía capitalista y un cuarto estado que reclama el poder, sino de una lucha entre el capital y una clase compuesta por la mayoría de los ciudadanos, una gran masa que vive separada de las demás clases sociales, á causa de la especial situación económica en que se encuentra y no á causa de las instituciones jurídicas que constituyen la base de la vida social.

La Revolución francesa no fué socialista, no podía serlo; los que la dirigieron fueron hostiles al clero y á la nobleza, y á luchar contra ellos se limitó su esfuerzo, porque constituían el obstáculo inmediato que se oponía á la evolución. Vencido ese obstáculo es cuando surgen las ideas socialistas, porque habiendo desaparecido las clases privilegia-

das del antiguo régimen, sólo quedan ahora frente á frente la burguesía y el proletariado.

Los hombres que prepararon con sus escritos la Revolución, se rebelaron contra todo lo existente. Lo criticaron todo: la religión, la ciencia, la organización social, el régimen político. Para ellos fué la razón la única regla atendible. Pensaban que los conceptos tradicionales eran irracionales, que la humanidad se había dejado guiar hasta entonces por prejuicios. La superstición, el privilegio y la injusticia debían desaparecer, vencidos por la verdad que es inmutable, por la razón y por una igualdad basada en la naturaleza.

Pero ese predominio de la razón se convirtió pronto, según los socialistas, en el predominio de la burguesía, y esa igualdad en la igualdad burguesa ante la ley. Y si la Revolución incluyó entre los derechos del hombre el de la propiedad, fué porque los pensadores del siglo XVIII no pudieron traspasar los límites impuestos á sus doctrinas por el medio ambiente.

Además de existir el antagonismo secular entre el feudalismo y la burguesía, existía el eterno antagonismo entre los explotadores y los explotados, entre los ricos perezosos y los pobres laboriosos, y ese antagonismo fué causa de que los representantes de la burguesía pudiesen alegar que no representaban á una clase determinada, sino á la humanidad entera.

Pero los socialistas sostienen que la victoria de la burguesía, en vez de producir el bienestar general, contribuyó á que empeorara la condición del proletariado, porque comenzó entonces á desenvolverse un gran movimiento industrial basado en el capital.

No obstante, no son los socialistas enemigos de la Revolución francesa. Opinan que ésta cumplió una misión necesaria y que era indispensable recorrer esa etapa de la evolución antes de abordar otros problemas. A la igualdad económica debía preceder la igualdad política, y era imprescindible también que el trabajo individual de antaño se convirtiera en colectivo, para que resultara posible la socialización de los medios de producción.

Por eso Jules Guesde declaró en el Parlamento francés que si las conquistas de la Revolución estuviesen en peligro, los socialistas se colocarían en la vanguardia republicana para combatir contra los enemigos de la República.

Las teorías de Babeuf.—Aunque no tuvo carácter socialista la Revolución francesa de 1789, al final de ella hicieron su aparición, con Babeuf, ciertas teorías comunistas que su autor quiso llevar á la práctica, pagando su intento con la vida.

Nació Babeuf en Saint Quentin, en 1764; de manera que tenía veinticinco años cuando estalló la Revolución. Desempeñó varios cargos, entre otros

el de administrador del departamento de la Somme, antes de que le nombraran en París secretario general de la Administración de las subsistencias. En este último puesto hallóse en contacto con las clases más necesitadas y pudo apreciar hasta qué punto era angustiosa la situación del pueblo.

La miseria era grande. Denunció en cartelones, que aparecieron en las principales calles de la ciudad, á Manuel, que era procurador del Municipio, acusándole de acaparar los granos, de acuerdo con especuladores poco escrupulosos.

Para librarse de él, sus enemigos le acusaron de haber cometido graves irregularidades en una adjudicación de bienes nacionales. Fué procesado y absuelto.

Hasta 1795 fué muy oscuro el papel que desempeñó en la política. Entonces es cuando principió á exponer sus doctrinas, pretendiendo ser el Mesías de la igualdad absoluta y el futuro fundador de una República basada en la comunidad de bienes.

Los artículos que publicó en *El Tribuno del pueblo* llevaban la firma de Gracchus Babeuf, dando á entender con ella que desempeñaría en Francia el papel que los Gracos habían desempeñado en Roma y que reclamaría, como ellos, leyes agrarias en beneficio del pueblo.

No se limitó Babeuf á la propaganda pacífica. De acuerdo con Darthé y Buonarotti, conspiró contra el Directorio, pero fué descubierta á tiempo la

conspiración. Los conjurados, que contaban con el apoyo del Club del Panteón, pretendían restablecer la Constitución de 1793, ensanchando sus bases.

Babeuf y Darthé fueron condenados á muerte el 26 de Mayo de 1797. Al oír la lectura de la sentencia, Darthé y Babeuf se mataron, dándose de puñaladas en presencia de los jueces. Sus cuerpos fueron llevados el día siguiente á la guillotina.

El comunismo de Babeuf era un comunismo sentimental, sin base científica y poco práctico. En cuanto escribió se reflejan las ideas de Platón y las utopías de Moro, Campanella, Mabli y Morelly. Se proponía conseguir la felicidad común fundando una República de los iguales, basada en la socialización de la propiedad y en la comunidad de bienes.

He aquí un resumen de sus doctrinas:

La Naturaleza ha concedido á los hombres un derecho igual al disfrute de todas las cosas. Hay que aumentar, con la ayuda de todos, el bienestar general. La Naturaleza obliga al trabajo y nadie debe sustraerse á esa obligación. Resulta injusto que los unos se extenúen trabajando, mientras los otros viven en la abundancia sin trabajar. El que se apropia los bienes de la tierra, ó los que la industria produce, en perjuicio de los que de ellos no gozan y para un uso personal y egoísta, cometen un verdadero crimen. En una sociedad bien organizada no debe haber ni ricos ni pobres; los pri-

meros deben renunciar á lo superfluo en favor de los segundos. No hay derecho á privar al hombre de la instrucción, que es un elemento necesario para su felicidad, y el Estado debe instruir á todos por igual. La Revolución francesa no ha terminado, porque los ricos absorben todos los bienes, mientras los pobres trabajan como esclavos. Las leyes agrarias, que el pueblo romano reclamó en tiempo de los Gracos, no pasaron de ser un paliativo, una reivindicación del instinto y no de la razón, pues la solución del problema social está en la comunidad de bienes. La tierra no es de nadie; los frutos pertenecen á todos los que trabajan.

En lo referente á la aplicación de sus teorías, Babeuf decía lo siguiente:

La ley declarará que el pueblo francés es propietario único del territorio; el trabajo individual se convertirá en una función pública, reglamentada por las leyes. La cantidad de trabajo, exigida á cada ciudadano, será igual para todos; los trabajos repugnantes se ejecutarán por turno. El Gobierno no será más que un mero administrador, encargado de equilibrar la producción y de organizar la circulación, cuidando de que los productos, amontonados en los almacenes públicos, se repartan por partes iguales. Desaparecerán los salarios y no existirá preeminencia alguna, ni en el orden moral, ni en el orden material.

Murió Babeuf y desaparecieron con él sus doc-

trinas. Sin embargo, después de la Revolución de 1830, Buonarotti, antiguo compañero de Babeuf, emprendió de nuevo la propaganda de esas doctrinas y logró reunir un buen núcleo de discípulos. Luis Blanc pertenece, en cierta medida, á esa escuela.



Saint-Simón, Fourier y Owen.

Saint-Simón y sus discípulos: Bazard, Enfantin y Pierre Leroux.—Fourier y su discípulo Considerant.—Roberto Owen.

Saint-Simón, Fourier y Owen vivieron en la misma época. En 1802 publicó Saint-Simón sus *Cartas de Ginebra*, en 1808 escribió Fourier su primera obra y en 1800 se hallaba Owen al frente de la fábrica de New-Lanark, donde puso en práctica sus teorías sociales.

El manifiesto del partido comunista, que firmaron en 1848 Marx y Engels, al hablar de las doctrinas de estos propagandistas, dice lo siguiente:

«Los sistemas comunistas y socialistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simón, Fourier y Owen, aparecen durante el primer período de la lucha entre el proletariado y la burguesía.

»Los inventores de esos sistemas se dan cuenta del antagonismo y de la fuerza disolvente de ciertos elementos de la actual sociedad; pero, ni anali-

zan la influencia histórica del proletariado, ni ven la acción política que éste puede ejercer.

»Tienen, sin embargo, conciencia de que defienden, ante todo, los intereses de la clase obrera; pero se fijan únicamente en que esa clase es la que más sufre.

»No comprenden que existe un antagonismo entre las clases, porque ese antagonismo no se ha desarrollado aún en su época. Desean mejorar las condiciones de la vida de todos los miembros de la sociedad, sin exceptuar á los privilegiados. De manera que se dirigen á la sociedad toda sin hacer distinciones, ó, mejor dicho, se dirigen principalmente á las clases directoras.

»No son partidarios, por lo tanto, de la acción política, ni mucho menos de la acción revolucionaria y tratan de que el nuevo evangelio se abra camino con el ejemplo de experimentos hechos en pequeño y condenados de antemano al fracaso.»

Añadiré que en la época en que vivieron, el proletariado, apenas formado, no tenía conciencia de su propia existencia y sólo podía formular aspiraciones instintivas. De una producción poco desarrollada, de una lucha de clases embrionaria, habían de nacer forzosamente teorías incompletas.

Saint-Simón.—El conde de Saint-Simón nació en París en 1760 y murió en 1825. Cuando estalló la Revolución renunció á su título de nobleza.

Fué discípulo de d'Alembert, tomó parte en la guerra de la independencia de los Estados Unidos y combatió bajo las órdenes de Washington. De regreso en Francia fué nombrado coronel del regimiento de Aquitania, pero abandonó pronto la carrera militar.

Hallábase en España cuando principió en Francia la Revolución. Había venido á Madrid para proponer al Gobierno la construcción de un canal que uniera la capital al mar.

De vuelta en París, no se ocupó de política. Especuló con éxito sobre los bienes nacionales. Mas tarde manifestó que, si quiso ganar dinero, había sido con la intención de emplearlo en la fundación de un gran establecimiento industrial, de una escuela científica de Artes y Oficios que pudiera contribuir á mejorar la suerte de los hombres.

Los actos que realizó más tarde no desmienten esa afirmación.

A pesar de vivir apartado de las luchas políticas, fué detenido y estuvo once meses en la cárcel, saliendo de ella después del 9 de Thermidor, cuando cesó el régimen del terror y cayó Robespierre.

En 1797 tenía treinta y siete años. Decidió entonces rehacer su educación. Fué á vivir al lado de la Escuela politécnica, y después, cerca de la Escuela de Medicina, con el objeto de ponerse en contacto con los profesores de esos Centros de enseñanza, á quienes daba en su casa suntuosos banquetes.

Viajó luego por Alemania y por Inglaterra con el fin de instruirse, y á su regreso se casó, proponiéndose, según propia confesión, estudiar de cerca la institución del matrimonio.

Continuó dando banquetes y fiestas hasta que se arruinó.

«Se precipitó en la vida, dice su biógrafo Louis Reybaud, en vez de caminar acompasadamente por ella, con el objeto de adquirir, antes de tiempo, la experiencia de un anciano.»

Cuando Saint-Simón quedó completamente arruinado, se puso á escribir y á exponer sus doctrinas.

Al principio de la restauración borbónica, desempeñaba un modesto empleo en el Monte de Piedad. Le hubiese sido fácil, dados sus antecedentes, conseguir el apoyo de los hombres que estaban en el Poder, pero esto era incompatible con la independencia de su carácter.

Un antiguo empleado suyo, llamado Diard, le acogió en su casa y le adelantó dinero para que editara sus obras.

Cuando murió Diard, Saint-Simón cayó en la más espantosa de las miserias. En 1823, harto de sufrir, se disparó un pistoletazo; no consiguió matarse, pero perdió un ojo. Dos años después murió, rodeado de sus discípulos y hablando con ellos hasta el último instante de su doctrina y de la fundación de un periódico que debía llamarse *El Productor*, y que había de ser el órgano de su es-

cuela. Ese periódico se publicó después de su muerte.

La doctrina de Saint-Simón puede resumirse del siguiente modo: Abolición del régimen feudal y militar y advenimiento del régimen industrial. La industria debe tender al mejoramiento de las condiciones generales de la existencia. Substitución gradual del trabajo asalariado por el trabajo social.

Decía que si de repente desaparecieran los mejores ingenieros, los mejores pintores y los mejores poetas, ó sea los 3.000 seres intelectualmente superiores que había en Francia, sería necesaria una nueva generación para reemplazarlos, mientras que si morían inopinadamente los miembros de la familia real, todos los funcionarios, los arzobispos, los obispos y los 10.000 propietarios más ricos, total unos 30.000 individuos, pronto se encontraría quienes ocupasen los puestos vacantes. Saint-Simón fué procesado por esa humorada, publicada en un opúsculo titulado *La Parábola*; pero lo absolvió el jurado.

Saint-Simón, es el primer escritor que haya hablado de la explotación del hombre por el hombre y que haya combatido el sistema del trabajo asalariado. Pero tiene otro mérito: el de haber indicado que las condiciones económicas sirven de base á las instituciones políticas. Marx desarrolló más tarde esa idea que Saint-Simón se limitó á apuntar.

Opinaba que los pueblos civilizados tienden á asociarse y que los hombres acabarán por fundar una asociación universal que abarcará todos los aspectos de la actividad humana. Dirigirán esa asociación los más capaces en el terreno de la ciencia, de las artes y de la industria.

Pensaba ocuparse de la cuestión religiosa; pero la muerte no le dejó tiempo para exponer sus ideas en esa materia. Creía que la sociedad futura exigía una nueva religión, y que ni el catolicismo, ni el protestantismo respondían á los progresos realizados por la humanidad en todos los terrenos. Sus discípulos Bazard, Enfantin y Pierre Leroux quisieron completar su obra en esta materia é inventaron doctrinas extravagantes que el maestro no hubiese aprobado seguramente.

Bazard (1791-1832).—Fué Bazard uno de los fundadores del carbonarismo francés. Estuvo complicado en tres conspiraciones fraguadas con el objeto de que se reuniera una Asamblea constituyente, y los tribunales le condenaron á muerte.

Vivió en París, con nombre supuesto. Entonces fué cuando se convirtió al sansimonismo. Se unió á los discípulos de Saint-Simón y colaboró en *El Productor*.

Cuando le indultaron, dió una serie de conferencias exponiendo su doctrina, cuyas bases eran las siguientes: 1.º Asociación basada en el amor, y

como consecuencia de esa base, desaparición de la concurrencia industrial y comercial. 2.º A cada cual según su capacidad y á cada capacidad según sus obras. Consecuencias: abolición de la herencia; todos los hombres se ven obligados á trabajar en la medida de sus fuerzas. 3.º Organización universal del trabajo y de la industria, basada en la paz universal. Consecuencia: no habrá más guerras. 4.º Igualdad y armonía entre la carne y el espíritu. Consecuencias: desaparece el ascetismo y el hombre desprecia las riquezas. 5.º Dios no está en la tierra. Consecuencias: nadie es infalible y desaparece la idolatría. 6.º Somos todos iguales ante Dios. Consecuencia: no debe haber ni esclavos ni réprobos.

Estas teorías carecían en absoluto de sentido práctico; por eso los colectivistas las consideran como utopías generosas. Y es que los sansimonianos buscaban la fórmula definitiva dejándose arrastrar por su imaginación en vez de buscarla, como estaba llamado á hacerlo más tarde el socialismo científico, en la realidad de los hechos y en la evolución histórica.

En 1829 fundó Bazard un nuevo periódico, *El Organizador*, y la secta tuvo desde entonces un carácter marcadamente religioso.

Se acusó á Bazard y á Enfantin, que eran los jefes del sansimonismo, de predicar, no solamente la comunidad de los bienes, sino también la comu-



nidad de las mujeres. Para protestar contra tal aserto, dirigieron los sansimonianos al presidente de la Cámara un documento, redactado por Bazard, en el que se declaraban partidarios de la completa emancipación de la mujer, pero sin pretender que el matrimonio debía abolirse. La mujer debía, según ellos, gozar de los mismos derechos que el hombre, en el templo, en la familia y en sus relaciones con el Estado.

Surgió con ese motivo una disidencia, porque Enfantin protestó contra el documento á que aludido, declarándose partidario del amor libre. La mayoría de los sansimonianos siguió á Enfantin y Bazard desapareció de la escena política y se refugió en un pueblo de los alrededores de París, donde murió un año después.

Enfantin (1796-1864).—Las diferencias de criterio que existían entre Bazard y Enfantin, no se referían únicamente á lo relativo al matrimonio: Bazard quería fundar un partido político; Enfantin una secta religiosa; ambos eran revolucionarios; pero el primero quería que los esfuerzos de la secta se encaminaran á apoderarse de los poderes públicos, mientras el segundo opinaba que esto era imposible y aspiraba á una revolución moral.

Apenas se separó Bazard de la secta, ésta se entregó á toda clase de excentricidades. En 1832 organizaron los sansimonianos fiestas populares con

el objeto de buscar un Mesías hembra y poco después fundó Enfantin, en el barrio de Menilmontant, una comunidad de carácter religioso, donde los adeptos celebraban ridículas ceremonias. La policía disolvió la comunidad, y Enfantin se refugió en Egipto, donde murió.

Pierre Leroux (1798-1871).—Pierre Leroux no conoció á Saint-Simón; pero se inspiró en sus doctrinas y fué el sansimoniano que más tiempo vivió, después de la muerte del maestro.

El libro que más renombre le ha dado lleva el siguiente título: *La Humanidad, sus comienzos y su porvenir*.

Aspira Pierre Leroux á que la humanidad se vea libre de los lazos que la esclavizan y que, bajo el pretexto del progreso, lo hacen depender todo de los intereses materiales. Según él, la solución del problema social está en un amplio comunismo, basado en la abolición de la propiedad, de la familia y de la patria.

Mezcla estas teorías radicales con divagaciones metafísicas y cree, hasta cierto punto, en la metempsicosis, ó sea en la transmigración de las almas.

Así como Saint-Simón realizó un esfuerzo muy digno de tenerse en cuenta, los que como Bazard, Enfantin y Pierre Leroux se dijeron sus discípulos, hicieron inconscientemente cuanto de ellos

dependía para desacreditar las doctrinas del maestro. Si de ellos hablo en este libro, es porque, al examinar rápidamente las diversas teorías socialistas, no he querido olvidar ninguna.

El lector sabrá separar el buen grano de la zizaña.

Fourier (1772-1837).—Fourier tenía veintiocho años cuando empezó á exponer su doctrina.

Hizo en sus obras una crítica severa y profunda de la organización social. Denunció despiadadamente las miserias morales y materiales de la burguesía, y sostuvo que los filósofos anteriores á la Revolución se habían equivocado al anunciar el advenimiento de un régimen en el que había de imperar la razón y de una civilización que debía proporcionar el bienestar general. Enumeró las infinitas estafas que ciertos especuladores habían cometido al final de la República, y criticó acerbamente la rapacidad de los comerciantes, grandes y pequeños, de su época.

Opinaba que el grado de emancipación general debe medirse por el grado de emancipación de la mujer.

• Dividía la historia en cuatro períodos: salvajismo, barbarie, patriarcado y civilización, demostrando que este último período, el de la civilización burguesa, se desenvuelve en medio de contradicciones que es imposible destruir, de manera

que el hombre obtiene resultados contrarios á sus intereses, y citaba en apoyo de su tesis, la pobreza que resulta de la excesiva abundancia, cuando estallan crisis económicas.

Creía que la civilización adolece de graves imperfecciones y trae consigo grandes males, que conviene dudar de su necesidad, no creer en su permanencia y buscar una solución, apartándose de los caminos trillados hasta la fecha por las ciencias.

Consideraba Fourier que son ciencias inciertas la metafísica, la teología, la política, la moral y la economía política. Sostenía que si á pesar de los progresos de la industria subsistía la indigencia, era porque los intereses sociales están todavía ligados á los de las clases privilegiadas, mientras convendría que esos intereses de la humanidad dependieran de medidas industriales y sociales, compatibles con todos los regímenes políticos y sin la intervención de los Gobiernos.

Se apartaba de los principios generales imperantes en su época y buscaba la solución del problema en las ciencias exactas y en las ciencias naturales, basando sus teorías en una dinámica y unas matemáticas aplicables al orden moral y social.

El principal objeto que el hombre se propone es, según Fourier, el logro de la felicidad, y la verdadera felicidad consiste en la satisfacción de las pasiones. Tal como se halla organizada la sociedad,

el hombre no puede entregarse á sus pasiones, porque desconoce las leyes que en ellas influyen. La solución del problema está en un régimen social que permita el libre desarrollo de las pasiones y de las atracciones.

¿Pero, qué son esas atracciones? Fourier compara las atracciones pasionales á la atracción de los astros, y sostiene que, mientras las obligaciones impuestas al hombre por la sociedad proceden del hombre y pueden variar según los pueblos y según las épocas, la atracción pasional procede de Dios, porque son idénticas las pasiones en todos los individuos y en todas las épocas.

Las pasiones se agitan hoy en un ambiente provisional que las oprime y que no las deja desarrollarse libremente; pero se desenvolverán algún día con entera libertad en un nuevo ambiente que Dios les reserva.

Fourier analiza y clasifica las pasiones. Estas son doce: cinco que corresponden á los sentidos y que tienden al lujo interno y externo, ó sea á la salud y á la riqueza; cuatro afectivas, que son el espíritu de asociación y la tendencia á la comunidad de bienes, que nacen del deseo de mejorar de condición y el amor y el espíritu de familia; y tres pasiones distributivas que designa con nombres extraños: la *cabalista*, que nos incita á la intriga; la *composita*, que nace de la combinación de varios goces y que arrastra á los sentidos y al alma con

ardor ciego, y la *mariposona*, que busca variedad en los placeres.

De la satisfacción combinada de esas pasiones, nace un sentimiento de universal afecto, como de la combinación de los doce colores del prisma nace el color blanco.

Fourier estudia la naturaleza de cada una de esas pasiones y las relaciones que entre ellas se establecen, según el sexo y la edad.

Al hablar de la organización económica y social, opone Fourier á la anarquía industrial, producida por la civilización actual, un sistema de asociación que abarca toda la producción. Los trabajadores se agruparán en asociaciones (*falanges*) compuestas de 1.800 individuos, entre hombres, mujeres y niños; cada asociación ocupará un edificio, donde se hallarán reunidas todas las especialidades industriales. De ese modo aumentará considerablemente la producción, porque se distribuirá mejor el trabajo. Los productos se repartirán entre el capital, el trabajo material y el trabajo intelectual, en proporción al esfuerzo realizado. Los asociados podrán aspirar á la remuneración de su cooperación por estos tres conceptos. Las mujeres y los niños tendrán los mismos derechos que los hombres.

El trabajo será más productivo, porque se ejecutará más en grande, y la vida costará menos, porque, en vez de 400 despensas y de 400 cocinas, habrá una sola despensa y una sola cocina para to-

dos. El esfuerzo de cada cual será menor, el trabajo más variado, menos penoso y menos largo.

Habrà rivalidad entre las asociaciones similares y éstas podrán unirse para un fin común. Y de esa manera, dice Fourier, las tres pasiones distributivas: la *cabalista*, la *composita* y la *mariposona* podrán desarrollarse libremente.

Los cargos se obtendrán por elección, y tomarán parte en las votaciones todos los miembros de la asociación, pues todos ellos tendrán interés en que recaigan los puestos en personas competentes y capaces de contribuir al bienestar común.

Para fomentar el ahorro, se concederá en el reparto mayor interés á los capitales pequeños.

Fourier intentó poner en práctica su teoría. Un diputado, Mr. Daudet Dulary, puso á su disposición gran parte de su fortuna para la creación, en Conde sur Vesgre, de un falansterio. Pero fracasó Fourier en su intento.

Tuvo muchos adeptos, y hasta hace pocos años existía aún en Francia un núcleo de fourieristas ó falansterianos, que vivían apartados de las demás sectas socialistas.

Considerant (1851-1893).—Víctor Considerant fué el discípulo predilecto de Fourier.

Fundó los periódicos semanales *El Falansterio* y *La Falange*, una biblioteca falansteriana y, más tarde, en 1843, un gran periódico diario, *La Demo-*

cracia pacífica, que se publicó hasta que Napoleón III dió el golpe de Estado del 2 de Diciembre (1851).

Victor Considerant no introdujo ninguna modificación esencial en la doctrina de Fourier y se dedicó principalmente á la aplicación, en la práctica, de esa doctrina. Ayudó á Fourier cuando éste creó un falansterio en Conde sur Vesgre. Ya dije que fracasó ese intento; igual suerte corrió otro ensayo realizado con la ayuda pecuniaria del inglés Arthur Young.

Cuando estalló la revolución de 1848, la mayoría de los fourieristas se unió á los republicanos. Cuando triunfó Napoleón III y fué proclamado el Imperio, los tribunales condenaron á muerte á Considerant, que emigró, continuando su propaganda desde el extranjero.

En 1852, se unió al americano Alberto Brisbane y fundó una sociedad en comandita para establecer un falansterio en el Estado de Tejas. Pero este último intento tuvo la misma suerte que los anteriores. Fracasó, entre otras causas, porque los esclavistas del Sur de los Estados Unidos le suscitaron toda clase de dificultades, á causa de sus ideas contrarias á la esclavitud.

Roberto Owen (1771-1858).—Engels, al comparar el socialismo utópico con el socialismo científico, y al ocuparse de Roberto Owen, dice lo siguiente:

«Mientras el huracán de la Revolución se desencadenaba en Francia, otra Revolución menos ruidosa, pero de excepcional trascendencia, se producía en Inglaterra. El vapor y la máquina transformaron las antiguas manufacturas en grandes industrias y modificaron las bases de la sociedad burguesa. El lento trabajar de la manufactura se convirtió en una actividad febril, y la sociedad se dividió en dos grupos: el de los grandes capitalistas y el de los proletarios expropiados. La pequeña burguesía, que hasta aquella época había sido la clase más estable de la sociedad, los pequeños comerciantes, los artesanos, vivieron desde entonces inseguros. Y aunque el nuevo modo de producción hallábase aún en su primer período ascendente, aunque era el único modo de producción normal, el único posible en aquellas circunstancias, había producido ya irritantes incongruencias: aglomeración de una población vagabunda en las humildes pocilgas de las grandes ciudades; disolución de todos los lazos tradicionales de la familia; trabajo excesivo, no solamente de los hombres, sino también de las mujeres y de los niños; completa desmoralización de las clases obreras, cuyas condiciones de vida habían variado de repente. Entonces fué cuando apareció un reformador, un fabricante de veintinueve años, que unía á una sencillez de niño, rayana en lo sublime, condiciones excepcionales para dirigir á los hombres. Roberto Owen se

había asimilado la doctrina de los materialistas del siglo XVIII y pensaba que el carácter del hombre era el producto, no sólo de sus condiciones nativas, sino también del ambiente en que vive, principalmente en el período de su desarrollo. La mayoría de los fabricantes, contemporáneos suyos, vió únicamente en la revolución industrial una confusión que era fácil aprovechar para alcanzar rápidamente la fortuna, mientras él vió una ocasión de poner orden en el caos, aplicando en la práctica sus doctrinas sociales.»

Roberto Owen nació en 1771 y murió en 1858. Desempeñó primero modestos empleos en varias casas de comercio. Uno de los principales fabricantes de tejidos de hilo de Manchester, que tuvo la ocasión de apreciar su clara inteligencia, lo asoció á sus negocios. Se casó luego con la hija del dueño de una gran fábrica, situada en New Larnark (Escocia) y se puso al frente de dicha fábrica, donde aplicó sus doctrinas con entera libertad de acción, alcanzando un éxito que le valió una reputación universal.

Esa fábrica, creada en 1784, antes de la aplicación del vapor á la industria, había sido construída en las márgenes de la Clyde, con el objeto de aprovechar un salto de agua, en una región poco poblada, donde era difícil encontrar obreros.

Era difícil encontrar brazos y, además, imposible mostrarse exigente con los que se presentaban.

Owen logró, sin embargo, transformar una masa obrera, compuesta de unos 2.500 individuos, la mayoría de ellos alcohólicos, depravados é indisciplinados, en una colonia modelo, en la que reinaba el bienestar y el orden. Lo consiguió estableciendo reglamentos severos sobre el trabajo, la producción, la distribución y el consumo, dignificando las condiciones de vida de los obreros, ocupándose de su instrucción y de su educación. Creó escuelas donde, desde la edad de dos años, los niños, ó jugaban, ó estudiaban, mientras trabajaban los padres. Severo, pero afable, se hizo temer y querer del personal que estaba á sus órdenes.

El éxito alcanzado fué prodigioso. Mientras en las demás fábricas los obreros trabajaban trece ó catorce horas, los suyos trabajaban diez horas y media. Durante una crisis algodonera que produjo un paro general que duró cuatro meses, sus obreros continuaron recibiendo la paga que les correspondía. Y, sin embargo, la fábrica ganó en pocos años cerca de ocho millones de francos.

Pero Owen no estaba del todo satisfecho de su obra. Esos hombres, decía, eran mis esclavos. Consideraba que se podía hacer mucho más de lo que había hecho en favor de la clase obrera.

Cuando en 1848 la República fué proclamada en Francia, envió Owen al Gobierno provisional una Memoria en la que, refiriéndose á los resultados alcanzados en New Lanark, decía lo siguiente:

«Un grupo pequeño, compuesto por 2.500 hombres, producía más riqueza que la que medio siglo antes podía producir una masa de 600.000 hombres. Y me preguntaba á mí mismo, ¿dónde habrá ido á parar la diferencia entre la riqueza consumida por esos 2.500 hombres y la que hubiesen consumido aquellos 600.000?»

Owen comprendía que las nuevas fuerzas productoras, que sólo habían servido hasta entonces para enriquecer un grupo pequeño de capitalistas y para someter las masas obreras á un yugo tiránico, podían ser la base de una reorganización social, con tal de que pertenecieran á la comunidad y de que se utilizaran en provecho del bienestar general.

Después de realizar una fortuna considerable, ganada en New Lanark, emprendió una activa propaganda de sus ideas. En 1812 publicó un libro titulado: *Nuevos puntos de vista sobre la sociedad ó Ensayo acerca de la formación del carácter del hombre.*

Según Owen, el hombre no puede dominar su destino, porque es el juguete de circunstancias inevitables; está sometido á leyes fatales y sus actos no son libres. De manera que la sociedad no tiene el derecho, ni de castigar, ni de recompensar. Hay que igualar en absoluto las condiciones de los hombres, abolir la propiedad, suprimir los intermediarios en las relaciones comerciales, suprimir también la moneda y establecer el cambio directo de productos.

Ayudado por personas de elevada posición, y entre otras por el duque de Kent, hermano del rey de Inglaterra, consagró más de un millón de francos á propagar sus doctrinas, organizando conferencias y publicando artículos, folletos y libros.

Desde el instante en que emprendió campañas en favor de las ideas comunistas, la vida de Owen fué una continua lucha que le proporcionó amargos desengaños. Mientras se limitó á desempeñar el papel de filántropo, acumuló riquezas y honores y fué el hombre más popular de Europa. Los hombres de Estado, los príncipes, le escuchaban y aprobaban. Pero cuando se presentó como apóstol del comunismo varió la escena: se cerraron ante él todas las puertas y los periódicos se pusieron de acuerdo para no citar su nombre.

Se dirigió directamente á los obreros y vivió entre ellos durante treinta años, siempre infatigable en su propaganda. En 1819 consiguió que el Parlamento votara una ley que reglamentaba el trabajo de las mujeres y de los niños en las fábricas; presidió el primer Congreso de las *Trades Unions* y fundó cooperativas de producción y de consumo. También creó *bazares del trabajo*, donde los productos se obtenían á cambio de un papel moneda, basado en el valor de una hora de trabajo. Las cooperativas progresaron, mientras los bazares del trabajo no alcanzaron el éxito deseado.

Hizo, en una Memoria dirigida á los represen-

tantes de las grandes potencias reunidos en Aquisgram, un resumen de sus doctrinas. Refiriéndose en esa Memoria al colosal aumento de las fuerzas productoras, sostenía que las máquinas, si hubiese unidad en la producción, podrían satisfacer las necesidades de todos los habitantes de la tierra, y formulaba las aspiraciones siguientes:

Los males que sufre la sociedad moderna proceden de que no hay orden, ni en la producción, ni en la distribución de los productos. En vez de fomentar la libre concurrencia, sería preferible establecer una absoluta unidad de intereses. Una producción excesiva, en vez de producir el bienestar de los obreros, engendra la miseria y, para evitarlo, conviene organizar el trabajo, coordinando todos los esfuerzos.

Proponía Owen la creación de comunidades compuestas por 2.000 ó 3.000 individuos que se dedicarían á faenas agrícolas é industriales, con el objeto de subvenir á sus necesidades más esenciales. Las comunidades estarían en continuo contacto y sus representantes se reunirían en Congresos para adoptar medidas de carácter general. Los individuos que formaran parte de la comunidad se dedicarían al estudio hasta los quince años; desde los veinte hasta los veinticinco serían los agentes activos de la producción; de los veinticinco á los treinta se encargarían de la distribución y conservación de la riqueza social; de los treinta á los

cuarenta se ocuparían del régimen interior de la comunidad y de los cuarenta á los sesenta tendrían la misión de establecer relaciones mercantiles con las demás comunidades. La alta dirección se confiaría á un Consejo de Gobierno.

En 1823 intentó Owen aplicar sus ideas en la práctica, y consagró á ello toda su fortuna, que ascendía á 12 millones de francos. Se estableció en el Estado de Indiana (Estados Unidos), adquirió inmensos terrenos, mandó edificar casas y talleres para 2.000 personas y lanzó un manifiesto. No acudieron más que vagabundos y gente aventurera, incapaz de dedicarse á un trabajo serio, y pronto reinó en la colonia el más espantoso desorden.

No se desanimó Owen. Regresó á Inglaterra y realizó nuevos ensayos en Orbiston (Condado de Hamps); pero sin éxito.

Murió á los ochenta y siete años, totalmente arruinado, pero sin haber perdido un átomo de sus ilusiones.

Los colectivistas han adoptado muchas de las ideas expuestas por Owen; pero, al hablar de las colonias que intentó fundar, sostienen que si fracasó y si fracasaron también Fourier y Considerant, cuando quisieron aplicar en la práctica las teorías comunistas, fué porque no comprendieron que la clase obrera no podrá regenerarse mientras no se apodere del poder político, desde cuyas alturas es desde donde únicamente se podrá crear un ambiente favorable á las reformas sociales.

VI

Otras escuelas.

Proudhon.—Cabet.—Lassalle.—Luis Blanc.

Proudhon (1809-1865).—Proudhon, de cuyas doctrinas me voy á ocupar en este capítulo, tuvo muchos adeptos en Italia, en Bélgica y en España. Cuando en Francia habían olvidado ya sus teorías y cuando las masas obreras de allende el Pirineo empezaban á inspirarse en el manifiesto comunista de Karl Marx, los socialistas españoles seguían siendo proudhonianos.

Marx, al hablar del socialismo conservador y burgués, ó sea del socialismo predicado por algunos burgueses con el objeto de remediar los males sociales, por medio de reformas que no pongan en peligro la existencia de la burguesía, cita *La filosofía de la miseria*, de Proudhon.

Según Marx, los socialistas burgueses desean conservar lo que es esencial en las condiciones de vida de la sociedad moderna, suprimiendo, sin

embargo, los peligros y las luchas que nacen fatalmente de esas condiciones; quieren que se adopten medidas capaces de eliminar los elementos disolventes y preconizan sistemas que resultan incompletos, porque la reforma social, para ser eficaz, debe implantarse radicalmente. Se fijan en la transformación de las condiciones económicas y de la vida material, y no en un cambio político.

Proudhon, para los colectivistas, fué un socialista burgués, á pesar de lo radicales que á primera vista resultan algunas de sus teorías.

Sus comienzos no pudieron ser más modestos de lo que fueron; sus padres eran criados de un cervecero de Besançon, y siendo niño guardaba en el campo unas vacas que á éste pertenecían. Desde muy temprano tuvo gran afición al estudio y, no contentándose con la enseñanza que le daban en la escuela, solía ir á la Biblioteca pública de la ciudad, donde pasaba largos ratos estudiando. A los diecinueve años, entró en una imprenta como cajista, y continuó aprovechando, para instruirse, todas las ocasiones que se le presentaban.

Publicó varios estudios filológicos y un *Discurso sobre la celebración del Domingo*. En este último opúsculo asoman ya algunas de las ideas que desarrolló más tarde. Alude en él á la reivindicación del derecho á la vida y al monopolio de los instrumentos de la producción, y opina que la propiedad debe limitarse á la posesión. Habla en favor de la

igualdad de las retribuciones, de los bienes y de los salarios, fundándola en la equivalencia moral de las funciones y en que los resultados del esfuerzo individual se deben en parte á la colaboración social.

La Academia de Besançon le concedió una pensión de 1.500 francos anuales como recompensa por sus estudios filológicos, y vino á vivir á París en 1840. Ese mismo año publicó un folleto con el siguiente título: *¿Qué es la propiedad?* A esta pregunta contestaba que la propiedad era un robo; pero se ha dado á sus afirmaciones mayor alcance del que en realidad tenían. Proudhon no combate la propiedad como la combaten los comunistas; la propiedad que rechaza y que califica de robo no es toda la propiedad, sino parte de ella; se refiere exclusivamente á la propiedad del instrumento primitivo del trabajo que la Naturaleza ha concedido á todos los hombres. Ese instrumento natural del trabajo debe estar al alcance de todos y no implicar más que un derecho de posesión.

Proudhon formuló en ese folleto las siguientes conclusiones: 1.º La posesión es legítima; la propiedad no lo es. Suprimid la propiedad, reduciendo sus términos á una posesión, y con esta sola reforma cambiarán de aspecto las leyes, las instituciones y la economía. Desaparecerá el mal de la tierra. 2.º Si todos tuvieran el derecho de poseer, la posesión no sería eterna y no podría formarse la pro-

piedad. 3.º Si fuera igual para todos el resultado del trabajo, desaparecería también la propiedad, porque sería imposible explotar el trabajo ajeno. 4.º El trabajo humano se convertiría de ese modo en una fuerza colectiva é indivisible. 5.º Como la facultad de producir, que el hombre posee, es un capital acumulado, pertenece á la colectividad, y no es justo que existan desigualdades en las retribuciones y en las fortunas, con el pretexto de que hay desigualdades también en las facultades de los hombres. 6.º La libertad de contratar y la equivalencia de los productos cambiados son las bases del comercio. Si nos fijamos en esto y además en que el valor de los productos depende del tiempo empleado en fabricarlos y de los gastos de fabricación, resultará que los salarios deben ser iguales, así como deben serlo también los derechos y los deberes de los trabajadores. 7.º En una sociedad bien organizada, los productos deben obtenerse á cambio de otros productos, y como la equivalencia de los productos sería, en ese caso, condición esencial del cambio, desaparecería el beneficio y al mismo tiempo el pauperismo, el lujo, la opresión, el vicio, el crimen y el hambre. 8.º Si los actos del hombre dependieran de las leyes físicas y matemáticas de la producción, y no de su voluntad, sería perfecta la igualdad de condiciones y los hombres vivirían como hermanos. 9.º Una asociación libre, donde exista una igualdad absoluta entre los medios de

producción poseídos por sus miembros, y donde la equivalencia sea la base de los cambios, es la única fórmula justa y equitativa. 10.º La política debe ser la ciencia de la libertad. Con un gobierno compuesto por hombres que imponen su voluntad á otros hombres, habrá siempre opresión. La sociedad más perfecta será aquella donde aparezcan unidos el orden y la anarquía.

Proudhon sostiene que la sociedad procede continuamente á un trabajo de nivelación, y que, sin darse cuenta de ello, obedeciendo á leyes providenciales, tiende á destruir la propiedad.

En sus famosas *Contradicciones económicas*, que publicó en 1846, adopta el sistema hegeliano de las antinomias y analiza las cuestiones relativas á la división del trabajo, á las máquinas, á la concurrencia, á los monopolios, al comercio internacional, al crédito, á la propiedad, etc., desde los puntos de vista contradictorios que estas materias ofrecen.

Al apreciar el valor de los productos, asigna un papel preponderante al trabajo, mientras los economistas se fijan principalmente en la abundancia y en la escasez, y en la oferta y la demanda. En las *Contradicciones económicas*, insiste en que al dar al trabajo un valor absoluto y no relativo, como sucede en la actual organización social, se conseguiría igualar las condiciones de todos los que producen.

Proudhon tiene un gran defecto: es á veces muy obscuro, y sus escritos recuerdan, en algunas ocasiones, por su forma, los de los filósofos alemanes. Para llegar á una conclusión hace deducciones que no están al alcance de todo el mundo. Por eso su influencia sobre los obreros ha sido escasa.

Cuando estalló la revolución de 1848, fué elegido diputado. Opinaba que la revolución social debía ser anticapitalista, pero al mismo tiempo anticomunista, y se pronunció contra la creación de los talleres nacionales, porque no era partidario de la organización del trabajo por el Estado, y creía que el pauperismo no desaparecería mientras no se implantara la reducción progresiva de las rentas, de los impuestos y de los salarios, siendo mayor la de las rentas que la de los salarios.

En 1849 estaba á punto de fundar, con la ayuda de varias sociedades obreras y de algunos comerciantes é industriales, un Banco de cambio, basado en las teorías que había expuesto, cuando fué condenado á tres años de cárcel. Devolvió el dinero que le habían confiado sus amigos para la creación de ese Banco y huyó á Bélgica. Pero regresó á París disfrazado, y la policía le detuvo. Cumplió su condena, prosiguiendo desde la cárcel la propaganda de sus ideas.

Durante el Imperio continuó predicando su doctrina en libros y en artículos, pero á eso se redujo su esfuerzo, pues el ambiente no era muy favora-

ble á las ideas socialistas al principio del reinado de Napoleón III. Francia acababa de salir de una revolución, había fracasado la República y el país deseaba ante todo tranquilidad.

Cabet (1788-1856).—Este estudio, ya muy incompleto, lo sería aún más si no citara en él á Cabet, á Lassalle y á Luis Blanc; el primero porque, imitando á Owen, intentó fundar en América una colonia comunista; el segundo, porque fué el jefe de una escuela que tuvo muchos adeptos en Alemania, y el tercero, porque algunos socialistas franceses se inspiran todavía en sus doctrinas.

Cabet publicó, hacia 1837, un libro titulado *Viaje á Icaria*, que fué el código de una nueva escuela, la escuela icariana. Icaria es, como Utopia y como la Ciudad del Sol, una región de la tierra donde impera el comunismo.

En 1848, algunos adeptos de la escuela icariana partieron para Tejas con el objeto de aplicar allí su doctrina, y el año siguiente Cabet fué á unirse á ellos; pero la colonia no había prosperado, reinaba en ella la más espantosa anarquía.

Fué con algunos discípulos á establecerse en el Illinois. Tampoco duró mucho tiempo allí la paz. Los colonos no se entendían, y en 1856 la mayoría quitó á Cabet la dirección y le impuso una especie de ostracismo. Se retiró á San Luis de Potosí, donde murió el año siguiente.

En su *Viaje á Icaria*, que fué donde expuso su doctrina, no expresó Cabet ideas nuevas. Icaria es una nación modelo. Los bienes son allí comunes; cada uno produce según sus facultades y consume según sus necesidades. Primero lo necesario, luego lo útil, y en último término lo agradable, tal es la ley del consumo. En cuanto á la producción, aumenta esta considerablemente con el uso de las máquinas y con una organización perfecta del trabajo. Nadie tiene derecho á una remuneración que sea superior á sus necesidades, sea cual fuera su capacidad; y si alguien presta servicios excepcionales al Estado, halla su recompensa en su propio corazón y en la estima de sus conciudadanos. Como la igualdad es absoluta, no hay robos, ni crímenes, ni guerras, y, por lo tanto, no hay cárceles, ni policía, ni ejército.

Cabet opinaba que el hombre es un ser perfectible y sociable que aspira á la felicidad y que sólo puede hallarla con la igualdad y la fraternidad, que la propiedad privada y la organización social actual son incompatibles con esa aspiración, y que una comunidad de bienes que implique la educación y el trabajo en común, conservando el Estado su misión política, es la única fórmula aceptable.

Lasalle (1825-1864).—Aunque Lassalle se declaró en varias ocasiones discípulo de Karl Marx,

sus doctrinas se diferencian mucho de las del fundador del socialismo científico.

Opinaba que las sociedades de ahorros y las cooperativas de consumo no bastan para remediar los males sociales, y proponía que se fundara una gran Asociación de productores, en la que los obreros fuesen los dueños de las fábricas. Creía que esa Asociación debía fundarse con el apoyo del Gobierno.

Contribuyó y contribuyeron, después de su muerte, sus discípulos á que la clase obrera se dividiera en obreros que contaban con el apoyo del Estado, y obreros que solo fiaban en sí mismos el logro de sus aspiraciones.

Luis Blanc (1811-1882).—El sistema de Luis Blanc descansa sobre una nueva teoría de los derechos y de los deberes. Sostenía que el antagonismo de los intereses, la libre concurrencia y el individualismo son funestos, y que la vida humana no debe ser un continuo combate en el que resulte vencido el más débil, sino una armonía, basada en la solidaridad, que una á todos los seres humanos y que consiga el libre desarrollo del individuo, que no gozará de una libertad absoluta, mientras viva aislado y mientras no sea fuerte. Como Cabet, opinaba que los hombres tienen el deber de producir, según sus facultades, y el derecho de consumir según sus necesidades. El trabajo, según él, debe

tener por regla la igualdad, por móviles la abnegación y el instinto del deber, por estímulos el amor propio y la emulación. Los débiles, intelectualmente ó físicamente, han de contribuir con su esfuerzo en la medida de sus facultades.

VII

Socialismo contemporáneo.

Karl Marx.—La Internacional.—El partido obrero francés.

Karl Marx.—He expuesto, en la primera parte de este libro, la doctrina de Marx, y no voy á repetir ahora lo que de ella he dicho. Me limitaré á dar algunos datos biográficos.

Karl Marx nació en Tréveris en 1814. Era judío, y tenía una gran fortuna.

La Liga comunista, Asociación obrera internacional, cuya organización era secreta, porque en la época en que funcionaba ningún Gobierno hubiese autorizado su existencia legal, dió el encargo á Marx y á Engels, en el Congreso obrero que se celebró en Londres el año 1847, de redactar un programa teórico y práctico.

Ese es el origen del Manifiesto del partido comunista que ha sido traducido á todas las lenguas y que continúa siendo el credo de la mayoría de los socialistas de todos los países.

A pesar de haber variado desde entonces las circunstancias, ese Manifiesto contiene principios generales que los partidos obreros admiten todavía, aunque, en algunos puntos secundarios, el tiempo y la experiencia han introducido modificaciones. Esas modificaciones no afectan al fondo de la doctrina.

El colectivismo, invariable en sus bases, ha sostenido siempre que los detalles de la aplicación de sus doctrinas dependerán de las circunstancias, del desarrollo industrial, de los progresos de la maquinaria, de la organización del proletariado, de innumerables factores que son de suyo variables.

En el manifiesto comunista, Marx y Engels rechazan las teorías de Saint-Simón, Fourier, Cabet, Proudhon y Luis Blanc, y pretenden fundar una doctrina científica. Según ellos, hay que olvidar lo pasado y estudiar el presente para deducir de él, experimentalmente, las leyes que han de regir en la sociedad futura. El socialismo científico adopta, como punto de partida, los trabajos de Buckner y de Darwin, los descubrimientos de la filosofía médica y basa sus indagaciones en el estudio del organismo humano, en la anatomía, en la sociología y en la antropología.

Marx, expulsado de Prusia y de Francia en 1849, se estableció en Londres. Intervino, en 1862, en la creación de la Asociación internacional de los trabajadores y redactó sus Estatutos.

La obra maestra de Marx es su libro *El Capital*, en el que expone sus teorías sociales y económicas y hace una crítica severa de la Economía política tal como la concibe la burguesía.

La Internacional.—Veamos ahora lo que fué la Internacional, en cuya fundación intervino Marx.

Los delegados obreros que fueron á Londres con motivo de la Exposición internacional de 1862, tuvieron ocasión de enterarse allí de muchas cosas que ignoraban. Los franceses observaron que el obrero inglés, á pesar de cobrar mayores salarios, producía más barato que ellos, y atribuyeron tal resultado á las *trades unions*, ó sea á las Asociaciones obreras, que le colocaban en inmejorables condiciones para luchar contra los patronos.

De regreso en París, los obreros franceses, deseando mejorar las condiciones del trabajo, creyeron que lo conseguirían pidiendo reformas legislativas y creando Asociaciones corporativas. La mayoría acudió á los Poderes públicos, pero algunas prefirieron prescindir de la intervención del Estado.

En 1863, Tolain, que más tarde fué senador, estuvo en Londres, se puso en contacto con las *trades unions* y fijó las bases de una Asociación internacional de los trabajadores. En 28 de Septiembre de 1864, se reunieron los delegados obreros de varias

naciones en Saint Martins Hall y encargaron á Karl Marx que redactara los Estatutos.

El objeto principal de la Internacional era reunir en una gran agrupación á todos los obreros de Europa y América; pero no podían servir de base las doctrinas expuestas en el Manifiesto comunista, porque ni las *trades unions* inglesas, ni los proudhonianos franceses, italianos y españoles, ni los lassalianos alemanes, eran partidarios de ellas.

En los considerandos que, á manera de prólogo, figuran en los Estatutos, supo Marx vencer esa dificultad con gran tacto, hasta el punto de que Bakounine y los anarquistas no vacilaron en unirse á los socialistas.

En esos considerandos declara Marx que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos; que la sumisión del obrero al capital es el origen de su servidumbre; que los esfuerzos, hasta la fecha realizados, habían fracasado por falta de solidaridad nacional é internacional, y que la unión de todos los trabajadores de todas las naciones era indispensable.

Cada grupo de la Internacional era autónomo; los Congresos, compuestos por los representantes de las diversas agrupaciones obreras, eran soberanos.

Desde su fundación fijó la Internacional su criterio acerca de las Asociaciones obreras, de las huelgas, del trabajo de las mujeres y de los niños,

de las horas de trabajo, de las Sociedades de socorros mutuos, de los impuestos, etc., etc.

Los comienzos de la Asociación fueron difíciles; pero pronto recibió ésta adhesiones numerosas y valiosas, entre otras las de Julio Simón, Thiers y Henri Martin.

En 1866 se reunieron los delegados obreros en Ginebra. En aquel Congreso dibujáronse dos tendencias: la de los que eran ante todo socialistas internacionales y la de los que querían emprender la lucha en el terreno político. Aún más hondas fueron las divergencias de criterio cuando, en 1868, los comunistas entraron á formar parte de la Asociación. Entonces fué cuando Luis Blanc consiguió que la Internacional, fundada para el estudio de las cuestiones sociales, se convirtiera en una Sociedad política. Ese mismo año, en el Congreso de Basilea, Bakounine logró, á pesar de la oposición de Tolain, que los delegados obreros votaran la siguiente proposición de carácter francamente comunista:

«La propiedad de la tierra queda abolida. El suelo pertenece á la colectividad y es inalienable.»

Algunos Gobiernos, y entre ellos los de España y Francia, consideraron ilegal á la Internacional y persiguieron á sus miembros; en cambio, Inglaterra concedió siempre á dicha Asociación una completa libertad, considerando que, si algún día fuesen peligrosos sus trabajos, la legislación ordi-

naria era muy suficiente para proteger á la sociedad por ellos amenazada.

Algunos miembros de la Internacional formaron parte, en 1871, del Gobierno de la Commune de París.

En 1872 produjose el rompimiento definitivo entre Marx y Bakounine, y desde entonces fué disminuyendo la importancia de la Asociación internacional de trabajadores, que no tardó en disolverse.

El partido obrero francés.—Es interesante, para nosotros españoles, la historia del partido obrero francés, porque lo que en Francia acontece en el terreno político, acaba, tarde ó temprano, por tener su eco en España. Proudhonianos eran los socialistas españoles cuando la mayoría de los socialistas franceses se inspiraba en las doctrinas de Proudhon, y colectivista es hoy el partido obrero español desde que en Francia predominan las ideas colectivistas. El programa del partido obrero español está calcado sobre el programa del partido obrero francés, y ambos partidos marchan de acuerdo en todo lo que es fundamental. Estas consideraciones son las que me han impulsado á terminar este estudio con algunos apuntes relativos á la historia del partido obrero de la vecina República,

El Congreso de Marsella de 1879 acordó la creación del partido obrero francés. Pero no había aguardado esa fecha el proletariado para dar seña-

les de vida y combatir en pro de sus reivindicaciones. En Noviembre de 1831, los tejedores de Lyon se sublevaron, porque los patronos se negaban á concederles el salario mínimo, á pesar de haberlo prometido. Estalló la insurrección al grito de: ¡Vivir trabajando ó morir combatiendo! Y los obreros fueron, durante algunos días, dueños absolutos de la ciudad. Pero las tropas enviadas contra ellos lograron ahogar la rebelión en ríos de sangre.

En Abril de 1834, nueva insurrección en Lyon, á causa de una disminución de los salarios, y nueva hecatombe.

El 22 de Julio de 1848, cuando el Gobierno republicano disolvió los talleres nacionales, sublevóse también en París el proletariado, y la lucha duró cerca de una semana, muriendo 12.000 insurrectos y cayendo 25.000 prisioneros en manos de las tropas.

En 1871 estalló el movimiento de la Commune en París, secundado al principio por Marsella, Lyon, Liburna, Narbona y el Creusot.

La Commune, á pesar de las enormes dificultades con que tropezó, á pesar de que los hombres que al frente de ella se hallaban tenían que preocuparse ante todo de la lucha contra las tropas de la Asamblea de Versalles, implantó algunas reformas sociales. Decretó la supresión del presupuesto de culto y clero y se apoderó de los bienes de las corporaciones religiosas; prohibió á los patronos que



impusieran multas á los obreros, y formó una estadística de los talleres abandonados por sus dueños, para adjudicarlos á una Asociación cooperativa de obreros que con este objeto se fundó.

Durante los combates que libró la Commune hubo 35.000 insurrectos muertos, y cuando se restableció la normalidad 50.000 fueron deportados.

Las Sociedades obreras que se crearon después de la Commune perdieron el carácter revolucionario, que antes era la característica de la lucha entre el proletariado y los Gobiernos burgueses.

En 1872, por ejemplo, el Círculo de la Unión sindical obrera se fundó con el exclusivo objeto de compaginar los intereses de los patronos y los de los obreros, y cuando, poco después de su creación, fué disuelto dicho Círculo, sus fundadores manifestaron que no habían pensado nunca en constituir una clase diferente de las demás clases de la sociedad.

La primera manifestación orgánica del proletariado francés tuvo lugar en el Congreso de París de 1876; pero los delegados allí reunidos se limitaron á discutir asuntos relacionados con la cooperación y á tomar la resolución de presentar candidatos obreros en las elecciones, para que llegaran á oídos de los Gobiernos las quejas y las reivindicaciones del proletariado.

En 1877 apareció el primer número de *L'Egalité*, periódico dirigido por Jules Guesde, que publicó

en él artículos teóricos y extractos de las obras de Karl Marx.

En el Congreso que se reunió en Lyon en 1878, los redactores de *L'Egalité* presentaron una proposición francamente colectivista, relativa á la propiedad colectiva del suelo y de los instrumentos del trabajo, pero sólo obtuvieron ocho votos.

Poco después, el Gobierno prohibió que, durante la Exposición Internacional de 1878, se reuniera en París un Congreso obrero, convocado por los colectivistas. El grupo de *L'Egalité* protestó y acordó celebrar el Congreso á pesar de la prohibición. La policía disolvió la reunión y detuvo á Guesde, Deville y Massard. El primero fué condenado á seis meses de prisión y 2.000 francos de multa.

Redactó en la cárcel un manifiesto en el que, dirigiéndose á los aldeanos, lo hacía del siguiente modo:

«¡Propietarios campesinos, que la revolución de 1789 pretende haber emancipado, y que sólo poseís nominalmente el pedazo de tierra que fecundáis con vuestro sudor, porque os despojan del producto de vuestro trabajo el impuesto, la hipoteca y la usura!...»

Cuando salió de la cárcel, Guesde emprendió una activa propaganda en provincias.

Ya he dicho que del Congreso que se celebró en Marsella el año 1879 salió formado el partido obrero francés. Reuniéronse en dicho Congreso 130

delegados que ostentaban la representación de 45 ciudades. Las divergencias de criterio, entre los obreros que limitaban sus aspiraciones á la creación de sociedades cooperativas y los elementos socialistas, se manifestaron de nuevo; pero esta vez triunfaron definitivamente los segundos, convirtiéndose en mayoría la minoría que el año anterior había presentado en Lyon una proposición acerca de la socialización del suelo y de los instrumentos del trabajo. Adoptóse un programa más radical que el de la Internacional y que puede reducirse á los siguientes términos:

«La clase obrera debe perseguir, por todos los medios que están á su alcance, la apropiación de todos los instrumentos del trabajo y de todos los medios de producción.»

Proclamóse además en Marsella la conveniencia, para todos los asalariados, de constituir un partido semejante al que se había formado en Alemania.

Desde entonces el partido obrero francés ha presentado candidatos en todas las elecciones con éxito creciente.

Durante el período comprendido entre los años 1883 y 1888 la propaganda fué muy activa. El Congreso de Roubaix (1884) acordó que convenía á los partidos socialistas de ambos mundos emprender una campaña común, con el objeto de conseguir una legislación internacional del trabajo. Las bases propuestas para esa campaña fueron las siguien-

tes: interdicción del trabajo de los niños menores de catorce años; interdicción del trabajo nocturno, salvo en los casos exigidos por la mecánica moderna; interdicción de ciertas industrias y de ciertos procedimientos de fabricación perjudiciales para la salud; aplicación del salario mínimo.

El 14 de Julio de 1889, el Congreso obrero socialista internacional acordó que, el 1.º de Mayo siguiente, se celebrara en todas partes una manifestación, para pedir á los Poderes públicos la jornada de ocho horas. Este es el origen de la fiesta del trabajo del 1.º de Mayo. Desde entonces principió la campaña en favor de las ocho horas de trabajo.

El 1.º de Mayo de 1891, las tropas intervinieron en Fournies y hubo diez muertos. Culine y Lafargue habian emprendido, días antes de la manifestación, una activa propaganda en toda aquella cuenca minera. Fueron detenidos, siendo condenado el primero á seis años de reclusión y el segundo á un año de prisión. Ese mismo año, Lafargue fué elegido diputado por Lille, penetrando el colectivismo por primera vez con él en la Cámara francesa.

Continuaron su obra los Congresos. El de Lille adoptó en 1890 un reglamento interior del partido, fijando las relaciones entre los diversos grupos regionales; el de Marsella aprobó en 1892 un programa agrícola que más tarde completó el de Nantes

(1894); los de Romilly (1895) y de Lille (1896) votaron unas bases para el comercio marítimo.

El partido obrero francés ha tratado siempre de estrechar sus relaciones con los demás partidos obreros. Guesde y Ferroul asistieron en 1892 al Congreso de Hall y el mismo año el alemán Liebknecht devolvió esta visita, asistiendo al de Marsella, al que también concurrieron socialistas belgas y holandeses.

Al Congreso internacional que se celebró en Lille en 1896 asistieron socialistas alemanes, españoles, austriacos y rumanos, y desde entonces han sido frecuentes los Congresos de esa índole, estrechándose cada día más los lazos que unen á los socialistas de todas las naciones, y acentuándose la tendencia que el proletariado tiene de ejercer una acción internacional.

VIII

Síntesis final.

Hemos visto que los oprimidos, los desheredados de la fortuna, han luchado en todas las épocas y luchan todavía, para mejorar las condiciones de su existencia. Eso hicieron los plebeyos y los esclavos en la Roma antigua y los siervos del período que precedió á la Revolución francesa y eso hacen los proletarios de la época moderna. También hemos visto que esas luchas tienen en general un carácter económico y que, antes de que estallen los movimientos populares, hay, en la historia de los pueblos, un período de preparación más ó menos largo, durante el cual los pensadores sientan las bases de una reorganización social.

Las doctrinas de esos precursores tuvieron un carácter marcadamente comunista antes de que estallara la revolución burguesa de 1789, pues se proponían asegurar la felicidad de todos con una igual repartición de los bienes y de los males; después de esa revolución, creyeron los que defendían

los intereses de la clase obrera que convenía acudir á los poderes públicos, pidiéndoles la implantación de ciertas reformas sociales; y por fin, actualmente, los que dirigen el movimiento proletario, los precursores de la futura revolución, estiman que el proletariado debe tratar de conseguir el poder político para implantar desde sus alturas la socialización de los medios de producción y poner en común, no los bienes, sino el esfuerzo humano.

De manera que las ideas de que me he ocupado en este libro han recorrido tres etapas con el comunismo, el socialismo y el colectivismo.

El comunismo sentimental y poco práctico de Moro, Campanella, Morelli y Mably, no tuvo influencia sobre los siervos, porque éstos estaban diseminados y no formaban masas compactas como el proletariado moderno. Después de la Revolución francesa y de la victoria de la burguesía y del capital, cuando la industria empezó á desarrollarse, es cuando esas masas aparecen, y desde ese instante surgen otros pensadores que idean nuevas doctrinas, pero que vacilan, no logran formular tampoco teorías definitivas y dicen grandes verdades mezcladas aún con irrealizables aspiraciones.

Cuando el socialismo buscaba á tientas su camino, las masas apelaron, en varias ocasiones, á la insurrección, creyendo que podrían alcanzar el logro de sus aspiraciones con una revolución victoriosa.

En el período actual, el esfuerzo del proletariado es más razonado, más consciente. Como los colectivistas hacen depender el triunfo de sus ideas del desarrollo de la evolución, como ésta no ha llegado, ni en los países más adelantados, al grado necesario para que ese triunfo sea posible, y como el proletariado se ocupa principalmente en la organización de las masas y en conseguir reformas que mejoren su situación, esas predicaciones no constituyen para la sociedad burguesa un peligro inmediato.

La evolución es lenta; pero el socialismo progresa incesantemente en los países más civilizados, y quizá no se hagan ilusiones los colectivistas al creer que llegará un momento en que les será fácil imponer su criterio.

Mientras tanto, como se trata de doctrinas científicas, basadas además en principios éticos, las predicaciones de los colectivistas son acreedoras al respeto de aquellos mismos que las combaten.

ÍNDICE

Págs.

Doctrinas colectivistas

PRÓLOGO.....	5
I.—EL MISONEÍSMO.....	11
II.—DARWINISMO, SPENCERISMO Y SOCIALISMO.—Desigualdades orgánicas.—La lucha por la existencia y el instinto de solidaridad.—La selección natural.—La individualidad biológica.—La lucha de clases.—La regresión aparente.....	17
III.—LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA.—La maquinaria.—Propiedad individual y propiedad colectiva.—Influencia de la producción en la organización social.—Crisis periódicas de la producción.—Desarrollo de la evolución económica.—El interés del dinero.....	35
IV.—EL COLECTIVISMO Y LA DOCTRINA DE MARX.—Lo que es el colectivismo según Schaffle.—Colectivismo, socialismo y comunismo.—Fundamento del colectivismo.—La teoría del <i>más valor</i> y del <i>trabajo gratuito</i> .—El manifiesto comunista.—Las teorías de Jules Guesde.....	53

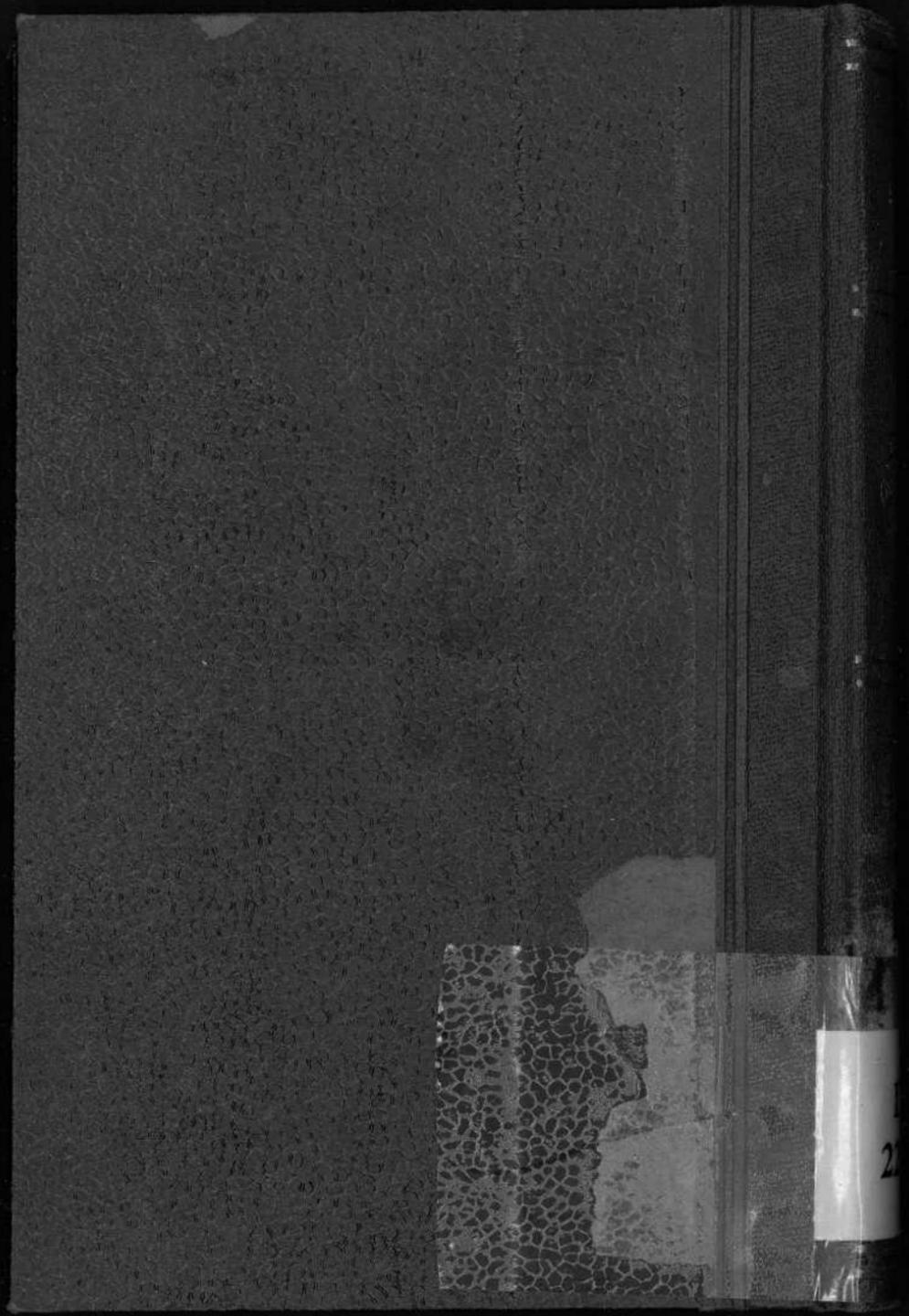
V.—TÁCTICA SOCIALISTA.—Propaganda pacífica.— Evolución y revolución.—Carácter interna- cional de las reivindicaciones obreras.—Las huelgas.—El Congreso de Toulouse (1908).— Los socialistas y los demás partidos.....	75
VI.—REIVINDICACIONES INMEDIATAS.—En el terreno político.—En el terreno económico.—El im- puesto sobre la renta.—La jornada de ocho horas y el descanso semanal.—Otras reivin- dicaciones.—Programa agrario.....	93
VII.—APLICACIÓN DEL SISTEMA COLECTIVISTA.—Im- posibilidad de establecer principios fijos.— Ideas generales.—Objeciones de los indivi- dualistas.—La expropiación.—La produc- ción, el reparto de los productos y la remu- neración del trabajo.....	109

Historia de las teorías comunistas, socialistas y colectivistas

I.—TIEMPOS ANTIGUOS.—Grecia: Licurgo y Platón.— Roma: Patricios y plebeyos.—Las leyes agrarias.....	123
II.—LA RELIGIÓN Y EL SOCIALISMO.—El comunismo en Oriente.—El cristianismo.—La reforma.— Los anabaptistas.....	137
III.—EL COMUNISMO UTÓPICO.—Tomás Moro.—Cam- panella.—Morelli.—Mably.....	147
IV.—LA REVOLUCIÓN FRANCESA.—Cómo juzgan los socialistas la Revolución francesa.—Las teo- rías de Babeuf.....	157

V.—SAINT-SIMON, FOURIER Y OWEN.—Saint-Simon y sus discípulos Bazard Enfantin y Pierre Leroux.—Fourier y su discípulo Considerant. Roberto Owen.....	165
VI.—OTRAS ESCUELAS.—Proudhon.—Cabet.—Lassalle.—Luis Blanc.....	187
V.I.—SOCIALISMO CONTEMPORÁNEO.—Karl Marx.—La Internacional.—El partido obrero francés..	197
VIII.—SÍNTESIS FINAL	209





Calza

INDUSTRIAS

COMPETIVAS

D-2

22182